

MIGUEL MIRANDA

SAN PEDRO, 7

TEL. 429 45 76

28014 MADRID

ANT.

XIX

245

LA CALIDAD

LA HERMANA

LA CARIDAD,

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

Es propiedad de los Editores SRES. SAN MARTIN y JUBERA.

Madrid: 1873.—Imp. de J. Peña, Olivar, 22.

18 cms.

R-75.118



LA HERMANA—

DE

LA CARIDAD,

FOR

DON EMILIO CASTELAR.

—
TOMO PRIMERO.
—

—
TERCERA EDICION.
—

MADRID.

A. DE SAN MARTIN,
Pta. del Sol, núm. 6.

AGUSTIN JUBERA,
Calle de la Bola, 3.

1873

LA HERMANA

LA CARIDAD

DON EMILIO CASTELLAR

TOMO PRIMERO

TERCERA EDICION

MADRID

A. DE SAN MARTIN
Pte del Sol, num 6
AGUSTIN LITERA
Calle de la Bola, 7

1873

I.

A Mamiani, ilustre poeta y filósofo italiano, dedica esta débil muestra de admiracion y cariño

EL AUTOR.

Amanecia, en hermoso campo meridional, bellísimo y poético dia de Abril. Una ligera niebla, que doraban los rayos de la naciente aurora, se desvanecía en la cima de las montañas, semejándose á blanca nube de incienso perdida en el templo de la naturaleza. El cielo, que al través de esta ligera gasa se descubria, estaba azul, sereno, trasparente, ocultando entre sus arreboles las estrellas, que parecen volar, al nacer el dia, á Dios, para beber nueva luz. Los campos cubiertos de flores que ostentaban ufanas las gotas de rocío; sembrados de varios árboles, que parecían exhalar sávia de sus tiernas recién-nacidas

hojas; las aves, abriendo á los rayos de la primera luz sus alas, y dando sus tiernos gorgoros á las áuroras, que suenan blandamente, al deslizarse en la enramada acompañando en sus murmullos á los arroyos, que por mil pintados cáuces reparten en desórden los caudales de las fuentes; la vida latiendo en todos los seres como la sangre en el corazon apasionado de un jóven, dan á la creacion en primavera semejanzas con la mariposa, que se despierta de un sueño, y al romper su larva despliega las blancas alas matizadas de mil cambiantes colores. Y esa tímida luz, ese aroma embriagador, que despide el azahar, la rosa, el jazmin; esas camas de flores, que forman en sus ramas los árboles; esa música que conciertan todos los seres; esa vida, que palpita en el naciente capullo, en la hoja al brotar; esa alma ignorada, que como cautiva se esconde en todos los círculos de la escala de la vida, alma sin conciencia de sí misma, que gime en el ruido que hace la lluvia al caer en el celeste lago, en el rumor de las ondas, al estrellarse en la arena; esa alma, que parece aspirar á la libertad, al amor, y pedir redencion al hombre, es nuestra compañera en la soledad de los campos. Y cuando un corazon que ama, que sueña con la fe-

licidad, que alimenta ilusiones, que desea, no lo pasajero y fugaz, sino un amor inmenso, infinito, divino, en una de esas mañanas, se entrega á convertir en pensamientos las várias sensaciones que naturaleza le ofrece, liba en ella la miel de su pasión.

En esta mañana de que venimos hablando, en el hermoso campo no se veia más sér humano que una jóven. Vestia el traje de las aldeanas de Sorrento, traje que parece haber tomado su color á las gayas flores, sus bellos matices al Mediterráneo. La jóven era morena, de ojos rasgados y negros, que tenian indefinible dulzura, de ovalado rostro, cuyas gracias aumentaban dos trenzas que, negras y lustrosas como el azabache, bajaban en desórden de su cabeza parecida á esas griegas cabezas de las vírgenes de Rafael, sobre los lánguidos hombros, caidos como sus brazos, sin duda por uno de esos arrobamientos que suspenden hasta los latidos del corazón.

La jóven, en una colina, bajo un tilo que se inclinaba sobre su cabeza, al lado de una fuente, hollando con sus breves piés la menuda yerba, donde se escondian algunas violetas, embebeciase en mirar, ora las palomas, que comenzaban á cortar los aires, ora los lirios, que en torno cre-

cian, ora la trémula luz, que penetraba entre el follaje deshaciendo los blanquecinos vapores, ora el mar que entre los árboles se columbraba mansamente agitado, reflejando en sus ligeras y argentadas olas el dulce alborear de la mañana.

¿Podríamos penetrar nosotros en el seno de sus pensamientos? ¿Qué se puede pensar cuando el corazon rebosa vida, ilusiones, fantasía? ¿Qué se puede imaginar en presencia de la naturaleza florida en una hermosa y tibia mañana de Abril? El canto de los pajarillos parece un cántico de amor. El arrullo de la paloma ó de la tórtola derrama dulce melancolia en el corazon, esa grata melancolia que es más hermosa y placentera que la exaltada alegría. La leve niebla se asemeja al blanco velo de la virgen naturaleza, que se engalana para recibir los primeros besos del amante sol. Las blancas flores de los limoneros, de los mirtos, son como las coronas de la desposada. Las gotas de rocío que tiemblan suspendidas de las hojas parecen lágrimas de amor, y las embalsamadas áuras el aliento que exhalan unos lábios queridos, pronunciando palabras de fé, de entusiasmo; esas palabras que nos llevan en sus alas á un mundo mejor y nos embriagan de felicidad. ¡Oh naturaleza! El espíritu, que se derrama por

todos los espacios, es un espíritu de amor que produce tus místicas y divinas armonías, y que tiñe con su luz misteriosa tus deslumbradores cuadros.

Estos pensamientos de amor, que cruzaban por la mente de Angela (tal era el nombre de la joven) huyeron al sonar la campana de una próxima ermita como huyen los jilgueros al oír una voz humana. La campana anunciaba que los pescadores volvían á las playas desde las próximas pequeñas islas. Inmensa muchedumbre de niños y mujeres salían de las cabañas, de las casas esparcidas en el campo. Todas rebosaban alegría. Era la hora en que veían reunidos los frutos de sus trabajos de la semana. Así es que el natural contento iluminaba aquel cuadro. ¡Qué encantos tiene el mar! Cuando la vista se sumerge en sus horizontes infinitos, parece que nuestro espíritu, desceñido del cuerpo, mora en las ondas, y se corona de algas, y riza con su mismo soplo la celeste superficie, y se rejuvenece y hermosea, como recordando que el agua, desde los primeros días de la creación, es uno de los principios de la vida, y lo era más cuando la tierra recién-nacida recibía el océano sobre su candente y solitario seno, como un gigantesco bautismo. ¡Oh mar, de-

licioso para todos y más aun para los que han nacido jugueteando en tus orillas, y tienen algo de tu acento en su voz, y de tus matices en su fantasía, y de tu inmensidad en su pensamiento! El cielo que se mira en tus aguas, lo infinito que reproduces en tus espacios, la luz que devuelves hermoseedada en tus cristales al sol, la armonía que formas con el monótono ruido de tus vientos y el coro alterado de tus ondas, la blanquecina y plateada estela que dibujas en tu seno como una ilusión de amor, los astros que retratas, los bosques oscuros que guardas en tus profundidades, el sonoro eco de tus cavernas azotadas por tus continuas palpitaciones, el húmedo beso que tus regadas brisas depositan en la frente, son en la vida de la naturaleza lo que más se acerca á la vida del espíritu, á los matices del sentimiento, á los sueños de la imaginación, á la profundidad de las ideas, á nuestro infinito amor y á nuestras infinitas esperanzas. No es posible acercarse á tus orillas, contemplar tu continuo oleaje, oír la voz que se levanta como unísono acento de tus varios y diversísimos rumores, sin que se estremezca todo nuestro sér, abismado en lo infinito. Cuando la lona cruje, cuando las olas azotan los costados del barco, cuando la brisa murmura y cubre de

espumas el mar, cuando la estela brilla, cuando el fósforo encerrado en las aguas finge el nacimiento de pálidos astros, en la callada noche, suspendido el hombre sobre los abismos de que tan solo débil leño le aparta, no puede ménos de creerse un sacerdote en el templo más grande y más digno de Dios que existe en todo el planeta. Pero si es hermoso siempre, lo es mucho más cuando la alborada lo tiñe, y el disco del sol se levanta sobre las ondas, suspendido entre dos abismos infinitos. Esta es la hora en que pasa la primera escena de nuestra historia.

El sol comenzaba á inflamar con su color de carmin, y con su rojo fuego los infinitos horizontes. Angela bajaba á la playa tambien contenta, y uno de los más gentiles jóvenes, vestido con el limpio traje de los marineros del Mediterráneo, se acercó y le dijo:

—¿Cómo tú aquí, tú que rara vez bajas á las playas?

—He venido porque gusto de oir el ruido de las olas, y la algazara de la gente y los gritos de alegría.

—Es verdad. Solo por eso puedes tú venir aquí; todos saben que nadie, absolutamente nadie puede llamar tu atencion ni mover tus sentimientos.

Angela contestó á estas palabras con una dulce sonrisa.

—Yo he recogido muchas veces las flores más bellas del campo, las más pintadas conchas del mar que en mis redes se prenden, para ofrecértelas, y no te han complacido estos recuerdos.... Así todos dicen que tú tienes pensamientos más altos, que eres ambiciosa....

—¡Ay querido Genaro! ¡Qué mal me juzgas! No es culpa mia nō poder mandar en mi corazón. A veces envidio la cabaña de donde sale bendecida por sus hijos la madre de familia á esperar la barca del pescador, su inquietud por vislumbrarla en el horizonte, sus gritos de alegría cuando la vé, sus trasportes cuando salta su esperado compañero á tierra, su gozo en mirar los pescados de mil colores, vivos aún en la arena, el afan con que recoge las conchas que trae el padre para sus hijuelos, la santa alegría que reina en la cabaña aderezada para recibir al dueño; y.... yo no puedo gozar de esos placeres.

—Mira, Ángela, mejor dijeras, no quiero.

—Es verdad, es verdad, no quiero: tienes razón, no quiero.

Y dos lágrimas muy gruesas rodaron por las mejillas de la jóven.

Esas lágrimas, que á despecho de la voluntad, rodaban por las mejillas de Angela, eran un mar de dolores tal vez, cuya profundidad no es dado sondear al pensamiento. Genaro lo comprendió así, y calló. Después de algunos instantes levantó Angela su cabeza, sacudióla con orgullo, y desahogó con un prolongado suspiro su pecho, deramó en torno de sí una mirada como si quisiera recoger todo cuanto de grato y hermoso la cercaba, y llamando con ademán de benevolencia á las jóvenes que por aquellas orillas vagaban, se dió á correr con ellas, jugando descuidada á ver cómo desafiaban con su celeridad el manso movimiento de las ondas que parecían querer besar sus blancos piés. En estos instantes nadie hubiera dicho que aquel corazón encerraba ni asomo de tristeza. Ver correr á la joven, buscar el instante en que las olas se retiraban, pisar con ligero pié las mojadas arenas, y huir al mirarlas volver coronadas de blanca espuma á la dorada orilla, era un gozoso espectáculo; pues en las riberas del Mediterráneo la hermosura de los campos, la plácida tranquilidad de los cielos y la sin par belleza de sus divinas moradoras, hace que no hayan muerto aun los recuerdos del antiguo paganismo, de esa fiesta continua, y que el corazón crea ver re-

vivir las náyades y las nereidas vestidas de ligeras gasas, ornadas de perlas recién cuajadas en sus sedosos cabellos. Las jóvenes, cansadas pronto del juego, que es el alma, como la mariposa, varias sentáronse en la mullida alfombra de un verde prado; y como el silencio de la mañana, la cual comenzaba á tornarse calorosa, pidiera uno de esos cánticos meridionales de indefinible melancolía que parecen consagrados á arrullar el sueño de la naturaleza

—Canta, canta, Angela, dijo una voz, y todas las jóvenes la repitieron.

Angela se levantó como inspirada, pasóse las manos por la frente cual si quisiera alejar negra nube de tristeza, y dió su voz al viento. La canción era melancólica, como el ruido de las ondas al quebrarse en la arena, pero llena de amor como los arpados gorgéos del ruiñeñor en el follaje. Su voz trémula, pero límpida y clara, despedía notas que caían en los corazones como lágrimas. Aquel canto tan tierno, aquella voz tan argentina, pero tan triste, el dolor infinito que la acentuaba, las lágrimas que volvían á querer asomarse á los ojos de Angela, todo indicaba que aquel canto era el quejido de un corazón enamorado y enfermo, de un corazón que no conocía el arte,

pero poseía el sentimiento, esa fuente infinita de inspiracion y de vida. Mas un observador inteligente hubiera descubierto algo más en aquellos cantares; sí, hubiera descubierto en sus notas vagas la chispa del alma de una gran artista.

Angela cantaba como las aves del cielo, sin conciencia; pero Dios habia puesto en su corazon esa arpa celeste que se llama inspiracion, y que comenzaba á dar sus primeros sonidos. Oirla acompañada del murmullo de las ondas, del susurro de las hojas, era como oir la voz de la soledad. Sus cantares tenian secretos encantos, inexplicables armonías; eran dulces gorgoros, acentos llenos de tristeza, emanaciones de un alma encendida de amor. Angela era en efecto artista. Bajo las nacaradas alas de su alma se ocultaba el génio. Cantaba sin conocer que tenia en sí una fuente misteriosa de inspiracion y de vida. El génio suele no tener conciencia de su fuerza. Por eso los griegos, que sabian revestir tan admirablemente de formas humanas á las ideas, pintaron á Homero, el génio de su pátria, desvalido y ciego.

II.

Aun resonaban los acentos de aquella apasionada voz en los aires, cuando la corta reunion de jóvenes se fué poco á poco dispersando, y al irse todas repetian el cantar dulcísimo de Angela. Esta se volvió á la fuente, y bajo los frondosos árboles que la cercaban, se asentó, resguardándose á su grata sombra de los calores del dia. Conforme el silencio de la naturaleza se aumentaba, conforme los rayos del sol hacian callar las hondas de los mares y el rumor de las brisas, Angela sentia deseos de cantar, y entonaba una melancólica endecha. Bien pronto extraño ruido interrumpió sus cánticos. Eran los pasos de un hombre, que corria como sin aliento.

—¡¡¡Ah, Eduardo!!! gritó Angela.

—Yo, yo soy, que vengo á verte. Contestó el

jóven, cuyo traje y modales acusaban alta alcurnia.

—¡Oh! no te esperaba.

—¿Dudabas de mi?

—Yo, yo, dudar de ti. ¡Ves que vivo y me lo preguntas!

—Angela...

—Calla, calla, me matarias. Yo me contento con que te acuerdes de mí, con que vengas de ocho en ocho dias á verme. Soy feliz cuando te veo; porque el inmenso dolor que siento me dice cuánto te amo.

—Angela, te adoro.

—Mira, Eduardo. Por tí vivo, por tí canto. Tu recuerdo me alumbra más que el sol. Cuando viene la noche, hay luz en mis ojos, luz en mi alma, porque habita en ella tu recuerdo. Y si me faltáras, tornariase noche el dia.

—Amor mio.

—Mira. De este rosal he hecho una gruta. He enseñado á las palomas á que bajen á cojer en su pico estos granos de trigo. Me contento con rociar, llevando el agua de la fuente en el hueco de la mano, estas albacas. Y eso que dicen que la albaca significa ódio. ¡Oh! No, no. Aquí todo está bendecido por el amor.

—¡Angela!

—Sí, por el amor, por esa pasión infinita, inmensa, que me posee. Yo creo firmemente que es mi alma. Yo veo el mundo á través de esa pasión, llena de ilusiones, como esas flores en cuyo aroma se bañan las mariposas.

—Sí, sí; decía Eduardo.

—Sí, Eduardo mío. ¿No es verdad que te ha llamado mi voz? ¿No es cierto que has oído mis cánticos?

—Lo he oído cuando venía.

—Era mi alma, que exhalaba sus quejidos de amor, era yo misma, que no cabiendo dentro de mí, necesito salir, volar por los espacios infinitos, cantar como la alondra, subir por la inspiración al cielo.

—Amor mío...

—Tu amor. Repítelo, repítelo. Ya sé que soy tu amor, pero necesito volver á oírlo de tus labios. A veces, cuando me acerco á la fuente, y oigo cómo sus gotas producen una grata armonía, me parece que repiten esa dulce y celestial palabra. Ámame, ámame mucho.

—Siempre, siempre...

—Si no me amaras... me moriría. No me lo digas. Engáñame... Perdona. Perdona. No me engañes.

—Por Dios, Angela, dijo conmovido Eduardo.

—Tienes razon. ¡Desaprovechar así la felicidad! No me lo perdono á mí misma. ¿Qué duda puede hoy atormentarme? ¿Qué razon hay para que yo padezca? Soy feliz, completamente feliz. Eduardo, no veo una nube en el horizonte.

Eduardo suspiró, é hizo un ademan como de partirse.

—Te vas... te vas... tan pronto... Conozco mis exigencias. Las siento, pero te amo tanto...

Y la jóven cayó de rodillas anegada en llanto á los piés de su amante. Angela amaba con todo su corazon. Sentia en su alma esa pasion que parece como el amanecer de la vida. Cuando amamos y volvemos los ojos al tiempo que fué, nos parece imposible que hayamos podido vivir sin amar. Padecemos mucho en estas tormentosas pasiones, y preferimos el padecimiento al hielo de la indiferencia. Asi el amor llena como la atmósfera el espíritu, y sonrie como el sol en la inteligencia. Al través de sus rayos, el alma vé el mundo, y adivina el cielo. Es el amor puro origen de grandes virtudes. La vida corre como una fuente murmuradora, limpida, que hace brotar flores, y retrata en sus cristales el azul del cielo. ¿Cómo es posible enturbiar, ni empañar el claro espejo

donde se mira el sér que amamos? El alma enamorada se hermosea para recibir en su seno como en un templo el sér misterioso que ama, ese idolatrado sér, en quien ponemos todas las perfecciones.

Hasta por egoismo, el alma enamorada ama la virtud. Tiene en sí la virtud fuerza santificante. No solo hermosea el espíritu, sino tambien se trasparente en el cuerpo. Es como una luz que anima los ojos, que tiñe de eterna serenidad la frente. Y el alma enamorada ama la virtud como la vida. Despues el amor infinito imprime una tristeza inmensa en el alma. Parece imposible que sea dado encerrar tanto amor en la tierra, y el espíritu abre sus alas y vuela, surcando los espacios infinitos, al cielo. Desgraciados son en verdad los que no han amado nunca. Ellos no pueden comprender ni sentir la dulce poesia del dolor. Ellos no han nacido para ser felices. Lágrimas ardientes, suspiros ahogados, horas de tristeza, infinitas dudas, temores, todo de cuanto triste y lastimoso dá de sí el amor, todo es santo y todo es bueno; porque el sentimiento como la idea nos testifican que vivimos. ¿Puede haber nada más doloroso que vivir en la insensibilidad? ¡Oh! es el más grande y más temible de todos los castigos.

III.

Angela pasaba sus días entregada á sus pensamientos de amor. Mirar el sereno Mediterráneo, el cielo, las estrellas, ir de día á la fuente y la gruta, cantar en hermosas endechas sus sentimientos; hé aqui su vida. Cuando Eduardo iba á verla, todo para ella era contento. Entre el recuerdo de la pasada visita y el presentimiento de la próxima, compartia dulcemente el tiempo. Ningun dolor embargaba entonces su alma. Le veia en todas partes, su voz le acompañaba, y su mirar le parecia como estrella de su vida. Pero aquella única dicha se desvaneci6 bien pronto. Eduardo, despues de una tarde en que habia mostrado por Angela más interés que nunca, dejó de volver á las citas. La pobre jóven no hacia más que mirar el horizonte. Todas las mañanas,

al levantarse, abria la ventana para ver si asomaba por el mar la esperada barca de su amado. Pasaba todas las noches en perpétuo insomnio. El rumor de las hojas, el ruido de las olas, el paso del campesino ó del marinero, el chirrido del insecto ó el grito del ave nocturna, todos los rumores de la creacion parecianle funestos nuncios de tristes nuevas de su amado. Iba al amanecer á la fuente. Sus ojos secos interrogaban á todos los objetos la causa de la ausencia de su amor. Creia que aquellos seres inanimados que habian visto á Eduardo á su lado, tomaban entonces parte en sus penas. Para Angela, el arroyo no cantaba como antes, no, gemia. Las gotas de rocío, parecianle lágrimas de amargura. Y en toda la naturaleza encontraba almas compañeras de su dolor. Pero á medida que discurría el tiempo, su pena era más profunda y estaba más solitaria. En todos nuestros primeros padecimientos creemos que nos acompañan el hombre y la creacion. Mas cuando pasa un dia y otro dia, cuando se suceden tantas penas, y vemos al hombre pasar indiferente á nuestro lado, á la naturaleza continuar en su renovacion perpétua, en su continua alegría, el dolor se ahonda, se amarga, y cae en la triste soledad de la desesperacion. Angela vagaba por las

orillas del mar como loca. Las campesinas contaban mil consejas sobre el origen de su dolor. Su frente y sus mejillas se marchitaban. Sin embargo, por estraña y singular virtud, la desgracia había dado más encantos á su voz. Cuando en uno de esos instantes en que el corazon se deshace en lágrimas y el dolor toma cierto tinte melancólico, Angela cantaba, su voz tenia una dulzura infinita, como su tristeza parecia la tristeza de un ángel desterrado del cielo. Los padres de Angela quisieron averiguar la causa de su dolor que les traia desasosegados, inquietos y profundamente amargados. La madre, sí, la madre, que es siempre más idónea para llegar hasta el corazon de los hijos, la sorprendió un dia en la ventana llorando y exclamó:

—Angela, ¿crees que no te quiere tu madre?

—¡Oh! no, madre mia, no. ¡Creer que no me quereis, seria horrible!

—Pues mira, yo creo que tú no me quieres. ¿Eso no es horrible? Yo creo que no me quieres, sí, yo, que soy tu madre.

—Este nuevo tormento me preparaba el cielo, madre.

—Este nuevo tormento has dicho. Luego lo que siempre me has negado lo confiesas ahora.

Padeces tormentos... Y no se los confias á tu madre.

—Soy muy culpada; castigadme, pero no me preguntéis por mis culpas.

—¡Angela! ¡Angela! ¿Qué has dicho?

—No, madre, no penseis mal de mí. He seguido siempre vuestro consejo y vuestro ejemplo. Pero soy muy desgraciada.

—Cuéntame tus desgracias, hija mia, cuéntame tus desgracias. Las madres son amigas siempre de sus hijas.

—No puedo. Me faltan palabras.

—Te falta amor á tu madre.

—Por Dios, comprended cuánto padezco, dijo la jóven, dejándose caer en brazos de su madre.

Esta cubria de besos la pálida frente de Angela.

—Mira, yo sé lo que es el corazon, Angela. Sé todo lo que á cierta edad se puede padecer. Pero no puedo sufrir tu falta de confianza. ¿No soy buena para tí? ¿No soy tú madre?

—Es verdad, oidme; y Angela comenzó la siguiente narracion:

—Sabeis, madre mia, las causas que nos trajeron de nuestra antigua opulencia al triste abatimiento en que hoy vivimos. Porque apenas re-

cuerdo alguno de esos dias venturosos; he pasado aquí mis dias en dulce paz y santa calma. Pero ¡ay! un dia vi á un jóven, sí, á un jóven, que venia de Nápoles. Me miró, le miré, y no volví á verle. Pero su mirada me penetró en el corazon. Poco á poco le fui olvidando, pero su imágen flotaba siempre á mis ojos como una esperanza. Poco tiempo despues volví á ver á este hombre. Desde entonces sentí..... ¡oh madre! sentí esa pasion sin la cual la vida es como un estéril desierto. Me habló, me dijo que me amaba. Yo desde entonces le he amado. Mi pasion ha sido pura, pero inmensa. Mas el último dia que le vi, me pareció muy triste. Me habló con entrecortado acento algunas palabras. Yo quise penetrar la causa de su tristeza, pero callaba, nada me decia. Le pregunté si acaso ya no me amaba, y me miró enternecido, y miró al cielo. Mi vista se perdió en la inmensidad, donde se perdia tambien su vista. Mira, me dijo; el cielo está azul, y brilla el sol, sin embargo, muchas veces el cielo se oscurece, negras nubes lo empañan, y el sol brilla tambien tan puro, tan luciente como cuando no hay nubes en el horizonte. Y se levantó para partirse. ¿Volverás? le dije. Volveré, me contestó. Pero al decirme «adios» un agudo so-

llozo, profundamente triste y amargo, ahogó la voz en su garganta.

Yo desde aquel instante quedé como fuera de mí, entregada á dolorosos pensamientos. Pasó algun tiempo, y no venia. El corazon me saltaba en pedazos del pecho. Pasó algun tiempo más, y siempre lo mismo, siempre la ausencia. ¡Oh! Yo interrogo á todos los séres que han presenciado mi dicha, por la causa que ocasiona su ausencia. Yo no tengo ojos sino para llorar y para mirar al horizonte. Paso mis noches en horribles insomnios. Todo cuanto me rodea me entristece. La fuente, que era mi delicia, me parece que está seca. Las flores no tienen para mí aromas, ni colores el cielo, ni frescura el aire. Un dolor inmenso, infinito, desesperante, se anida en mi alma, donde antes no habia espacio sino para la felicidad y el alegre contento. Hay momentos en que deseo morir. Ayer bajé al valle y entré en el cementerio. Vi el suelo removido aun en el lugar donde habian enterrado á mi amiga María. Estaba la tierra mojada de rocío, y algunas violetas crecian sobre ella, y los jilguerillos bajaban de los cipreses y los sáuces á libar la gota de agua que trémula pendia de las hojas de las flores. ¡Oh! dije para mí, esas cenizas son más fe-

cundas que mi vida. Producen una flor, reciben una lágrima del cielo, y mi corazon está seco, y mi imaginacion árida y fria.

—Angela, me matas, decia la pobre madre, amargamente llorando.

—Soy muy cruel, añadia Angela, soy muy cruel. Lo conozco. Pero en mis sentimientos no mando yo.

—Te habrá olvidado. Créelo así, y resignate.

—¡Olvidarme! ¡No me ha olvidado, no! Si me hubiera olvidado, yo no viviria.

—¡Pobre niña! No conoces la fuerza de la vida, ni la impotencia del dolor. Créés que el primer sorbo del cáliz de la amargura va á concluir con tu existencia. ¡Oh! habrás apurado hasta las heces, y aun vivirás.

—¿Es posible, madre mia? ¿Es posible? Con este dolor cruel, inmenso, infinito, ¿se puede vivir?

—El dolor fortifica la naturaleza, ó mejor dicho, mientras la alegría, el placer, son idóneos para enflaquecernos, el dolor, la pena, nos alientan en la vida. Pero, mira, Angela. Yo he seguido tus pasos, he conocido tus sentimientos. Yo he velado por tu virtud y por tu pureza. La madre es como la Providencia, y vela siempre por

las prendas de su corazón. Quizás ese hombre, á quien amas, te haya olvidado. Quizás creyendo...

—No me asesineis, madre, madre mia, por piedad, por piedad. Sois muy cruel. Antes le quisiera muerto. Pero, ¡oh! no, que viva, que viva. Si me ha olvidado, si ha huido de mí voluntariamente, si ha arrojado la cruz que le di, las flores que le guardaba, si le dice á otra mujer lo que antes me decia á mí, solo le deseo el castigo de que sea feliz, muy feliz. ¡Oh! Pero no, no; pensarlo, no más pensarlo me parte el alma, me quiebra el corazón. Soy muy desgraciada, si, muy desgraciada. Pero más desgraciado seria él si me hubiese olvidado. Y más aun si olvidándome fuera feliz. No, Eduardo ha muerto. Y yo le decia que le amaba. Y yo le juraba eterno amor. Soy perjura, soy infiel. Eduardo ha muerto, y yo vivo. ¡Qué horror!

Y la pobre Angela se deshacia en lágrimas.

—Dime, Angela, ¿y si fuera ese hombre indigno de tu cariño? ¿Y si no hubiese muerto? ¿Y si en vez de ser el conjunto de perfecciones que tú admirabas fuese un miserable?

—Le amaria lo mismo. ¿Qué me importa? ¿Aparta Dios su aliento del hombre que á Dios falta? ¿Y el amor habia de ser interesado? Haria

por darle la dignidad, por volverle á la virtud, por levantarle de su postracion; pero le amaria, si, le amaria eternamente. Acaso en el fondo de mi corazon guardara mi amor; pero dejar de sentirlo, nunca. Vivo ó muerto, digno ó indigno, amante ó de su amor olvidado, á mis ojos apareceria siempre como el único sér que me ha dado á conocer las penas y las alegrías de la vida.

—¡Ay! Angela. Amar de esa suerte es desvario, es locura. Hija mia, ningun dolor de los que asaltan el corazon, merecen ese tributo de lágrimas que tú le ofreces. Todos son igualmente despreciables. Cuando el cielo te haya hecho saber el origen de los males que padeces, acaso te avergonzarás á tus mismos ojos. Resígnate. Ese aviso te da la Providencia para que no pongas los ojos en seres que están á mayor altura que tú.

—¡A mayor altura que yo! decís, madre. ¿Por ventura no es hombre? ¿Y se degrada el hombre amando á una mujer? ¿Por ventura, el amor puede conocer ni otra causa que la inspiracion del sentimiento, ni otro fin que la felicidad del sér amado?

—Ignoras lo que es mundo, Angela. El velo de tu inocencia te oculta sus males. Yo debo revelártelos, yo, que he gustado todas las grande-

zas, y todas las desgracias de la tierra. En el mundo, el amor admite categorías. No se ama por inspiración, se ama por conveniencia social. Esos grandes señores, á que tu amado pertenece, creen que una pobre campesina se debe tener por muy honrada en ser, no su esposa, su querida.

Creen que aun despues de haberles robado la virtud y el honor, deben estimarles que hayan descendido hasta confundirse en sus brazos.

—Callad, por Dios, madre mia.

—Tu madre conoce los peligros que te rodean. Sabe que es muy triste rasgar ciertos velos de oro, que ocultan los dolores del mundo. Pero un deber me obliga á ello, un deber sagrado. Dios ha puesto la vejez al lado de la juventud, como el libro de la esperiencia abierto siempre á sus ojos.

—¿Y es posible que el mundo sea así?

—¡Ah, hija mia! por haber querido reformarlo, vives en esta choza; por eso hoy somos pobres.

—Pero tenemos, madre mia, buenos sentimientos en el corazon, que valen más que la riqueza.

—Es cierto. Cuando oigo, al amanecer, el canto de los pajarillos, que se une á mi primer oración, me regocijo de ofrecer á Dios mi alma pura como las armonías de la naturaleza. Cuan-

do comienzo mi pobre trabajo, me regocijo también de haberme resignado á la virtud, y á las privaciones, porque, ¡cuántos peligros no nos han cercado, y cuán dulce es llegar á la edad madura habiendo vencido todas sus asechanzas! El brillo del cielo, los astros, las luciérnagas, las ondas quebrándose en la arena, la fuente que murmura, el aroma que embalsama las áuras, todos estos varios espectáculos, que ofrece la naturaleza, dejan en el alma luz bastante para no recordar ningún placer.

—Pero, madre, vos comprendereis que á mi edad es muy triste ver el mundo solo, la naturaleza sin voz y sin alma. Yo le veía en la primer estrella de la tarde. Yo le escuchaba en el rumor de las hojas mecidas por las áuras. Yo respiraba su aliento en las brisas del mar. Yo, en todos los ecos de la naturaleza escuchaba su voz. Y hoy solitaria, abandonada á mi dolor, no tengo, ni más deseo, ni más esperanza, ni otra aspiración que la muerte.

IV.

En efecto, el dolor de la jóven crecía de punto, á medida que se prolongaba la ausencia de Eduardo. Su tez morena palidecía, sus brillantes y negros ojos se tornaban mústios y opacos. Aquella imaginacion tan brillante, que parecia tener más luz y más colores que la naturaleza, se deshojaba como flor roida por los gusanos. Con un ramo de violetas secas en la mano, los ojos puestos en el horizonte, sentada bajo un árbol, y sobre una roca que daba al mar, se la veía todas las tardes, mústia, llorosa, como agonizante, aterida por el frio dolor que producía la ausencia del sér que amaba. De todas sus brillantes facultades, solo le habia quedado la voz, donde aun resonaban los acentos de su alma virginal y purísima. Su voz tenia dulces encantos aún. El dolor le daba una vibracion sublime. Parecian sus acen-

tos los últimos ecos de una lira que se rompe y exhala un gemido triste y dolorosísimo. Así, cuando en una de estas tardes de estío, en que las ondas apenas producen un pequeño rumor, levantaba su melancólico acento, el ruido de la naturaleza era el cadencioso acompañamiento de su dolor. Pero, poco á poco, su salud se iba quebrantando, poco á poco su antes poderosa vida se iba extinguendo como una lámpara moribunda.

Un día, por fin, comprendieron sus padres que Angela podría malograrse por el exceso de su dolor, y decidieron ocurrir á este mal. Sabían que deseaba ardientemente ir á Nápoles, donde ciertamente debía tener noticias de Eduardo. No había más remedio que emprender el viaje. Para subsistir en aquella capital no poseían otro recurso que las limosnas de las buenas almas, y la voz de Angela; esa voz, que parecía descendida del cielo. Decidieronse por fin, al sacrificio, aunque con grave dolor de la pobre madre, que presentía grandes males para su hija.

Era una mañana de Setiembre. El crepúsculo doraba la cima de las montañas, las orlas lejanas del horizonte y las últimas líneas del mar. Los pescadores bajaban á la playa rezando el Ave-Maria, que tocaba la campana de la iglesia. La

puerta de la pequeña casa de Angela se abría y aparecía un interesante grupo. Angela, vestida con un traje de color de tierra, recogidos sus sedosos cabellos en una especie de blanca cófia, con un pequeño baston en una mano, y un lio de ropa en la otra, estaba de rodillas, recibiendo la bendición de su madre, que, llenos los ojos de lágrimas y rebotando el corazón dolores, la bendecía, mientras un anciano de noble apostura, gentil continente y venerable cabeza, cogía todos los enseres del viaje, y abrazaba también con gran dolor á su esposa. Angela bajó por las rocas á la orilla del mar. Allí les aguardaba una barca con un solo marinero. Era Genaro, el pobre pescador que amaba más que á sus ojos á la joven. Arrodillóse esta, y juntas las manos rezó la Salve, repitiéndola hasta que perdió de vista á su madre. Al llegar á este trance dió un grito y se quedó sin sentido.

V.

¡Nápoles! ¿Quién no conoce las riberas del mar Tirreno? Ese mar, en cuyas brisas Grecia arrojaba sus ideas para que cayeran sobre el suelo de Italia; ese mar, en cuyas ondas se bañaban los antiguos dioses italianos; ese mar, que traía á las rientes playas los ecos de la voz de los maestros y de los poetas de Alejandría; ese mar tan hermoso conserva aún su inalterable serenidad, su perpétua alegría; y aún sus costas, sembradas de laureles, y de sepulcros de grandes poetas, como Virgilio, el Tasso, Petrarca, celebran las fiestas continuas del antiguo paganismo.

Abierto el golfo de Nápoles en anfiteatro, parece un templo antiguo, un gran coliseo, donde el arte y la naturaleza celebran á porfia sus fiestas. El mar azul, sereno, meciéndose ligero entre

los cabos que parecen estenderse para formarle blando lecho, refleja en sus mansas tranquilas olas el riente cielo, inundado de perpétua alegría. Estiéndense, descendiendo de la falda del Vesubio, á coronar las playas, todos los más hermosos esfuerzos del reino vegetal; las viñas cargadas de sus dorados racimos, los naranjos y limoneros perfumando de balsámicos aromas las ligeras blandas áuras, como orientales pebeteros; el sáuce, el ciprés, el mirto, el olivo, todos esos árboles, que recuerdan en su poética tristeza el cielo, los dolores del génio, y en medio de todas estas maravillas, rodeado de estos tesoros de la vida, como un sultan en su serrallo, el napolitano, muelle, débil, con la huella del placer en la frente, y la indiferencia en los ojos, especie de inalterable dios, que sintiéndose con fuerza creadora, se goza en su perdurable indolencia, y en desperdiciar la fuente de vida que corre limpia y abundosa á sus plantas. Y en esta hermosa ciudad, en esos campos cubiertos de lavas y ruinas, regados con la sangre de tantas generaciones; campos que han oído los cánticos de los Tibulos y Propercios, que han dado flores para que todos los poetas coronasen á sus amadas; en esos felices bienaventurados campos, á la sombra de un ciprés ó de un

mirto, oír una canción de amor, es una dicha pura, indefinible, es como gustar la copa de la vida en que bebe su sér naturaleza. Y si esta voz es dulce como la voz de un ángel, enamorada, tierna, si sale de los labios de una mujer sobrehumana, si se levanta al cielo rociada de lágrimas, con el eco de una profunda, de una inmensa tristeza, esa voz parecerá el quejido del alma de aquella naturaleza, ó el recuerdo de los tiempos en que las diosas descendían del Olimpo al mundo, enamoradas de algún dichoso mortal, como Diana besaba con sus arroyos la hermosa fuente de Endimion dormido, y anhelante, al través de los bosques, le seguía para gozarse en ver sus huellas, y en protegerle en su carrera.

Pues bien, á las orillas del mar, bajo frondosos árboles, Angela entonaba, llevando de la mano á su padre, medio ciego, una canción. Los *lazzaroni* se agrupaban para oírla, y extasiados dejaban, al concluir la canción, caer algunas monedas en la mano del pobre ciego.

Después de haber recogido unas cuantas monedas, cayó la jóven en profundísimo silencio.

—Hija mía, le dijo su anciano padre, debemos volvernos. Nada hemos sabido. Debe haber muerto.

—No, no debemos volver. Un presentimiento ciego me dice que debe estar en Nápoles.

—¡Tan pronto olvidas nuestro pequeño y dichoso campo!

—Oídme, padre mio. Trabajais allí mucho, y es hora de que ceseis en vuestros penosos trabajos. Así como mi madre y vos habeis buscado todos los medios de sustentar á vuestra hija, así yo debo ahora retribuiros con largueza. Mi corazón me dice que me quede en Nápoles.

—¿Crees que le vamos á encontrar aquí? Si estuviera, ¿no hubiésemos ya dado con él? Nosotros hemos estado á la puerta de todos los teatros, en todos los paseos, hemos dado sus señas á todos los *lazzaroni* conocidos: nadie, absolutamente nadie ha sabido darnos de él noticia. Volvamos. ¿A qué exponernos á mayores sufrimientos?

—Es verdad, es verdad. No sabemos su apellido. Es imposible saber de él nueva cierta. Si al ménos perteneciese á nuestra clase, le buscaríamos en las cabañas, en las barcas de los pescadores, en la playa, y le encontraríamos; pero siendo de alta alcurnia, encerrado tal vez por algun padecimiento en un palacio, ¿cómo es posible que de él sepamos? ¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Mira, hija mia, olvida todas esas penas, convéncete de que no vale un hombre las muchas lágrimas que derramas. Acaso es un ingrato.....

—Yo no puedo pensar así. Le ofenderia, y ofendiéndole me faltaria á mi misma. Yo he levantado á ese hombre un templo en mi corazon. ¿Quereis que me persuada á creer tan fácilmente que es indigno de mi amor? ¡Oh! Eso no, nunca, nunca.

Apenas habia pronunciado Angela estas palabras, que aun repetia el viento, cuando cruzó ante sus ojos como una exhalacion, un coche guiado por un apuesto jóven, que indudablemente era Eduardo.

Angela dió un grito; lanzóse á la carretela con los brazos abiertos; pero el jóven no la echó de ver, y como si fuera conducido en las alas del viento, perdióse en una nube de polvo, y desapareció.

—Era él, dijo Angela para sí. ¿Y me ha olvidado? ¿Cómo no va á verme? Santo cielo, santo cielo, ¿qué es de mí? Iba solo, creo que iba solo. No, iba con una mujer. No, solo, solo. ¿Por qué le habré visto? Era él. No me ha engañado el deseo. Era él, ha desaparecido. Y vive, y vive contento. No se acuerda de mí, ¡oh! no, no, me ama

aún. Si, me ama. Si no me amara, yo no viviria. Pero, ¿por qué no ha ido á verme? ¡Ah! Soy egoista, muy egoista. Vive, vive..... ¡Qué gozo! Vive, gracias, Dios mio, gracias. Y Angela, prorumpiendo en un amarguisimo sollozo, dejó caer la cabeza sobre el pecho de su padre, el cual, anegado en llanto, la estrechaba fuertemente contra su pecho.

¡Alma para el amor nacida, pura como el soplo creador, esplendente como la luz increada; alma que recuerda el cielo, su patria, y viene á vivir á la tierra con su pristina pureza y con sus divinos afectos, á la tierra, á la sociedad, en cuyo lodo se apagaria la más pura estrella! Amar idealmente, sin el delirio del sentido, amar con toda la intensidad de que es capaz un alma donde se alberga lo infinito; consagrar al amor todo el fuego de una vida jóven, todas las ideas, todos los sentimientos que forman el sér; tomar el corazon amado por el único nido donde puede reposar el alma en este su solitario destierro; no ver la naturaleza sino iluminada por un pensamiento; no concebir que la pasion se apague sino al soplo de la muerte; no imaginar felicidad posible fuera del amor, es sin duda una gran dicha, porque demuestra que el alma que así sabe sentir, es

elegida de Dios. Pero llevar esta pasión tan grande por la tierra tan pequeña; encerrar en este frío mundo ese fuego más ardiente que el rayo del sol; sujetar bajo la cadena del tiempo, afecto que es eterno, desgracia es inmensa, y esa desgracia padecía Angela. En su corazón había algo del cielo. Solo un alma superior podía sentir una pasión tan pura, tan tierna, tan hermosa.

Mas ¡ay! arrastraba esa gran pasión por la tierra. Su misma grandeza debía ser su martirio. Su misma idealidad la hacía imposible. No de otra suerte el poeta sueña, finje sus ideas, y al darles vida y cuerpo, las ve descoloridas, pálidas, perder el alma que les había infundido. Somos desterrados, y el recuerdo de nuestra patria es el mayor de nuestros martirios. Pero perfeccionemos la vida, hermoseemos el alma, y así nos será fácil volver á encontrar las hermosas riberas de lo infinito, que lloramos perdidas y alejadas.

VI.

¡Eduardo! sigámosle, para ver qué era de él. Perdióse el coche en largo laberinto de árboles, torció hácia Nápoles, volvió á entrar en las calles de la ciudad, y despues de breve espacio de tiempo, detúvose á la puerta de su estraviado, pero hermosísimo palacio. Eduardo bajó entre confuso y triste del coche, atravesó el jardin, y era de ver que todas las puertas se abrian á su paso, ofreciéndole franca entrada, no de otra suerte que si admitieran á un antiguo dueño.

Por fin, detúvose en una hermosa estancia, que respiraba lujo oriental. Sus paredes cubiertas de riquisimas telas, su marmóreo suelo, sus filigranados techos, las varias lunas, que vistosa é indefinidamente la prolongaban, las mil gayas flores contenidas en riquisimos vasos de porcelana,

dan claros indicios de ser aquella mansion de opulenta dama. Y en efecto, abrióse la puerta, y apareció una mujer rubia, lánguida, envuelta en un riquísimo peinador blanco, que tendió la mano con desdeñosa elegancia al jóven, clavando al mismo tiempo penetrante y altiva mirada en sus ojos. A esta escena muda, se siguió un largo y prolongado y tempestuoso silencio. Y decimos tempestuoso, porque en la actitud de Eduardo, en la respiracion de la jóven se echaba de ver que aquella entrevista tenia algo de grave, de solemne, de grande; pero al mismo tiempo algo de dolorosa. La jóven, despues de este silencio, se dejó caer en un divan, é hizo seña á Eduardo para que se sentara á su lado. El jóven fingió no observar la seña, y volviéndose, acercó un sillón, y se sentó á una respetuosa distancia.

—Vos lo habeis dicho, Eduardo, dijo la jóven. Este inclinó la cabeza en señal de asentimiento, como si una gran idea le privase del habla.

—Vos lo habeis dicho, volvió á repetir la jóven.

—Lo he dicho, sí. La mujer es más buena que el hombre, cuando es buena; la mujer es más perversa, cuando es perversa. Cuando cayó el hombre, cayó en males reparables; cuando ca-

yó el ángel, cayó en males irreparables; si Dios pudiera caer, sería el mal supremo.

—Me placen vuestros argumentos teológicos. Me gusta á mí, no puedo remediarlo, toda esa jerga escolástica.

—Siento mucho, Margarita, que no me hayais comprendido, á pesar de que han pasado quince dias desde la vez postrera que pronuncié esta amarga frase.

—Si no deciais eso... ¿Por qué...?

—Os lo decia porque me habeis hecho muy desgraciado.

—Acaso á la única persona á quien yo... No quiero pronunciar la palabra.

—Es verdad... la única persona que habeis despreciado, dijo Eduardo, acentuando la palabra con profunda amargura.

—¡Caballero! exclamó Margarita levantándose. Caballero, conozco toda la trascendencia de esa frase. Yo sé lo que encierra. Sois un malvado, si, un malvado. Idos, idos... ¡Oh! si yo no fuese mujer...

Y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Margarita! exclamó Eduardo lanzando un ¡ay! desgarrador y profundo. Me creéis tan vil. ¡Oh! Si esa idea que me atribuis hubiera cruzado

por mi mente, ahora mismo me rasgaria con mis propias manos las entrañas, y sacaria el corazon, y os lo arrojaria para que lo pisoteáseis.

Margarita, despues de haber recobrado la calma, exclamó :

—Teneis razon. Yo tomaba vuestras palabras por mis remordimientos.

—¡Oh! Sí, Margarita; permitid que me queje, que me duela; dejad, al ménos, á mi dolor ese único desahogo.

—¿A vuestro dolor? En verdad que no os comprendo.

—¿No comprendéis que os amo?

—Sí, sí. Estoy... En fin, Eduardo, adios, adios, si, adios.

Y Margarita se levantó, abrió la puerta con rapidez, la volvió á cerrar con estrépito, mientras Eduardo se levantaba vacilante y caia de rodillas ante la puerta cerrada.

VII.

Eduardo padecía el delirio de los sentidos. Andaba ciego y perdido su corazón por un despeñadero, que pronto había de dar con él en oscuro y profundo abismo. Era enemigo de las empresas fáciles, y se empeñaba por lo mismo en atraerse los favores de aquella mujer, que pronunciando la palabra amor, buscaba, sin embargo, cuantas ocasiones podía de humillarle á sus propios ojos. Margarita, dama de corte, muy dada á todo linaje de devaneos, sentía por Eduardo una especie de afecto, que no había podido nunca satisfactoriamente explicarse. Ella, que gustaba ver pasar como sombras fugaces sus amantes, tan fugaces como los rápidos placeres del sentido, había posado su pensamiento en aquella frente pura y joven. Ella, que anhelante siempre de goces, no

sentia nada que fuera grande, imperecedero, ninguna de esas pasiones que se alimentan de las ideas, del espíritu, de la vida interior; ella, que se reía de cuantos pronunciaban la palabra *amor*, llegó á querer á Eduardo con pureza; como si la palabra del jóven le hubiera abierto un mundo desconocido y maravilloso.

Sin embargo, alma corrompida, Margarita queria poner hasta las buenas pasiones al servicio de sus caprichos ó de sus cábalas. Habia caido en la abyeccion más profunda, y no podia levantarse de aquel cenagal, sino impulsada por algun aura celeste que no corria en aquella ocasion, á su lado; por algun ejemplo de virtud, que en aquella ocasion no se presentaba á sus ojos. Además, la desgraciada Margarita se habia visto menospreciada de un hombre; dolor que no podia cicatrizarse en su pecho, y gustaba de tomar venganza en ageno corazon de la herida recibida en su pecbo.

Asi es, que devoraba en silencio su amarguísima amargura, y preparaba el camino para tomar del hombre que asi le habia burlado honda y profundísima venganza.

Entretanto le acontecia al jóven Eduardo que se iban borrando poco á poco de su mente y de su corazon los destellos luminosos del primer

amor. El primer amor es como la inocencia, estado feliz del alma, que perdido, no se recobra; y que lo lloramos y aun queremos volver á él, pero si viéramos abierto el camino, retrocederíamos espantados. Eduardo sentia el dolor de haber perdido su primera pasion por Angela, más que por el mismo amor, por la desgracia que veia caer sobre la jóven, objeto antes de sus aspiraciones y ensueños. Mas como padecia de enfermedad semejante, como no encontraba correspondencia en la mujer nuevamente amada, como al pasar el lodazal del vicio no habia visto oculta ni una flor, antes muchas espinas, su propia desventura no le dejaba espacio para sentir y llorar las desventuras de Angela.

¡Qué lucha tan larga, tan animada, sostenia consigo mismo! Asi, al caer á la puerta de la habitacion en que se encerró Margarita, de tal suerte se habia trasportado á otras regiones y tan profundamente dormido estaba, digámoslo así, en el seno de su pensamiento, que no echó de ver que habia trascurrido largo espacio de tiempo, ni mucho ménos que Margarita acababa de entrar por otra puerta, y le miraba entre compasiva y burlesca. Mas era tal la admiracion de aquella trágica actitud, que Margarita no pudo contener la ri-

sa, y soltó una prolongada y ruidosa carcajada.

El jóven se sobrecogió, y levantándose precipitadamente le dijo:

—Estais ahí gozándoos en mi humillacion.

—Sois buen actor.

—¡Es verdad, me habeis acostumbrado á fingir tanto!

—¿No habeis amado nunca?

—No me lo recordeis. Soy un infame. Amaba á un ángel, á una mujer divina, hermosísima, pura como el cielo, mujer que vivia retirada en el campo, sin más pensamiento que yo; sí, yo, que la he olvidado, y la he olvidado por vos.

—Nada me gusta en vos tanto como ese éxtasis bucólico, esa exaltacion febril, ese recuerdo de un amor, que más que cierto, parece soñado.

—Sueño era sí de felicidad, que vos me habeis arrebatado; sueño deliciosísimo, del cual nunca debí haber despertado; sueño que me hubiera hecho pasar la vida entre flores y me hubiera conducido á despertar en el cielo.

—*Per omnia sæcula sæculorum*, añadió Margarita. Me agrada veros tan místico.

—Margarita, dijo Eduardo, cogiéndola con frenética fuerza del brazo, estais torpemente abusando de la primacia de mujer. Os gozais en ba-

ñaros en la sangre que destila mi corazón. No me aborrezcais, no me desprecies, Margarita. Yo no puedo vivir sino en vuestro cariño; yo no puedo respirar sino á vuestro lado; yo no estoy en mí, estoy en vos. Me habeis robado el alma; do quier vuelvo los ojos, allí os encuentro, rodeais todo mi sér como de una atmósfera; amadme, amadme por piedad, Margarita.

—Hay momentos en que no podré negarlo, os creo.

—Me creéis, ¡oh, me creéis!... Entonces adivináis cuánto padezco. ¿No es cierto que lo adivináis? ¿No es verdad que sentís palpar mi corazón? ¿No se revela en esta mirada todo el fuego en que arde mi alma? ¡Oh! Margarita, si supiérais cuánto os amo, no seriais tan cruel.

—¡Me amais! Sentaos á mi lado; venid.

Eduardo se sentó dejando caer la cabeza sobre el pecho, como cansado de luchar. El aliento de la jóven que subia hasta su frente, le volvía el ánimo y las fuerzas.

—Me amais, yo quiero creerlo; necesito creerlo.

—¡Ah! ¿No os bastan mis palabras?

—No. ¡Palabras! Cuántas y cuán hermosas he visto nacer, brillar, las he creído fijas, invariables, y al tocarlas se han convertido en humo, en nada.

—Obras quereis.

—Eso, eso.

—Pedidme los mayores sacrificios; que me desposea de mi fortuna para repartirla entre los necesitados, que me enganche en los ejércitos de Africa para conquistar nuevos paises al nombre cristiano, que me vaya á vivir á un retiro, que renuncie al mundo, con tal de que me prometais un dia abrirme vuestros brazos y merecer...

Margarita, á medida que Eduardo se entusiasmaba de esta suerte, reia á todo reir de sus palabras.

—Ya lo veis, le decia, ya lo veis. Ingénuamente os digo que os engañais. Tratad, tratad de ahuyentar y desvanecer vuestras preocupaciones. Habeis leído muchas novelas, muchísimas, y os enamorais de un imposible, y hablais de una manera tan ridícula...

—No puedo soportar el peso de vuestro sarcasmo, Margarita.

—¡Y decia que me amaba! exclamó la jóven con acento dulce y tierno.

—No os amo, es verdad; no os amo cuando ya no he muerto, contestó Eduardo acentuando estas palabras con un sollozo profundo y muy amargo.

—Convenceos, Eduardo, de que si me quereis

como decís, me quereis de una manera sobrado vulgar.

—No es vulgar sentir lo que yo siento, no puede serlo.

—Pero es vulgar, muy vulgar, decir lo que decís.

—No sé lo que digo, pero sé lo que siento.

—Para probarme que me amais, me habeis prometido el ejercicio de no sé cuántas virtudes; la caridad, el patriotismo, la abnegacion, el sacrificio, palabras todas de novela. Yo quiero otras pruebas.

—Si las quereis, hablad.

—¿Qué es en vos seguir la virtud? Es un instinto. Sereis bueno, muy bueno. Ser mejor nada prueba. Es necesario que el amor verdadero trastorne todas las condiciones de nuestro sér, que nos levante á otra esfera que no habiamos imaginado tocar.

El sacrificio de todos los placeres de la tierra nada importa. ¿Qué valen los placeres para el que solo tiene uno, el de abismarse en el amor de la mujer que adora? El ejercicio de la virtud nada dice. La virtud, cuando se posee un alma pura y hermosa, es una ley de la vida, una condicion de ser. Lo que se debe hacer para mostrar ánimo, es

más, muchísimo más, Eduardo. Es romper todas las condiciones, todas las leyes de la vida, y así, solo así se puede manifestar que el amor ha echado raíces profundas en nuestras entrañas.

—No os comprendo, Margarita.

—Ciertamente, no me comprendéis; por eso no me amais. Lo conocido, solamente lo conocido puede ser amado. Y hé ahí cómo venís á confirmar mis dudas, á probar la verdad de mis palabras. Vos amais en mí acaso esta vestidura mortal, esta belleza mayor ó menor que en bien poco estimo; pero no amais en mí lo que hay en mí de verdadero, de inmutable, el espíritu; y no amais en mi espíritu, no ya sus virtudes, que esas siempre son amables, sino lo que yo más deseo que sea amado, mis faltas y mis vicios.

—Vuestras faltas, señora, vuestros vicios. Yo no he visto sombra alguna en vuestra frente.

—¿No os lo digo? Os habeis propuesto hacerme reir á cada paso, y lo conseguís á las mil maravillas. Os estaba dando una prueba inapreciable de mi afecto, y la desestimáis torpemente. Yo no confieso mis faltas nunca sino á personas que comprendo que me han de querer, á pesar de mis faltas; pero yo aspiro, no ya á que me queráis, á

pesar de mis faltas, sino con ellas, y hasta por ellas; hé aquí mi anhelo.

—Os querré como queráis.

—Os decia antes que debiais darme una prueba de ese amor, que diariamente andais encomiando, no siguiendo los buenos instintos del corazon, sino violentándolos.

—Pero ¿qué prueba es esa?

—Un crimen.

Eduardo, espantado, se cubrió el rostro con las manos. La pasion era infinita, violenta, tempestuosa; pero aquella palabra le heló por un instante, como si le faltara sangre en el corazon. Margarita le miró por algunos instantes con su mirar burlon, sardónico, y comenzó á decirle:

—Ya veo, Eduardo, que amais esas hermosuras pacíficas, tranquilas, dulces, buenas esposas, buenas madres de familia, que son la delicia de amor de un *bourgeois* ó de un jornalero. Ya veo que no habeis nacido para el amor grande, tempestuoso, que debe reinar aquí en la atmósfera superior de la vida. ¿Lo veis? No podemos comprendernos; idos.

Y levantándose del divan, le señaló con ademán imperioso la puerta.

—Que me vaya, que me vaya. ¡Oh! No. Soy

vuestro esclavo; mandad. Me he enagenado. Yo no soy yo. Soy vos, soy vos, por quien deliro.

La amenaza de aquella súbita separacion habia vuelto á derramar en el corazon del jóven Eduardo todo el calor de su pasion. Margarita le tomó una mano, y un sacudimiento como eléctrico se dejó ver en todo su cuerpo. ¡Oh! Habia huido del camino de la virtud, de la cual solo conservaba algun pequeño destello, y á cada paso se hundia más y más en el hondo pantano del vicio.

—La hermosura resplandece más, cuando las pasiones, los combates, las dudas, la iluminan con los resplandores rojizos del infierno. Creedme, Eduardo; solo cuando hayais adquirido un temple de alma bastante para consumir los mayores sacrificios por el sér que amais, solo entonces mis lábios se confundirán con vuestros lábios y nos perderemos en un amor infinito.

Eduardo temblaba como fascinado, seguia las miradas de Margarita, escuchaba los latidos de su corazon y se perdia en la luz de sus ojos.

—Ya sabeis, ¡deshonroso es decirlo! que no me pertenezco, sabeis que soy vuestro, sí, vuestro. Imponedme condiciones, mandad, mandad, que yo obedeceré; mandad, sí, que yo soy un autómeta, mandad... pero no me mandeis un crimen.

—Sois un niño. Yo sé que por mí perderiais con gran contento la vida.

—¿Lo sabeis? Y no os apiadais de mí...

—Sé que seriais capaz de las más grandes empresas.

—Y me atormentais aún.

—Pero ignoro si sois capaz de un crimen. Ignoro si el día en que yo viera á un hombre, que me ha despreciado, que me ha herido, que me ha maltratado, podré deciros: Mirad ese hombre, debe morir, clavadle este puñal en el pecho.

Y Margarita, volviéndose á un velador, abrió un estuche y mostró un puñal, cuyo mango de varias piedras adornado, brillaba como las escamas de la serpiente heridas por los rayos del sol.

—Mirad, Margarita. A ese hombre de que me hablais, le escupiria en la frente, y despues me batiria con él á muerte, importándome poco el desenlace; porque si vencedor, os vengaba; y si vencido moria por vos; dichas ambas muy gratas á mi alma.

—Hé ahí lo que yo no puedo, lo que yo no debo, lo que no quiero consentir. En primer lugar, os doy por razon suprema mi capricho. En segundo lugar, no me agradaria que ese hombre se gozase en la muerte de un caballero. En últi-

mo lugar, ¿y si os mataba? me quedaria sola, Eduardo.

Dijo estas palabras con un acento tal, clavó sus ojos con tan profunda intencion en los ojos de Eduardo, que el jóven creyó que Margarita le amaba de veras, y un placer inmenso, indefinible, le trasportó á otras regiones, como si una demencia inexplicable poseyese su espíritu.

—Margarita, por vos soy yo capaz de todo. Para mí no hay más bien que vuestro amor, ni más mal que vuestro desden. Amadme, sí, sí, amadme.

—Os amaré si haceis lo siguiente: Mañana doy baile, y baile suntuosísimo. Aquí debe venir un hombre vestido de negro y que á la una debe entrar en este gabinete. Cuando yo cante el ária de la Lucrecia al piano, entraís y le traspasáis con este puñal el corazon.

—¡Margarita! ¡Oh, no, no, eso no puede ser! Margarita le miró con desden, volvió la cabeza con ademan altivo y le dijo:

—He dado mis órdenes. Las habeis oido. Ahí teneis ese puñal. O haceis lo que os digo, ó al dia siguiente cuando vengais á mi casa, os echarán como á un perro los lacayos.

Y se fué sin añadir palabra.

VIII.

En la noche que habia señalado Margarita, presentaba mágico aspecto su hermosa casa. El baile anunciado se celebraba en los espaciosísimos jardines de aquella magnífica vivienda. Estaba el cielo puro, la luna derramaba su argentina y melancólica luz en los hermosos celajes. Los árboles, cargados de lozanas flores, ostentaban luces de mil colores en su vário follaje escondidas, luces que derramaban reflejos misteriosos é indefinibles. Las fuentes se levantaban á los cielos en argentadas columnas, descomponiendo al caer los vários rayos de luz que herian sus líquidas perlas. Hermosas macetas, conteniendo las más várias flores; aves presas en doradas redes, que tomaban por dia la hermosura y claridad de aquella noche, y despedían dulces notas acompañando á

la música, que derramaba ondas de armonía en los aires, eran nuevos encantos de aquel eden.

Entre tantas flores y fuentes, alrededor de aquellas luces, faltaban las mariposas, y bien pronto se pobló de beldades el jardin, de beldades que en esa tierra pagana recordarán siempre con sus encantos la hermosura de las olímpicas diosas.

Apenas se comenzó á poblar el salon, vióse aparecer á Margarita. Estaba hermosísima. Vestia un rico traje blanco; prendia su cabeza con algunas rosas naturales entrelazadas con pequeños diamantes, que parecian gotas de rocío cuajadas en sus sedosos cabellos; mostraba desnudos sus brazos y su torneada garganta, y reunia con admirable gusto el lujo á la severa elegancia. Apenas habia saludado á todos, cuando se acercó á ella un jóven rubio, de ojos azules, de buen continente, y tomándola una mano, le dijo:

—Siempre injusta.

—Margarita se quedó pálida, mortal; apretó las manos del jóven con gran efusion, y dijo:

—Siempre cruel. ¿Venís á recordarme mis debilidades y vuestro triunfo? ¡Oh! Me avergonzaís.

—Margarita, os he querido hacer buena. Pre-

tendí enseñaros el verdadero amor. Veo que ya es tarde.

Margarita se estremeció al oír estas palabras, y dijo con acento muy tierno, entrecortado por la profunda emoción que sentía:

—Sí, ya es muy tarde. Acaso la eternidad levante pronto un abismo entre ambos.

—¿Pensais moriros pronto?

Un grupo de convidados vino á cortar muy pronto el hilo de esta conversacion. Entre ellos se encontraba Eduardo. Pocas veces habia sentido nuestro jóven un dolor más verdadero y más profundo. Margarita, su amor, su ensueño, su vida, andaba de círculo en círculo, recogiendo larga cosecha de adulaciones, escuchando palabras de afecto más ó ménos apasionadas, reinando sobre todos los corazones, y en aquel vértigo de placer, en aquel desvanecimiento, no se acordaba de su amado, de Eduardo, que la seguía con el corazón lleno de pena y con los ojos arrasados de amarguísimas lágrimas.

Después de largo espacio de tiempo, después que ya se encontraba el baile en ese período en que nadie se acuerda de nadie, en que todos consagran su atención ó bien á la fiesta, ó bien á un sér que ocupa el pensamiento, ó bien á la pareja

con quien hablan ó danzan, Eduardo, en extremo dolorido, se asentó en un rincón del jardín, bajo una especie de dosel que formaban varias acacias entrelazadas, cuyas flores de vez en cuando caían sobre su frente arrancadas por el soplo de la brisa del mar, que se veía á lo lejos iluminado por los rayos de la luna. Eduardo pensaba con tristeza en la felicidad de los seres inanimados. Cuánto más feliz que yo, decía, es la vida que se mueve á impulso de una ley que no conoce, y esa flor, que al caer del ramo en que estaba, nada siente, y esa luciérnaga que vive sin conocimiento de sí, bajo una hoja, y todo cuanto en el mundo carece de libertad, y se ignora á sí misma; cuánto más feliz es que el hombre, cuya conciencia le sirve solo para mostrarle su pequeñez, cuya libertad es un perpétuo y horrible combate.

Apenas acababa de hacer estas reflexiones, cuando sintió una mano que caía ligeramente sobre su hombro. Volvióse de repente, y se quedó estático y embebido ante Margarita. El aroma de las flores, la brisa, los suspiros, por do quier resonaban; las palabras que llenaban la atmósfera, el vapor del baile, las armonías de la música, la pasión que henchía todos los corazones, las infinitas ilusiones que, cual nube de mariposas, vo-

laban en su mente, todo, todo cuanto veía y pensaba, convidaba al amor.

—Eduardo, ¿me habeis ya olvidado? dijo Margarita con acento dulce y de una delicada ternura.

—¿Vos me lo preguntais? He estado aquí, siguiéndoos por todas partes, mirando cuánto os divertiais, contando los brazos que os recibían y estrechaban en el calor del baile, y sintiendo las palabras que os decían y contestábais, palabras horribles, que caían como gotas de plomo derretido sobre mi corazón.

—Es necesario decirlo todo. Eduardo, conozco que padeceis.

—Decidme, Margarita, ¿os habeis empeñado en que os aborrezca?

—No, me he empeñado en que seáis feliz, completamente feliz conmigo, que os amaré con todo el fuego de mi alma, lejos del bullicio del mundo, en el retiro, en la soledad, allí, donde podamos formarnos un espacio para nosotros solos, en que todo sea placer y amor y contento, en que veamos, unidos uno en brazos de otro, huir el tiempo mansamente sin acordarnos ni de ayer ni de mañana, sino de aquel instante de felicidad que se puede prolongar por toda la eternidad.

Y al decir estas palabras, sus ojos lanzaban

como rayos de amoroso fuego sobre Eduardo, y sus pequeñas manos, trémulas, se perdian entre las manos del jóven, y su aliento, como el perfume embriagador de hermosísima y fresca rosa, ascendia hasta los lábios del cuitado, que fuera de sí, anhelante, se pasaba la mano por la frente para convencerse de que no era presa de un sueño, pues nunca habia oido palabras semejantes de Margarita, de aquella mujer, por cuyas miradas hubiera dado su vida.

—¿No me decis nada? exclamó despues de algunos instantes Margarita, dejando caer la mano del jóven como muestra de dolor y duda.

—¡Que no os digo nada! ¿No os dice nada este corazon que quiere saltar de mi pecho á impulso de mi trastornadora alegría?

Y Eduardo, cogiendo con efusion la mano de la jóven se la llevaba al corazon, como fuera de sí, y delirante por la felicidad en que le habia sumergido, felicidad tan nueva, que le parecia ó mentira ó soñada.

—Pero como muchas veces, Eduardo, os he dicho, no puedo creer en vuestro amor, en esa pasion que me pintais tan exaltada y tierna; si una prueba de amor decisiva, inmensa, no viene en abono de mi fé.

—¿Qué prueba quereis?

—Mirad, veis aquella puerta que se abre, veis aquel jóven apuesto que entra en aquel gabinete, y que se dirige al mismo; pues bien, ese hombre ha de morir esta noche asesinado á vuestras manos.

—Margarita, dijo Eduardo con acento desgarrador. ¿Quereis introducir el demonio del crimen y de la deshonra en el cielo de nuestro amor?

—Os he conocido, costestó Margarita con despecho. Dejadme. No quiero saber nada de vos; dejadme, idos. Ese hombre me ha deshonrado. Ese hombre ha arrancado indignamente de mí la virtud y la pureza. Ese hombre, despues, me ha despreciado. Ese hombre ha libado á la fuerza el amor que yo solo guardaba para vos. Ese hombre me ha escupido á la cara. Y ahora, cuando os pido venganza, sí, venganza, cuando deseo que este puñal, sí, este puñal, regalo suyo, se lo claveis en el corazon, huis de mí y me dejais sin venganza.

—Margarita, ¡por piedad! exclamó Eduardo.

—Y yo que lo tenia preparado todo para la fuga; yo que no me he ido con vos lejos, muy lejos de Nápoles, porque esperaba ver lucir esta noche la rojiza luz de venganza; yo que despues, en el golfo, á la luz de la luna, solo con nuestro

amor pensaba, mientras las brisas me encaminaran á las playas de Sicilia, para de allí huir á más lejanos paises; yo que pensaba deciros todo lo que por mí pasaba, entregaros mi corazon, juraros un amor eterno, inmenso, fuente de nunca gustados deleites....

Eduardo se acercó á Margarita, la estrechó contra su corazon, imprimió un ardoroso beso en sus lábios, tomó el puñal que brillaba en su mano, y á todo correr se dirigió á la escalera de mármol que abria paso del jardin á las habitaciones superiores del palacio. La jóven pronunció, lanzando una prolongadísima y amarga carcajada, estas palabras:

—¡Ah! Ya estoy vengada.

Y con paso lento y con singular frialdad, fué á buscar á sus convidados, hablando á todos con tal indiferencia y calma como si nada sintiera.

Despues de haber conversado con varios de sus convidados, se dirigió á un asiento donde habia dos jóvenes solas, y comenzó á hablarles de esta suerte:

—No puedo guardar un secreto. Me pesa en el corazon, y aunque destruya el efecto que yo apetecia, voy á deciros lo que os preparo, con la condicion de no imitarme, de no decir á

nadie, absolutamente á nadie, lo que yo os voy á confiar. ¿No habeis oido hablar de una jóven cuya voz es prodigiosa y cuyo canto tiene una melodia celestial?

—Sí, dijo una de las jóvenes; me han dicho que es un portento, y escita el entusiasmo de cuantos la escuchan, que anda por las calles con un pobre anciano, y que solo canta una vez al dia para adquirirse el sustento necesario. ¡Oh! tendremos mucho gusto en oirla.

—Es esa, dijo Margarita, esas son las señas, esas son. Es hermosísima. Pero me ha exigido que la deje sola en uno de los kioskos, en compañía de su padre, y que desde allí cantará, porque no quiere presentarse ante la sociedad; y como todo esto aumenta los encantos de la sorpresa, no he dudado un punto en acceder á su deseo.

—Has hecho muy bien, dijeron á una ambas jóvenes.

—Despues que yo haya concluido el ária de Lucrecia Borgia, debe dejarse oir su voz, segun tenemos precisamente convenido.

Mientras esto acontecia en el jardin, veamos lo que pasaba á Eduardo. El amor, cuando sin pararse en lo justo llega á enardecer la sangre, suele embriagar como el vino. Eduardo habia senti-

do en su vida dos pasiones por dos objetos distintos. Al salir de la inocencia, cuando el alma se abre á las auras del cielo, habia sentido un amor puro, infinito, por Angela. Este amor era el amor del alma, sin mezcla alguna de mal; era hermoso é inocente como la mariposa, como la flor, como la gota de rocío, pues la inocencia es la primavera de la vida, y como la primavera, presenta la vida en flor, con toda la pristina pureza que le infundió el Creador. Esta pasion era el ángel de la guarda, que bajo sus nacaradas alas protegía sus ensueños y sus virtudes y sus ilusiones, y todo cuanto hay de divino en el espíritu. Así, mientras esta pasion habitó en el pecho de Eduardo, su vida corrió entre flores, retratando el cielo.

Pero un dia el sentido se despertó, y perdiendo la vida su natural equilibrio, el sentido se llevó tras sí el alma. Eduardo vió á Margarita, y la amó; pero con un amor tormentoso, desasosegado, febril, con el amor de los sentidos. Encontró resistencia, y resistencia porfiada y tenaz; encontró tambien dudas, temores en el corazon de Margarita, donde todos solo habian encontrado un instante de placer, y el delirio de su deseo le enagenó, haciéndole olvidar hasta la existencia de su alma y el recuerdo de su amor.

En esta pasión, su corazón ardía como el fuego pero próximo siempre por lo mismo á convertirse en cenizas, á evaporarse en humo. La pasión que había tenido por Angela, á pesar de aquel prolongado olvido, lucía como luce siempre el sol, aun cuando venga la noche.

Pero aquella luz purísima le había retirado sus rayos. Así, en su alma no había más que negra noche y tristísima tempestad. El amor frenético, delirante, le llevaba como de la mano á la perdición. Las buenas pasiones impelen blandamente al hombre en su carrera por la vida. Un alma sin pasiones sería como una estrella sin luz. Pero las perversas pasiones desquician la vida, burlan y encenagan sus claros y puros manantiales.

Eduardo, oyendo sonar las febriles palabras de Margarita, estusiasmado con sus pinturas de un porvenir delicioso que él anhelaba, con esa fiebre delirante de los sentidos, enardecido por el beso que acababa de recibir, tras el cual había por tanto tiempo desaladamente corrido, aguijoneado y espoleado por el deseo, en aquellos instantes oía solo el zumbido del viento de sus pasiones, y solo sentía el ardiente hervir de su encendida sangre.

Así, se lanzó al salón donde estaba el joven que le había señalado Margarita. Este se dejó caer

sobre un divan, diciendo; «Me flaquean las piernas. Estoy cansado.» Y á los pocos instantes, aunque luchaba tenaz y porfiadamente con el sueño, procurando levantarse y frotarse los ojos, se quedó profundamente dormido. Entonces entró Eduardo, y se quedó contemplando silenciosamente, en actitud de meditar las consecuencias de la escena infame á que le arrastraban sus desbordadas y tormentosas pasiones.

—Voy á matar, decia, á un hombre. Voy á matarle á sangre fria. ¿Qué habrá en estas pasiones que así me ciegan? ¿Qué habrá en mi corazon que así se conturba y estremece? Horas dulcísimas del amor dulce y tranquilo, ¿qué os habeis hecho? Pero esa mujer, esa mujer me ha trastornado el alma. Mi sangre no se renueva sino al contacto de su aliento, mi corazon no late sino en su presencia, mis ojos no tienen luz sino la toman de sus ojos. Por un beso daria cuanto soy; ¿por qué al recibirlo no he de dar mi alma? Y voy á cometer un crimen, si, ¡un crimen! ¡Se habrán borrado de mi conciencia las nociones de lo justo y de lo honesto! ¡Ay! En mi alma no hay más que un pensamiento, no hay más que un anhelo; triunfar de esa mujer. Verla en mis brazos amante, esa es mi aspiracion única, el deseo en-

cerrado en el fondo de mi alma. Parece que esta pasión me arranca el corazón, y me muerde en mis entrañas, abrasándolas como las tenazas del infierno. Todas estas angustias, todos estos dolores podrán aplacarse el día en que esa mujer me pertenezca; el día en que esa mujer me siga y me pida una mirada, como yo ahora la sigo anhelante, y padezca todo el martirio inmenso que yo padezco. ¿Y no es dable para conseguir este fin, pasar por encima de las entrañas de un hombre? El menor de nuestros deseos cuesta la vida á infinitos seres. Nos alimentamos de la muerte. Cubrimos nuestras carnes con los despojos de todos los seres. En la gota de agua que bebemos para apacar la sed, destruimos el mundo de infinitos insectos. Y si por todas partes dejamos grabadas huellas de destrucción, de ruinas, de muerte, ¿no ha de sernos posible acabar con un hombre, que se levanta en nuestro camino? ¡Ay! Pero no conozco á ese hombre. No me ha hecho ningún mal...

Y cuando estas reflexiones cruzaban por la mente de Eduardo, se oyeron las apasionadas notas de la Lucrecia que lanzaba al aire la voz de Margarita.

—¡La señal! sí, la señal del crimen. Ese hom-

bre ha devorado el amor de esa mujer que me trastorna el sentido; ha alcanzado una felicidad indecible, inexplicable, y acaso en sus ensueños se esté burlando de mí. Muera, sí, muera, ya que es necesario para que yo sea feliz.

Y al pronunciar estas palabras, levantando el puñal se dirigió al divan donde estaba durmiendo la víctima.

Pero en aquel mismo instante se oyó una voz dulce, tiernísima, un canto celestial, que parecía descendido de las esferas celestes, una armonía desconocida de oídos mortales, que embargaba los corazones, y se llevaba tras sí el pensamiento; era una voz que caía sobre el corazón como el rocío sobre la flor; que derramaba una melancolía dulcísima, esa melancolía que solo es dado sentir á la virtud, y que un poeta, en su divina habla, ha llamado la nostalgia del cielo.

Eduardo se detuvo un instante á la primer nota, y retrocedió apenas el canto se levantaba al cielo. Arrojó el puñal enseguida, y abriendo una ventana maquinalmente, se avanzó con delirio á respirar auras que venían bendecidas por tan divina voz. Su vida, turbada momentos antes, como el mar tempestuoso y agitado, se fué calmando, y poco á poco parecía como el mar sereno,

que retrataba las estrellas del cielo. No se atrevia á respirar; tan extasiado y fuera de sí estaba. Y en efecto, el alma tiene alas, y las tiene para volar á Dios. Cuando el lodo del mundo cae sobre las alas, pesan tanto, que no pueden levantarse, ni cernerse en los aires. Pero cuando un soplo celeste las impulsa, vuelven á tomar su rumbo, y nos llevan á lo infinito, que es nuestra pátria, que es el centro de nuestras almas. Así, en aquel supremo instante, el alma de Eduardo se levantaba, sacudia el polvo del mundo y volaba en pos del eterno é inmovible norte de la vida. ¿Quién no ha sentido alguna vez ese misterioso y extraño éxtasis? Así es que ya se habia apagado aquella melodiosa voz, y aun estaba Eduardo en la ventana embebido en sus pensamientos. Pero de pronto se le ocurrió una idea. « Yo he oido esa voz; sí, yo la he oido alguna vez. » Y entonces vino á su imaginacion el recuerdo de los dias felices de su puro amor y la imágen de Angela. Entonces vió el mar tranquilo, el cielo sereno, las orillas sembradas de flores, y las flores de mariposas; la aguja del campanario de la aldea, dibujándose en el firmamento, las blancas velas henchidas por las brisas como su corazon de alegría, los amorosos sáuces, que movidos dulcemente, gemian como si aprisio-

naran un alma, la fuente misteriosa, y al lado de la fuente, y bajo los sauces, alimentando en el hueco de la mano con dorados granos de trigo á las blancas palomas, el puro ángel de su primer amor.

Entonces ardió en ánsia, en anhelo de ver á Angela, de preguntar de dónde salía aquella voz, y postrarse de hinojos ante el sér que le habia apartado del crimen, que le habia vuelto á mostrar el cielo de la inocencia. Y al bajar, vió que todos los convidados iban ya desapareciendo, que se apagaban las luces del jardin, y que Margarita, cogiéndole de la mano, decia:

—Huyamos, huyamos.

—¿A dónde hemos de huir? contestó Eduardo.

—A ser felices, dijo con entusiasmo Margarita.

—¡Oh! yo no puedo ser feliz, sino viendo el ser bendito que ha derramado esos cánticos en el aire, esos cánticos que me acaban de apartar del crimen, pues son el santo recuerdo de mi primer amor.

Apenas pronunciaba estas palabras Eduardo, aparecia el jóven convidado en la escalera, y traia en la mano el puñal, y dirigiéndose á Margarita, exclamaba:

—Os entrego este puñal. Guardadlo. Lo he encontrado al despertar á mis plantas, y os lo entregué un dia como simbolo perfecto de lo que es vuestro brillante amor.

Y saludando despues á Eduardo, salió del jardin, que estaba ya solitario, alumbrado por los opacos rayos de la luna, que se iban apagando en la primera luz del naciente crepúsculo.

—Eduardo. ¿Me habeis despreciado? ¿Habeis preferido vuestra virtud á mi amor? ¡Qué desgraciada soy!

—Esa mujer que ha cantado, ó mejor dicho, ese ángel, ¿dónde está, donde? preguntó el jóven.

—Se ha ido.

—¿Dónde? ¿dónde?

—No sé.

—Es mi primer amor.

—Vos soñais.

—Ella me inspiró mis primeros sentimientos.

—¡¡¡Eduardo!!!

—¿Qué habeis hecho de ella?

—Ya os lo he dicho, se ha ido.

—¿Hace pocos instantes?

—Muy pocos.

—¿Hacia dónde vá?

—Hacia la playa.

El jóven, sin despedirse de Margarita, afectado por aquella revelacion, combatido por mil distintos pensamientos, salió á la calle, y se dió á correr por las encrucijadas de Nápoles, sin curarse de lo vago de las señales dadas por Margarita, ni de la imposibilidad en que estaba de encontrar á la jóven á tales horas, y en tan intempestiva sazon.

IX.

El ver la impresion producida por la palabra de la jóven cantora en el alma de Eduardo, fué una de las revelaciones que Margarita sintió de lo que pasaba en su corazon. Caprichosa, sin educacion de ningun linaje, con gran talento, acostumbrada á la lucha de las pasiones, corroida por una profunda inmoralidad, sagaz, vengativa, acostumbrada á triunfar de todos sus enemigos, queria vengarse por manos del más rendido de sus esclavos de los desdenes que á su amor hiciera el más altivo de sus adoradores.

Pero al ver que no habia tenido poder bastante sobre aquel corazon para inclinarlo al crimen, al ver que un instante, desvanecido por el eco de una voz, aquel amor tan ardiente, pertinaz y rendido, se habia eclipsado, Margarita sintió que la

vibora de una gran pasión le mordía las entrañas; sintió que amaba á Eduardo. No le cabía duda, tenía allí el primer amor del jóven. Dirigióse al kiosko, que estaba en lo más apartado del jardín, é hizo salir á la jóven.

—Permitidme, anciano, dijo al padre de Angela, que hable algunos instantes en secreto con vuestra hija.

Y la llevó á un lado del jardín. La luna, hiriendo la pálida faz de Angela, aumentaba su palidez y su hermosura. Margarita, al mirarla, ardió en horribles celos, celos, sí, en celos por un hombre á quien momentos antes despreciaba, y de cuyo amor se reía.

Bajo una especie de dosel que formaban algunas hermosas enredaderas, al lado de una bullidora fuente, en la cual lucían algunos faroles á medio apagar, se asentaron las dos jóvenes, y Margarita comenzó á hablar de esta suerte:

—Cantas muy bien, hija mia, muy bien. ¿Por qué no piensas en ir á un teatro?

—Porque mi madre me ha enseñado el camino de la virtud, diciéndome que está muy sembrado de escollos. Y si en esta desconocida senda por donde yo ando encuentro á cada paso espinas, ¿qué no me sucedería si hollase más anchurosos espacios?

—No me parecen mal las máximas de tu madre, pero voy á hacerte alguna reflexion. Si á los escollos naturales de tu pobreza añades con esos escrúpulos otros escollos, ¿de qué te servirán los dones recibidos del cielo? Pasarás tu vida ignorada y pobre.

—No me importa gran cosa, señora. Yo en el campo canto para mí, para Dios. En el teatro cantaria para los hombres. Preguntadle al jilguero si prefiere la jaula de oro al pobre arbus-to, y que su canto regale los oidos de un príncipe, ó se pierda en la inmensidad del espacio.

—Tienes mucho talento, jóven. ¿Y puedo saber de dónde has venido y por qué has venido á Nápoles?

—Os lo diré, señora. No lo oculto. Creo que no debo ni pensar ni hacer cosa que no pueda decir la delante de todo el mundo. Yo he amado mucho. Mas el jóven á quien amaba, ha desaparecido á mis ojos. Y he venido á Nápoles á saber si es vivo ó muerto. Y nada he podido saber aún. Y por eso entro en los palacios. Y por eso canto y mi voz es el reclamo de mi amor.

—¿Y quién te ha dicho que ese jóven te es fiel?

—Me dice el corazon que no ha podido olvidarme.

—¿Y cómo se llama?

—Sólo sé su nombre. Se llama Eduardo.

Margarita, al oír pronunciar el nombre de Eduardo, sintió tal emocion y tan profunda, que se levantó instantáneamente del asiento; pero reflexionando tambien de una manera súbita en uno de esos instantes en que la reflexion se confunde con el instinto, se volvió á sentar pálida, demudada, y cogió con fingida efusion las manos de Angela.

—Eres muy desgraciada.

—Sin duda, muy desgraciada. Pero lo soy, porque tengo el intimo convencimiento de que es desgraciado Eduardo.

Margarita lanzó una de esas carcajadas amargas y sardónicas.

—¡Desgraciado! Sí, tienes razon, mucho.

—¿Le conoceis, señora, le conoceis? ¡Oh! Sois muy buena. Sois mi salvacion. Sereis mi guia. ¿Vive, vive?

—Vive.

Un alborozo infinito se pintó en el rostro de Angela. Dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas, y un suspiro profundo mostró que habia desahogado de inmensa pesadumbre su corazon oprimido.

—Veo que le amais mucho.

—¡Oh! no sé decirlo.

—Pero él ama.

—¿A quién, á quién ama?

—A mí, dijo Margarita dándose un fuerte golpe en el pecho, y mirando con altivez á Angela, que contemplaba estupefacta á su rival.

—Si. Me ama á mí, á mí sola, decia Margarita. Pero no con ese amor que se contenta con un suspiro, con una mirada, con un recuerdo; que habla del cielo, de los ángeles, de Dios; sino con el gran amor, con el amor de los sentidos, que exhala fuego y ardiente lava, con ese placer inmenso que goza hasta en el crimen, hasta en la deshonra, y que se burla de esa falsa moneda que ha dado el mundo en llamar virtud, que no es sino insensibilidad, frio, nada.

Al oir estas palabras, que ciego despecho dictaba á Margarita, lejos de perturbarse, levantó Angela con serenidad la frente, miróla de hito en hito, y dijo:

—Señora, no os entusiasmeis así. No encarezcáis el mal de esa manera. Os compadezco. Estais enferma. La úlcera de un mal horrible os lacera el corazon. Curaos pronto, señora; curaos muy pronto, porque correis grave peligro de per-

der en flor un alma que acaso Dios haya formado para el cielo.

—No te entiendo, jóven. Amas al mismo hombre que yo amo. Dudabas de su felicidad, de su amor. Acabas de saber que te ha olvidado, y lejos de mostrar dolor ó pena, vienes predicándome á guisa de misionero. ¿Y á eso llamas tú amor, á eso pasión? Já, já, añadió dándose á todo reir con la risa convulsiva que le era tan peculiar. Eso es fria insensibilidad.

—Señora, veo que afortunadamente no alcanzáis los misterios del dolor. En este mundo tan hermoso á los sentidos, todo es violento y todo fugaz. El placer es intenso, pero breve; el dolor es grande, pero rápido. Las pasiones crecen hasta parecer una gran tormenta moral; pero como la tormenta, son breves y pasan como las ráfagas del huracan por el alma. Hé aquí por qué mi dolor, sereno, tranquilo, vivirá mientras yo viva, al paso que ese, vuestro engañoso amor, pasará como una exhalacion, como una tromba, sin dejar nada en pos de sí, mas que tristes ruinas.

—¡Qué lenguaje! Me mueve á maravilla. Confieso que me atrae por lo nuevo, y por lo desusado me cautiva. Dime, ¿y tú no envidias el lujo de estos jardines y de estos salones? ¿No desea-

rias los aplausos de las gentes? ¿No vivirías contenta en este mundo?

Como se vé, el alma de Margarita era muy impresionable tambien. Al ver aquel dolor tranquilo que no lloraba, que no se retorcia, que se ocultaba cuidadosamente en el fondo del alma, sentia una especie de admiracion, como si estuviera en presencia de algun grandioso espectáculo de la naturaleza.

—Siento tener que decir todo lo que de este mundo se me alcanza, dijo Angela. Yo he visto en las playas de mi pátria, bajo la cabaña del pescador, á la madre, rodeada de sus hijos, contenta y feliz al repartirles un pedazo de pan moreno y una taza de leche, gozosa en verles levantar sus bracitos, como los pajarillos pian y aletean en su nido cuando les manda la Providencia el pequeño grano de dorado trigo. Pero he entrado en estos salones, en estos palacios, y he visto el esposo casi separado por el respeto y la etiqueta de su esposa; los hijos separados de la madre, y puestos á disposicion ó de un aya ó de un frio preceptor, capaz solo de endurecer los corazones; la naturaleza que humedece y refrigera el espíritu, alejada de aqui, ó cuando ménos, violentada y contrahecha en estos jardines, cuyos árboles me

parecen de trapos; y en vez del santo amor, he visto desconsoladora desconfianza.

—Y sin embargo, al fondo de tu cabaña ha ido la desgracia, y te ha maltratado y te ha herido.

—Pero oidme, oidme. Al fin no soy tan desgraciada como vos. Yo, en el fondo de mi cabaña, he conservado la pureza del alma, que vos habeis desgraciadamente perdido en el fuego de estas bujías, en el esplendor de estos salones. Yo no he hecho mal á nadie, y vos habeis penetrado como una sombra maldita en el cielo de mi amor. Yo sabré padecer, sabré llorar, y vos no os vereis habitada ni por el dolor. Y puedo aun levantar el corazon á Dios, y pedirle para vos felicidad; y vos solo podeis pedir al infierno venganza.

—¡Angela! gritó Margarita horrorizada de la verdad de aquella pintura, y de la crueldad de aquel paralelo.

—Mi recuerdo será siempre en vos un remordimiento; vuestra memoria en mí una fuente de compasion. Yo en la soledad del campo tendré á Dios presente siempre en mi espíritu; vos en el ruido de las orgías tendreis presente siempre vuestras acciones y vuestras obras. Yo puedo amar

no correspondida; puedo, á despecho de la ingratitud y del olvido, guardar en el corazon y en la memoria el nombre del que una vez amé; vos, en sus brazos, no sereis nunca feliz, ni podreis darle la felicidad, que solo consiste en la virtud de vivir vida tranquila, y en la esperanza de aguardar serena muerte.

—¡Ah! ¿No se habian de amar? exclamó Margarita, levantándose del banco donde estaba sentada, y dando paseos de un lado á otro, como si quisiera desasirse de una pesadilla. ¿No se habian de amar con delirio? Eran dos almas puras que se encontraban en el mundo, eran dos corazones que vibraban como las cuerdas de una lira. Ese amor debia ser un canto, la luz de la luna, el rocío, como todo lo que hay puro y divino en la naturaleza. Amaban por la vez primera; amor dulce, tierno, que no se ha propasado á desflorar la virginidad de los lábios ni con un beso.

—Y vos, como la serpiente, habeis entrado en ese paraíso, y habeis desvanecido ese dulce sueño de la inocencia; exclamó Angela.

Al oír estas palabras se rehizo Margarita. Toda la sensibilidad que empezaba á posesionarse de su corazon, se desvaneció, se deshizo como un ataque de nervios pasajero. Asió por el brazo fuer-

temente á Angela, y dejándolo despues caer con violencia, la dijo:

—¿No os bastaba mi confesion? ¿Venis á gozaros en verme humillada? ¿Creeis por ventura que yo he cedido el amor de Eduardo? Cederé, si, cederé solo por tomar de vuestro orgullo venganza.

—¡Ah! señora, teneis razon. Un instante de vértigo y de dolor me ha hecho orgullosa. Perdonadme, perdonadme. A veces en la amarga espina está la salud, y en la rosa el veneno de la viborá. Todos, todos somos iguales. Todas las mariposas, aun las de más bellas y cambiantes alas, son miseros gusanos. Pero confesad que es muy triste verme así abandonada y solitaria, cuando él, si, él llenaba con su amor el mundo; verme abandonada cuando yo más le amaba; verme abandonada, cuando solo pedia á su pasion algun recuerdo ó algun suspiro, ó que alguna vez, de tarde en tarde, viniese á escuchar una cancion de amor, que acompañaba el rumor de aquella fuente, único testigo de nuestra felicidad y de nuestra pasion.

—¡Pobre Angela! exclamó Margarita; pero no, no; yo no debo compadecerte. No, no te quedes aqui. Vete, vete. Tienes razon. Eres mi tormento. Lloras, amas. Así que conoces en ti alguna

falta, la confiesas. Vete, aborrezco tu virtud, por no aborrecerme á mi misma.

—No me iré. Pienso quedarme.

Al oir estas palabras, ardió en celos, en horribles celos Margarita. Todos sus instintos perversos, dormidos antes, se despertaron en tropel de repente. Un temblor convulsivo se apoderó de todo su cuerpo. Sus ojos parecian próximos á salirse de sus órbitas. Miraba á Angela con fascinadora mirada, como la serpiente al pajarillo. Angela que nunca habia conocido tales luchas, que jamás habia pasado por aquellas tristes circunstancias, sentíase como bajo la fuerza de un gran influjo magnético, y padecía horriblemente.

—¿Te quieres quedar? dijo Margarita con acento entrecortado por la rabia. ¿No quieres abandonarme tu amante? Yo lo he arrancado ya de tu corazon. Verás, si te quedas, nuestros abrazos; oirás nuestros besos de amor. Yo me gozaré en verte pálida, trémula, eclipsada esa hermosura por el dolor y por los celos. Me gozaré tambien en ver mi triunfo sobre tí; la fecundidad de mis placeres, y la fria infecundidad de tu virtud. Me gozaré, sobre todo, en verle á él, avergonzado, humillado, triste, dolorido delante de tí, con los restos de su amor en la memoria y la marca del

vicio en la frente, padeciendo los más horribles dolores. Yo....

—Callad, callad por Dios, dijo Angela cayendo de rodillas á los piés de Margarita, callad. No debo volver á verle. No le haré apurar el cáliz de la amargura hasta las heces. No quiero que al verme fiel, con las palabras de amor en los lábios, se muera de vergüenza. Decidle que yo le he sido infiel tambien, que me he casado por vengarme, para que no padezca. Yo muerta de amor, abandonando por él á mi madre, cantando por esas calles de Nápoles, solo por recoger un rayo de su mirada, yo debia ser un espectáculo triste á sus ojos. Yo debia derramar un dolor muy vivo en su corazon.

Y Angela lloraba amarguisimamente; lloraba como si se le partiese el corazon, y añadia las siguientes sublimes palabras:

—Me iré, sí, me iré. No quiero causarle nuevo daño, haré este sacrificio por mi amor. ¡Ah! señora, cuando vos le veais, cuando se unan vuestras miradas en un éxtasis infinito, cuando dulces palabras caigan en vuestros oídos, cuando confundidos en un suspiro vuestros corazones os jureis, con voz entrecortada por el delirio de la pasión, eterno amor, ¡ah, Dios mio! que en aquellos

momentos de felicidad la sombra de esta desgraciada no se aparezca nunca á los ojos de Eduardo.

Y diciendo estas palabras, se levantó, se enjugó las lágrimas y se fué donde estaba esperándola su padre, le dió un beso en la frente, y salieron ambos del jardin. La aurora lucia ya con todo su esplendor en el horizonte.

X.

Margarita se quedó estática. No comprendía lo que por ella pasaba; acostumbrada á ver siempre el vicio, la mentira, las pasiones engañosas, aquella virtud, aquella palabra inspirada, aquella abnegacion sublime, que para ella era como completamente desconocida, le robaron la luz de los ojos con sus desconocidos y maravillosos resplandores.

Cuando más agitada estaba, vino una de sus doncellas.

—Señora, ¿no os acostais?

—Déjame, Maria.

—¿Qué teneis?

—Un dolor profundo.

—¿Os poneis mala?

—¡Oh! sí, sí. Me siento muy mal.

—¿Quereis que llamemos á un médico?

—No, ya se pasó esta especie de desvario.

—El cansancio de trasnochar...

—No, las profundas emociones... di.

—¿Qué os ha sucedido?

—Tú fuiste la que me hablaste de esa hermosa cantora.

—Es verdad, yo fui.

—Pero ¡en qué mal hora! Maria.

—¿Por qué?

—Me ha robado la paz del corazon.

—¿Con su canto? Pues no parece sino que sea un galan!

—No, con su canto no.

—Pues entonces, no adivino...

—Con sus palabras.

—¿Por qué la habeis escuchado?

—Tiene un espiritu tan superior.

—Y es una pobre!

—¡Conoce tan bien el corazon humano!

—Parece una fábula.

—¡Ah! es por desgracia verdad.

—¿Si será una bruja?

—Tiene el sortilegio de la virtud.

—En poco tiempo la habeis conecido.

—En muy poco, y en ese, bien á mi despecho.

—Pues no os cureis tanto de ella.

—No puedo apartarla de mi memoria.

—¿De esa memoria por donde todo pasa fugazmente?

—Eso mismo te hará ver cuán estraña mágia ha usado conmigo esa jóven.

—Pero ¿qué os ha dicho?

—Me ha mostrado cuán superior es á mí.

—¿A vos, que sois tan noble y rica?

—Ella ostenta en su frente una corona que yo no podria comprar con todos mis diamantes.

—No os preocupeis tanto.

—Es verdad; pero no puedo desasirme de esa fascinacion.

—Estais por extremo pálida. Vámonos, si, vámonos, y os acostaré.

—Sí, vámonos.

Y Margarita se iba, murmurando estas palabras:

—La virtud, la virtud, el amor. ¡Ah! el amor.

En vano pretendió Margarita conciliar el sueño. En su acalorada fantasia se dibujaba con todos sus colores la imágen de Angela, su amor, su ternura, su desgracia. Y sin embargo, estos recuerdos encendian en su ánimo una gran passion por Eduardò. Desde el instante en que le

vió amado por un sér superior, inclinóse á estimar en mucho la posesion de su cariño. Asi es, que viendo que era punto ménos que imposible atraer el sueño á sus párpados, levantóse, y su primer cuidado fué consultar con el espejo las gracias de su rostro. A pesar de que el amor propio suele teñir con resplandores de hermosura el espejo, y que la enfermedad mitológica de Narciso acostumbra á ser muy frecuente y vulgar en el mundo, Margarita, al verse pálida, circundados los ojos de una aureola morada, secos y descoloridos los labios, desencajado el rostro, sintió una amargura indefinible, y lanzó un prolongado suspiro de sorda desconfianza.

Habia olvidado que Eduardo no satisfizo su deseo de venganza; habia olvidado tambien su antes rendido, y por lo mismo despreciado amor; desde el punto en que vió cruzar pequeña nube por el horizonte, la llama de una pasion antes calculadora habia prendido con intensidad en su alma. Atavióse cuidadosamente, ensayó todos los modales, todos los gestos de su rostro, pues no parecia sino que toda la dura fiereza de su alma se habia tornado vulgar coqueteria.

Eduardo tardaba de una manera desusada. Margarita no hacia más que levantarse, ir y volver á

la ventana, pasearse impaciente por sus magníficas estancias, golpear con fuerza en las puertas, arrugar con rabia el pañuelo que llevaba en la mano, y á veces hasta arrojar algun adorno de china contra el suelo, con el fin de que el ruido y los fragmentos por el suelo diseminados, la distrajesen un tanto de las agudas punzadas que recibia del aguijon de su deseo.

Por fin, se sintió á lo léjos el ruido de un coche. Margarita abrió de par en par las ventanas para ver si era el coche de su amado, aunque se ocultó tras de una cortina, para que Eduardo no conociera su ciega impaciencia. Era en efecto su coche. El jóven se apeó, atravesó con tardo paso el peristilo del palacio, subió la escalera, y entrando en la habitacion donde comunmente se encontraba Margarita, le tendió la mano; pero no con aquella su antigua efusion, sino con señalada indiferencia.

—¿Qué teneis? le preguntó Margarita. ¿Estais enfermo?

—No tengo nada.

—Me engañais seguramente.

—¡Margarita!

—Nunca os he visto tan triste.

—Es verdad.

—¿Y no me es dado preguntaros el motivo?

—Es un sueño.

—Honda impresion ha causado en vos ese sueño.

—¡Hondísima!!! He visto levantarse mi vida pasada...

—Debe seros muy grato su recuerdo, según lo encareceis y llorais.

—Muy grato.

—Y sin embargo, en esa vida yo no represento ningún papel; yo, á quien tantas veces habeis jurado amor.

—No pronuncieis esa palabra.

—¿Por qué?

—Porque me desgarrá el corazón.

—Esa palabra que en vuestro lenguaje poético habeis llamado muchas veces el néctar de la vida!

—Es verdad, néctar, no; mejor dijera veneno corrosivo que se come las entrañas.

—¿Tan mal os va con vuestro amor?

—Por Dios, no abrais mi corazón más de lo que está á tristes y pavorosos remordimientos.

—Sí, debeis temerlo; porque la primer súplica de la mujer que amais la habeis desatendido.

—Sí, infamemente.

—La primer prueba de amor que os exigia...

—La he olvidado.

—Y debeis padecer.

—En justo castigo del cielo.

—Yo que anoche...

—No pude... decia temblando Eduardo.

—¿Sacrificar la victima que os habia pedido?

—No, sacrificar á su amor todos mis devaneos, todos mis placeres, y seguir el eco amoroso de su voz.

—¡Qué revelacion! exclamó Margarita. ¡Qué revelacion! ¿Con que no soy yo, no es Margarita la mujer que amais?

—¡Oh! Hay instantes en que ignoro lo que digo. Ya sabeis que os amo, dijo Eduardo con frialdad.

—Sí, no es posible que me asalte la menor duda.

—Si lo supiérais...

—¿Qué voz es esa de que hablais? ¿Por qué huisteis anoche de mi presencia? Hablad, hablad. Os lo exijo.

—No puedo ser nunca franco con vos.

—¿Por qué?

—Porque no me haceis caso.

Margarita comprendió que si mostraba de-

masiado interés por Eduardo, acaso se enfriaria su pasion. Y, mujer calculadora, aun en sus más ardientes deseos, comenzó á encubrir bajo un velo de indiferencia su interés.

—Pues si no os curais gran cosa de que yo sepa vuestros secretos, poco me importa. Ya sabeis que nada de cuanto ocultais puede hacer gran mella en mi ánimo.

—Lo sé, dijo Eduardo animándose. Lo sé por dolorosa experiencia.

Margarita vió los buenos efectos de sus cábalas, y continuó fingiendo bostezar.

—Ya veis, vuestras historias me fastidian mucho antes de saberlas. Hablemos de otra cualquier cosa. Mirad, aqui tengo un ramo del baile de ayer. Ya está casi seco.

Y dirigiéndose á un velador donde habia un riquísimo jarro de porcelana, tomó un ramo, y volvió á su confidente.

—Mirad. Esta rosa, es regalo del principe de Mántua, que al ponerla en mi mano, dijo: «A vos, la rosa de mi amor.» Este jazmin es del jóven poeta aleman Ludof, que al ponerla en mis cabellos, exclamó: «Asi os embriague su aroma, como á mí me ha embriagado vuestro aliento.» Esta rama de albaca es del ya machucho conseje-

ro del rey, que á vos tanto os importuna. «Ya que no me quereis amar, os regalo todo mi ódio, disponed de él como querais.» Esta violeta es de un pintor distinguido que se ha enamorado de mí platónicamente. En cambio este clavel es la prenda de un beso...

—¡Margarita! exclamó Eduardo, cuyo semblante se habia animado al compás de aquellas mal intencionadas palabras. Margarita, me estais clavando un puñal en el pecho.

—Sois muy aficionado á huecas, vanas y pomposas frases. Me habiais prometido contar vuestra vida, y os escuchaba. Yo, como no puedo guardar memoria de tiempos muy lejanos, compenso vuestra falta, contándoos la vida de esta última noche, de la cual es cada flor un símbolo.

—Es verdad. Y cada una de esas flores tiene millones de espinas que se clavan agudas en mi corazón, y lo taladran.

Tal era el carácter de Eduardo. Movable y cambiante por costumbre, su alma se dejaba arrastrar del bien y del mal, como la paja del viento. La voz de Angela le arrobó el alma. Las palabras de Margarita volvian á despertar fibras de su corazón antes dormidas. Indeciso siempre, incierto en ideas y pasiones, no merecia el gran amor que

inspiraba. Un beso de Margarita le arrastró al crimen; un eco de la voz de Angela, le apartó del crimen. Un recuerdo de Angela le extasiaba, y algunas palabras de Margarita le sacaban de su éxtasis. En el fondo de aquel corazon no habia más que una pasion verdadera, de la cual veremos más adelante dar claras muestras; la ambicion, el deseo de popularidad, el afan de cosechar aplausos. Y el despreciar á Angela se explica por la oscuridad en que yacia la jóven; y el amar á Margarita se explica tambien por el gran nombre que la hermosa dama tenia en la alta sociedad de Nápoles.

Esto no obstaba para que la indole de estas pasiones fuera distinta, y en ellas hubiera algo de verdad, algo de entusiasmo.

—Ya os he contado mi historia. Contadme ahora la vuestra, os lo ruego.

—Ya sabeis que es imposible que á mi edad hayais sido vos mi único amor.

—Lo sé, lo comprendo.

—Yo he amado.

—¿Ya no amais?

—Ahora os amo á vos.

Margarita contestó á estas palabras con una sonora carcajada; pero si Eduardo la hubiera aten-

dido, hubiera notado en ella una amarguísima amargura.

—Volvía yo de mis viajes á Francia; volvía deseoso de pisar el suelo de la madre Italia. Para mi no habia descanso posible. Mi alma volaba por las costas como la gaviota. Llegué, besé el suelo sagrado de la patria, y me creí feliz. Sin embargo, perdí mis aficiones marinas. Vivía en una barca en el mar, contento con verme en sus ondas dulcemente mecido. Andaba tras esas hermosas campesinas, inocentes, lindas, que resucitaban á mis ojos las pastoras de Sannázaro. En una de mis continuas escursiones, encontré á una jóven. ¡Oh! nunca la viera, nunca. Quedó mi alma prendida á su alma. Aquel amor era puro, dulce, tierno. Era el primer amor de dos corazones que se abrian dulcemente á la vida. Pero yo no podia persistir en aquella pasion sin grave riesgo de mi porvenir, y sin grave daño de mi amada. ¿Podria yo unirme á ella? No. Ni lo consentia mi alcurnia, ni mis intereses. ¿Debia yo seducirla? Confieso que jamás tan negra idea cruzó por mi mente. Yo deseaba conservar siempre puro y trasparente aquel vaso de bendicion que habia encerrado las primeras ilusiones de mi alma. ¿Debia continuar engañándola? De ninguna

suerte. Eso era indigno de mi carácter, impropio de mi naturaleza. En tal estado, ¿qué hacer? ¿Abandonarla? Lo pensé mil veces. Pero no podía, no podía. Hé aquí que una tarde os aparecisteis vos á mis ojos. Entonces comprendí que habia en el mundo pasiones superiores á la que yo habia sentido por Angela. Comprendí que habia pasiones que enardecian la sangre, que trastornaban el seso, que enloquecian, que mataban. Desde aquel punto el sacrificio, antes tan costoso, fué fácil, fué hacedero. Yo no volví á verla. Alguna vez el recuerdo de su amor viene á mi memoria. Pero huye, sí, huye rápidamente, dejando en mi alma ligera y vana huella. Y sobre todo, cuando os oigo, cuando os veo, curada la herida, aquel amor se borra de mi corazon y de mi memoria.

—Pues bien, Eduardo; debo hablaros con entera confianza. No creo en vuestro amor hácia mí.

—¿El olvido de Angela no es bastante?

—¿Quién me asegura que mañana no me olvidareis así?

—¡Justo castigo de mi crimen!

—Y sin embargo, Eduardo... Yo no... no..

—¿Qué vais á decir?

—Teneis razon. Lo ocultaré dentro del pecho.

—Margarita, hacedme feliz, dijo con acento febril Eduardo.

—Mi felicidad consiste...

—¿En qué? Hablad, hablad. ¿En qué?

—Mi felicidad está en amarte, Eduardo.

El jóven abrió los brazos y estrechó delirante contra su corazón á Margarita. Esta, como si un súbito arrepentimiento la sobrecogiera, se apartó de los brazos de Eduardo, y con ademan imperioso, le dijo:

—No me sigais, no me sigais.

El jóven se quedó como petrificado ante aquel imperioso ademan, y aquel decidido mandato.

Y Margarita, levantando los brazos al cielo, exclamó con acento desesperante y acongojado:

—¿Por qué se lo habré dicho?

Y se perdió en las habitaciones interiores del palacio.

XI.

Mientras pasaban estos sentimientos por el corazón y estas ideas por la mente de Eduardo y Margarita, Angela rogaba á su padre que se apercibiese á partir de Nápoles, porque ya era imposible que por más tiempo permaneciesen allí.

—Has llorado mucho, la dijo el padre. Veo en tus mejillas las huellas de las lágrimas.

—¿Por qué negarlo? He llorado mucho.

—Hija mia, deposita tus penas en el corazón de tu padre.

—¡Ay! Son tan grandes...

—Habla, habla. ¿Dudas de mí?

—Vámonos, vámonos de Nápoles. Yo no puedo respirar aquí.

—Angela, si, nos iremos.

—Vámonos á nuestro campo, á nuestra casita; á ver á mi madre.

—¿No te decia yo que debíamos no haber salido de allí? No quereis nunca creer á vuestros padres.

—Teneis razon. He faltado mucho á vuestro amor, el único que hay permanente en la tierra; por eso Dios me castiga.

—Hija mia, nosotros miramos la vida de una manera limitada. No podemos abarcarla toda. Creemos que la satisfaccion de un deseo justo es nuestra felicidad, nuestra ventura. Dios, que abarca la vida en su conjunto; Dios, que conoce el fin último de todas nuestras acciones, el resultado de todas nuestras obras, saca del mal de hoy la felicidad de mañana.

—¡Feliz yo sin él! ¿Lo creeis posible? Esa passion es la sangre de mi corazon. Yo no tengo la culpa de haberla sentido tan extraordinaria, tan profunda; conozco que se lleva trás sí mi vida.

—Haz frente á tu corazon. La vida es una perpétua lucha. Tú sabes que he caido desde la más alta grandeza á este mi hoy triste abatimiento. Y sin embargo, cuando recuerdo que á veces ha sonreido en mi humilde cabaña de hoy una ventura no conocida en mi gran palacio de ayer, me postro y bendigo la bondad de Dios.

—Yo no puedo ser feliz. Este gran amor que

brotaba como pura fuente de mi alma, va á perderse en el estéril olvido. Este corazon que latia con tanta fuerza, se esteriliza y queda como seco. Vivir así es vivir de la muerte.

—Te comprendo, hija mia. Crees que tu vida no podia tener más objeto que hermosear la vida de un hombre. Crees que tu hermosura, tu voz, tu imaginacion, tus virtudes son un depósito que Dios te confia, para que las entregues mañana á un hombre.

—Sí, sí. ¿De qué sirve la vida, si no va á dar sávia á otra vida? ¿De qué sirve el corazon si no tiene objeto? ¿Qué son todas las virtudes en la soledad, sino flores nacidas en desierto?

—¿Y crees que la flor del desierto no es más provechosa á la gran obra de Dios, que la flor nacida en el jardin? Esta suele servir para secarse en un baile; para regalar con sus aromas la vanidad ó el lujo. Aquella, desconocida, ignorada, purifica con sus aromas el aire y dá tranquila á la tierra su semilla, de que despues brotan nuevos frutos, que alimentan al peregrino extraviado ó á las aves del cielo.

—Por más que vuelvo la vista á todas partes, nada veo, nada más que el abandono. Yo en su pensamiento volaba al cielo. Su alma era como el

ángel, que en sus alas lleva la oracion á Dios.

—Angela, cúrate de esa debilidad. Algun dia te avergonzarás de tí misma. No busques nunca la felicidad fuera de tí.

—¡Oh, padre mio! Yo creia que Eduardo habia sido creado para mí. Cuando le vi por vez primera, me quedé suspensa. Habló, y el eco de su voz resonó siempre en mis oídos; eco más dulce que el gorjeo de las aves. Volví á verle, y alcancé á comprender que habia nacido para amar. Nunca la naturaleza me pareció más bella. Nunca he respirado con más desahogo. Nunca he plegado mis manos ni me he dirigido á Dios con más fé. Me parecia que mi vista traspasaba el cielo, y traslucia ya la gloria. Me parecia que mi sér se trasformaba, que á mi alma se prendian nuevas alas. Por la noche, ¡con qué placer recibia en mi frente el amoroso rayo de la luna! Por la mañana, ¡con qué alborozo saludaba el naciente sol! Y ahora, ¿de qué me sirven las galas de la naturaleza? No quiero ya ni el pensamiento, ni la memoria, ni el corazon, ni la vida; no la quiero sin él. ¡Oh! la muerte, la muerte.

—Angela, no insultes á Dios; no te presentes á sus ojos como no eres, como no puedes ser. Sal de ese estrecho círculo que te oprime. Vuela,

vuela por más altas esferas. Recuerda que existe, no sólo el hombre, sino también la humanidad, y que todos á la humanidad nos debemos.

—Padre, no saqueis al insecto de la pequeña hoja á que vive apegado para lanzarlo en un mar de verdura, porque allí se morirá de hambre. No saqueis á la alondra de su nido para arrojarla á las nubes, porque en tan alto espacio se morirá de frío. No me digais nada de humanidad á mi, porque creo que me faltaba amor para un solo hombre.

—¡Infeliz! ¡Y ese hombre te ha faltado!

Angela se cubrió el rostro con las manos.

—¡Te ha faltado, hija mía! Le amabas demasiado; su amor absorbió tu alma. Da gracias á Dios porque ahora vuelves á recobrarla; porque ahora ya te perteneces, porque perteneces á tus padres; da gracias á Dios, Angela.

—¿Y no puedo libertarle del mal en que va á caer? ¿Y nada puedo hacer por él? ¡Oh! Nada, nada.

—Volvámonos, hija mía, á nuestra cabaña. Allí recobrarás la salud del alma.

—Es verdad, es verdad. Veré la fuente, y le contaré que ya no me ama. Diréle su ingratitud á las palomas que bajaban á comer el trigo en mis

manos. ¡Oh! Y por todas partes he de encontrar huellas de mi amor. Imaginad que el mundo se desplomára bajo de nuestras plantas. Eso, eso me ha sucedido. El mundo se ha desplomado bajo mis piés. Yo no, no encuentro en él espacio.

Por más reflexiones que el pobre anciano hacía, le era imposible mitigar el dolor inmenso de Angela. Por fin se partieron de Nápoles. Yendo siempre á la orilla del mar, emprendieron sin más compañía que sus lágrimas el camino de la aldea. Angela iba cantando siempre, á veces entre dientes, una cancion á Eduardo. Cuando llegaban á algun caserio, á algun pequeño pueblo, se detenian, y Angela cantaba con gran admiracion de todos cuantos la oian. La pequeña retribucion de este divino canto, les servia para comprar un poco de pan. Así iba aquel interesante grupo. Si un poeta les hubiera encontrado á la orilla del mar, bajo uno de esos antiguos árboles, que levantan su copa sobre la inundacion de los siglos, y hubiera visto el dolor del pobre anciano, la tristeza que se pintaba en la frente y en los ojos de la hermosa jóven, hubiera creido ver á Antígona cuando iba por los caminos y los campos conduciendo á su padre, el desgraciado Edi-

po, y hubiera adorado en aquellos dos seres la resurreccion del ensueño de Sófocles.

El dolor de Angela iba tomando un tinte de resignacion y de melancolía indefinible, que sin quitarle su intensidad, le daban más reposo y más calma. Su primer impulso fué arrebatado. Después el deber formó en su alma como una segunda naturaleza y entró en las leyes normales de su existencia. Pero todos estos cambios, todas estas grandes trasformaciones, aumentaban la dulzura, la pureza, el encanto de su voz.

En la aldea fué celebrada con gran regocijo su venida. Su anciana madre salió á recibirla, no lejos del sitio donde se habian despedido anteriormente. Angela se arrodilló al verla para recibir su bendicion; después, acercándose trémula, cayó en sus brazos deshecha en lágrimas. Las jóvenes saltaban regocijadas en su alrededor, y Angela, secando sus lágrimas, las recibia á todas en sus brazos con efusion. Las jóvenes dieron al vuelo las campanas de la iglesia en celebridad de su venida, y cubrieron de flores las calles por donde habia de pasar. Aquella noche, cuando Angela dormia, se oian en la calle las panderetas, y á la luz de la luna bailaban en celebridad de su venida la *tarantela* todas las más apuestas y hermosas

jóvenes del pueblo. Rayó el alba en el horizonte, y con el alba el recuerdo de su amor en el alma de Angela. Estaba hermosa y serena la mañana. Parecia que la naturaleza se asociaba á la alegría del pueblo. Angela abrió la ventana, y al primer rayo de luz vió la campiña más hermosa, aun cuando iluminada por el crepúsculo presenta la indecision misteriosa de un templo. Las barcas del pescador comenzaban á mecerse en las ondas. Las puertas de todas las pequeñas casas se abrian. Las campanas saludaban á la Virgen, que parecia sonreir en las sonrosadas nubes que se descubrian en los límites del horizonte.

Era una mañana serena, como aquella en que abandonó su aldea. Entonces batallaba en la duda. La fria realidad dominaba ahora en su alma. «¿Será posible el olvido de Eduardo? pensaba Angela. ¿Y cómo vivo yo? decia. ¡Oh! Yo no debo amarlo, no, cuando vivo, ó el dolor no mata.» Y pensando así, bajó á la playa, miró al sitio donde atracaba su barca. Las ondas dormidas reflejaban el cielo como el alma inocente del niño en su cuna. «¡Por qué venias, exclamaba Angela, si habias de abandonarme!»

Subió á la pequeña colina donde aguardaba siempre la aparicion de su barca. Al ver el mar

tan sereno, olvidó por un instante Angela su infortunio. Estaba tan alegre el mar, tan tranquilas sus aguas, las brisas apenas las rizaban, y el sol, pronto á subir centelleante de gloria, les daba tan encantadores y vistosos reflejos, que Angela creyó un instante que el mar se alegraba así por la presencia de Eduardo. Bien pronto huyó aquella ilusion y prosiguió su camino. Acercóse á un árbol como atraída por un ciego instinto. ¡Oh dolor! En su tronco estaban los nombres de Eduardo y Angela enlazados, y á su pié una cruz donde el jóven habia jurado eterno amor. Angela se quedó un instante contemplando aquel juramento. «Más han vivido, decia, las flores de ese árbol que mi felicidad.» Y continuaba en aquella dolorosa peregrinacion visitando los lugares testigos de sus inocentes amores. ¡Ah! El hombre como el árbol suele ligarse al suelo, y cree que ciertas pasiones resucitan cuando pisa el lugar donde brotaron.

Angela llegó á la fuente. Sus aguas corrían puras deslizándose en grata y cadenciosa armonia. «Aún corren, decia, esas aguas en que tantas veces, cuando yo dudaba de sus palabras, me decia que mirara, para que notase que la paz de mi rostro hacia traicion al recelo de mis lábios.» La

fuelle corria y su amor se habia secado. ¡Quién podia creer que una peña habia de ser más blanda que el corazon humano?

Cruzaban por todas partes y en todas direcciones las palomas, blancas como las ilusiones. ¡Oh! En la naturaleza todo sobrevive, permanece. En el espiritu del hombre todo muere, todo cambia. Los árboles levantaban sus copas al cielo; el mar no habia retrocedido ni una línea, el cielo conservaba sus arreboles, sus varios giros el aire, su grato murmullo la fuente, su canto los jilgueros, su vuelo las palomas, y el alma de Angela habia perdido su amor. Al hacer estas y otras reflexiones, la pobre jóven se dió á llorar. Sintió un ligero ruido, volvió la cabeza, y vió al pescador á quien llamaban en el pueblo Genaro.

—¿Lloras?

—Sí, sí; dijo Angela.

—Yo tambien he llorado.

—Lo siento.

—Y he llorado por tí.

—No me lo digas, exclamó Angela, juntando en actitud suplicante las manos.

—Yo seguia las huellas de tus pasos, besando donde recordaba que tú habias puesto el pié.

—No me martirices.

—Yo iba á la ermita solo para ver el ramo que habias puesto al pié de la peana de la Virgen.

—¡Oh!

—Y eso que sabia que no habias puesto tal ofrenda por mí.

—¡Genaro!

—Yo también bajaba á la playa á mirar el sitio, de donde tú mirabas el mar mientras yo miraba tus ojos. Y eso que sabia que no me mirabas á mí.

—¡Infeliz!

—Yo he suspirado al pié de esa fuente, donde tú suspirabas por tu amor. Y ahora, mientras tú lloras por él, yo estoy llorando por ti....

Y los sollozos ahogaron la voz del pobre pescador.

Angela, demudada, pálida delante de aquel hombre, que tan sublimemente expresaba su passion, levantó los brazos al cielo, exclamando: «Señor, Señor, ¿por qué hemos de ser todos tan desgraciados?»

A los pocos momentos descendió silenciosamente de la colina con los ojos llenos de lágrimas, y el corazon desgarrado por horribles é intensísimos dolores. Pero el dolor iba siendo ya en su alma como una segunda naturaleza. Así, aquella

desesperacion se fué trasformando hasta convertirse en una melancolia, dulce sí, pero dolorosa. Poco á poco se fué connaturalizando con todo cuanto la rodeaba; poco á poco tambien el dolor fué siendo como el alma de su alma, como la ley y norma de su vida.

XII.

Una grande, una inmensa é indefinible desgracia vino á colmar el dolor de Angela. Murió su padre. La edad, más bien que el dolor, cortó el hilo de los dias del anciano. ¡Terrible desgracia, que vino á oprimir con amarga opresion á la desgraciada Angela! Sus lágrimas, que parecian manar de fuentes inagotables, se secaron. El dolor tomó esa tristísima aridez que lo hace más horrible, más desastroso, más triste aún de lo que es por naturaleza.

La pobre madre de Angela se moria de pena en aquel campo donde estaban las cenizas de su esposo, en aquella vivienda, testigo de sus desgracias. Angela no queria, sin embargo, abandonar aquel pueblo. Era el cuadro de su antigua dicha, el espacio donde lució un dia su felicidad.

En aquel recinto le era más grata la vida. Muchas veces habia pensado que acaso la naturaleza le destinara morir, y habia deseado ser enterrada bajo el sáuce que oyó su primer juramento de amor. ¿Pero le era dable el estar allí? No. El destino la empujaba á Nápoles. Su pobre madre no podia ya trabajar. Su padre habia muerto. Era necesario, indispensable, que fuese ella el sosten de la autora de sus dias. Cuando estuvo en Nápoles, su voz y su canto se llevaban tras sí todas las gentes. Las puertas de todos los teatros de Nápoles se hubieran abierto para ella. Angela se acordó de esto.

Su corazon temblaba. Consideraba una gran desgracia aquella necesidad de dar en un teatro su voz al viento; pero se decidió á ello por la más santa de las causas, por el más noble de los propósitos; por el bien de su madre. Así un dia, cuando la vió más apurada y entristecida, dobló ante ella la rodilla, y acariciándola con indefinible ternura, le dijo:

—¿Qué teneis, madre mia?

—El dolor de males presentes, el triste sentimiento de mayores males.

—¡Oh madre mia!

—Lo que más siento es tu miseria.

—De poco os apurais.

—Es muy triste ver venir el día sin tener un pedazo de pan que llevar á la boca.

—Eso no puede sucedernos.

—Acaso, hija mia, nos suceda mañana.

—Mañana salimos para Nápoles.

—¿Y en Nápoles?

—Se mejorará nuestra suerte; nadareis, madre mia, en la abundancia. Yo pienso entrar en un teatro.

—¡Oh! No, no, Angela, antes la muerte.

—¡Madre!

—Hay tantos abismos en esa vida....

—No para vuestra hija, que por desgracia conoce ya esa misma sociedad, en que apenas ha vivido.

—Pero, hija mia, para ti es un inmenso sacrificio.

—¿Y qué no debo yo hacer por mi madre? Si, si, nos iremos.

Angela cautivaba el corazón de su madre. Así es que no se atrevía á replicar á su demanda.

A los pocos días abandonaba Angela su pequeña aldea. La tarde anterior recorrió uno por uno todos los sitios donde había pasado alguna hora de felicidad, algún instante de dulce y puro amor.

Le parecia aquella una segunda separacion de Eduardo; le parecia que iba á dejarse en aquellos sitios el alma: tan grande era su dolor.

Genaro acompañó á Angela de nuevo en su regreso á Nápoles. El dia era hermosísimo. El cielo resplandecia iluminado por los ardorosos rayos del sol. El mar se rizaba muelle y blandamente bajo el soplo vivificador de las dulces y suaves brisas. Todo era alli hermoso. Sentada Angela, miraba las riberas que huian, y á sus piés, tendido Genaro, miraba embebecido á Angela. Ni una esperanza nacia en el corazon de aquellos jóvenes; ni una ilusion surcaba ya por sus almas. Los dos padecian; los dos lloraban sumidos en la desesperacion. Por fin llegaron á Nápoles. Angela, al despedirse de Genaro, sintió un dolor vivisimo, hijo de la profunda compasion que le inspiraba su irremediable desgracia. Genaro se volvió á su solitaria aldea. Angela y su madre se perdieron en los laberintos inmensos que forman las calles de Nápoles.

XIII.

Volvamos al otro grupo de esta nuestra narración, á Margarita y Eduardo. Pasados ya algunos meses despues de la llegada de Angela á Nápoles, conversaban al anochecer de esta suerte Eduardo y Margarita.

—No vi jamás pretension más ridicula, decia Eduardo.

—Hé ahí, Eduardo, lo que es tu amor....

—¡Que me case!

—Si, que te cases.

—¿Contigo?

—Ya que conmigo no quieras.... cástate con otra.

—¿Te es indiferente?

—Casi, casi.

—¡¡Margarita!!!

—¡¡Eduardo!!!

—¿Indiferente?

—Pues yo he decidido casarme.

—Tú. ¿con quién, Margarita, con quién? ¡Oh!

—No te asustes, Eduardo. Contigo.

—¿Conmigo? ¿conmigo? ¡Oh! Lo que es conmigo.... Ya, lo que es.... Eduardo no sabia qué decir: tanto le aterró aquella amenaza.

—Veo que te has demudado.

—No lo creas.

—No me lo ocultes. Sé leer en tus ojos.

—Eres muy mal intencionada.

—Mira. Se me ha ocurrido de pronto esa idea; pero guárdate de que la acaricie mucho.

—Seria el complemento de mi felicidad.... dijo más que forzado Eduardo.

—Gracias, caballero. Dad más apariencia de verdad á vuestros cumplimientos.

—Pero, vamos á cuentas. No atino con la razon de esa estraña mania.

—Vamos á cuentas. Ya atino la razon de tu miedo.

—Yo miedo... Pero como tantas veces has declamado leyendo á Jorge Sand contra el matrimonio...

—¿Pues no puedo yo cambiar de opinion? Me disgusta ya el melodrama de la vida, y me voy acostumbrando á la prosa.

—En otro tiempo hubieras dicho à la tragedia.

—Es igual. Me gusta variar, variar mucho.

—Ya sabes que solo en una cosa te pido la constancia, en la pasión que me profesas.

—En esa quedará el fondo; no variará nada, absolutamente nada más que la forma,

—Pero ¿lo vas pensando, Margarita, seriamente?

—Muy seriamente.

Eduardo se dió à reir con estrépito.

—No me provoques con tu risa.

—Casi, casi te desafío...

—Haces mal, Eduardo, muy mal. Sabes que siempre he triunfado.

—¿Cuándo? Al fin la victoria ha sido siempre mía.

—Acuérdate de tus paseos por el mar.

—Si, me acuerdo.

—Acuérdate de tus amores románticos.

Una nube de sombría tristeza pasó por la frente de Eduardo.

—Pues bien, dos grandes batallas eran de tu vida, dos grandes fines de tus deseos, y yo te arranqué à uno y otro.

Eduardo se cubrió el rostro con las manos, exclamando:

—Es verdad, verdad.

—¿Te avergüenzas de tí mismo?

—A veces sí.

—Pues más te avergonzarás cuando veas cumplido este último capricho mío.

—¿Y lo dices con esa sangre fría?

—Y sin embargo de avergonzarte, lo harás.

—No lo haré.

—Ya sabes que recurro siempre á un fácil espediente.

—¿A cuál?

—Al de arrojarte de mi casa como se arroja á un perro.

—¡Es un recurso tan gastado!

—¡Ah! Te conozco mucho, muchísimo. Y esos y otros recursos producen siempre en tí sus resultados.

—Mudemos de conversacion.

—Es verdad. Esta se va agotando. ¡Ah! Voy á hablarte de lo que acaso ignoras.

—¿De qué?

—De la gran novedad que nos prepara nuestro teatro.

—¿Sí?

—Una jóven, Eduardo, que dicen es la maravilla del mundo, se presenta en la escena.

—¿Conque tenemos, decias, gran funcion en el teatro de la Ópera?

—Dicen que es verdaderamente extraordinaria.

—Ne he oido hablar de tal cosa.

—Se trata, querido Eduardo, de una jóven que canta como un ángel.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama Angela.

Y Margarita clavó con profunda intencion los ojos en el rostro de Eduardo, que manifestaba una impresion profundisima.

—¡Angela! Si, ¡Angela! decia Margarita. Parece que te impresiona mucho ese nombre. Eduardo, Eduardo, tú me ocultas algo.

—No, nada, nada.

—¿Iremos á la Ópera?

—Iremos.

Y Eduardo se levantó en ademán de despedirse. Margarita le saludó ceremoniosamente, y acabóse así aquella entrevista. Sin embargo, la idea del casamiento no se apartaba ni un instante de la mente de Margarita, al paso que la idea de Angela atormentaba la mente de Eduardo. La jóven queria á toda costa dominar hasta ese punto el corazon de Eduardo, por lo mismo que se habia mostrado indeciso, incierto, al oir esta idea. Ade-

más, despues de los grandes devaneos de su vida, de los cuales no sentia arrepentimiento, miraba el matrimonio como la realizacion de un capricho. Primero apuntó sin ninguna intencion esta idea, y asi que la vió rechazada por Eduardo, se enamoró de ella como de un gran imposible. Y pensó gravemente en realizarla. Para esto contaba con la siempre creciente debilidad de Eduardo.

La ley de contradiccion, natural en el hombre, era, digámoslo asi, la ley constitutiva de Eduardo. Puede decirse que á un tiempo mismo amaba á Margarita y á la desgraciada Angela. Cuando su alma se despertaba y sentia deseo del amor casto, puro, de ese amor cuya tristeza es más dulce que todas las epilépticas alegrías de la sociedad y del mundo, presentábase á su imaginacion, como un ángel descendido del cielo, la imagen purísima de su primer amor. Cuando anhelaba apurar el placer, sentia ese amor que consiste en la embriaguez de los sentidos; apareciase á sus enardecidos ojos, con todos sus encantos, la imagen de Margarita. Pero desde el punto en que principió la lucha, el placer habia vencido á la felicidad; el beso ardiente, á la mirada casta; el instinto pasajero del sentido, al eterno amor del alma.

Eduardo, en quien el amor puro estaba como dormido, á manera de un génio tutelar, que cerraba los ojos, por no ver las impurezas de su alma; Eduardo, decia, tornábase á contemplar esta inexplicable felicidad, cuando el tiempo ó la casualidad le llevaban algun suspiro, algun recuerdo, algun eco de ese hermosísimo y divino mundo, iluminado por la nacarada luz de lo misterioso y lo infinito.

¡Angela en Nápoles! pensaba. La primera ilusion de su alma, el primer amor de su corazon iba á presentarse en el teatro, y á entusiasmar con aquella divina voz, que Eduardo escuchaba estático bajo el sáuce, á millares de séres, que irian á tributarle frios aplausos; pero no el fuego de aquel amor santo, que purificaba su alma, y la desligaba de todos los lazos de la tierra. Y él, para quien aquella voz se habia creado, la habia dejado; él, para quien era aquella alma de artista, la habia olvidado.

En algunos momentos pensaba buscarla, caer de hinojos á sus plantas, pedirle perdon, declararse su esclavo, unir ante Dios eternamente su corazon al corazon de aquella divina mujer, huir con ella á la soledad, al campo, y pasar una vida tranquila, dichosa, serena, ocupado en el trabajo,

en la felicidad de su amada y en la educacion de los hijos que le concediera el cielo.

Pero en el mismo instante en que hacia todos estos propósitos, se revelaba contra ellos el instinto, veia por do quier engañosas fantasmas de placer; se acaloraba su mente en el vapor de los festines, de las orgías, y abandonándole aquel su primer amor, caia en la degradacion y en el vicio falto de fuerzas para contrastar su deletéreo influjo. Asi es que el nombre de Angela, más bien que una realidad, era en su alma el recuerdo y la esperanza de otro mundo mejor, el ideal de la virtud, la aspiracion á un perfeccionamiento con que soñaba su alma; bien que sin el poder bastante para seguir los avisos y enseñanzas de ese sueño celeste.

XIV.

Por fin llegó el día en que daba Angela principio á su carrera artistica. Y ¡cosa singular! á los pocos dias se celebraba el casamiento de Eduardo con Margarita. Esta habia puesto en juego todos los medios de que se puede valer femenil ingenio, para inclinar primero, y arrastrar despues á tal determinacion á su amado Eduardo, que en sus horas de hastio apenas se acordaba de Margarita, y en sus horas de exaltacion obedecia á cuanto Margarita mandaba, pues la primer consecuencia del vicio es arrebatár la libertad al espíritu; la libertad, ese soplo divino, que solo á la virtud le es dado conservar en toda su pristina pureza. Así Eduardo, que comenzó por resistir, concluyó por ceder: á tal punto habia llegado, que bien podia decirse que el sentido moral estaba muerto en su conciencia. En la alta sociedad de Nápoles no se hablaba de otra cosa, y el

objeto de todas las burlas y hablillas era la longanimidad y decision de Eduardo.

Lo singular del caso está en que el amor de Eduardo y Margarita habia llegado al periodo del cansancio y del hastio. El jóven habia logrado de Margarita cuantos favores podia imaginar el deseo. Pero esta, que conocia cuán fácil le hubiera sido en los tiempos en que Eduardo estaba á sus plantas, alcanzar el matrimonio, no se le ocurrió esta idea, sino cuando calmada por el triunfo aquella primer escitacion podia conseguir el logro de este deseo con sus arterias, y por lo mismo con más gloria para su voluntad, nunca indecisa cuando se trataba de grandes y trascendentales empeños. La vida es una gran batalla, y el mundo un campamento.

Pero volvamos los ojos al gran teatro de Nápoles. Pocas veces se habria visto un espectáculo más grande y más magnifico. Iluminado esplendorosamente, rebosando en gente, adornado por infinidad de hermosuras, en cuyos semblantes se pintaba el anhelo, la curiosidad; cargado de dulces armonias y de embriagadores aromas el aire, el teatro representaba admirablemente la grandeza del acontecimiento artistico que habia anunciado la pública fama.

Se ponía en escena *La Lucia*, esa divina ópera de Donizetti, que ha unido el profundo espíritu del Norte con el brillante espíritu del Mediodía; ese canto de amor que sumerge en sublime tristeza nuestras almas; ese quejido de un corazón desgarrado por el dolor, que vuela con el pensamiento y el deseo al cielo; notas dulcísimas, que parecen lágrimas caídas en el lago de la vida; suspiros de esperanza y dolor, que se difunden por los aires y ascienden á Dios, como la pasión que los inspira, y que no cabe en los estrechos límites de la creación. Cuando oímos esa música divina, y su plañidera tristeza se apodera del corazón, y sus armonías borran toda otra idea de la mente, y nos perdemos en el pensamiento que exhalan todos aquellos cánticos, parecemos oír el lloro de un ángel que, desterrado del cielo, siente la nostalgia, el deseo de volver á su patria. Nunca se comprende mejor que el artista es un ángel desterrado como cuando se oyen esos sublimes cánticos.

Mas á pesar de la hermosura de los cánticos, el público asistió frío, indiferente, al primer cuadro de la ópera. Todos esperaban el momento feliz de ver á Lucia; todos anhelaban por oír el primer acento de su voz. Así es que al llegar este

instante supremo, se redobló la atencion; no se oia respirar siquiera, y el anhelo llegaba á su colmo.

En efecto, comenzaron los hermosos preludios de arpa, que abren y preparan aquel divino cántico de amor. En este instante entraron en el único palco que estaba vacío, Margarita y Eduardo. Al mismo tiempo salia por el bastidor de enfrente la pobre Angela. El primer rostro que vió en el teatro, fué el rostro de Eduardo. En tan supremo trance, creyó perder la vida; huyó de sus ojos la luz, de su cabeza el sentido, y hubiera dado con su cuerpo en las tablas, si no hubiera tenido un apoyo en el mismo bastidor, y si aquel vahido no hubiera cruzado con la celeridad del relámpago.

El público notó la palidez de su rostro, su emocion, el temblor que la agitaba y conmovia; pero atribuyó instintivamente á la solemnidad del momento aquellas angustias, y un aplauso unánime, entusiasta, salió de todos los ámbitos del salon, como si la electricidad de un mismo pensamiento se hubiera derramado en los aires. Aquella muestra de afecto, dada en tan supremo instante, alentó á Angela; dos gruesas lágrimas desahogaron su corazon, y se adelantó al prosce-

nio, dando con sin igual dulzura los primeros compases de su canto.

Eduardo, trémulo, agitado, fuera de sí, inundada de dolor su alma, atenaceado de remordimientos agudísimos el corazón, herido en lo más profundo y más íntimo de su ser por la aparición de aquel ángel, que tantas flores había deramado en el camino de su vida, no oía nada, no sentía, fuera de la presencia de Angela, nada; estaba como perdido en aquella mirada, en aquella voz, en aquellos cantares; como confundido en el alma de su primera amada, confusión semejante á la que sufre la gota de lluvia en el inmenso seno de los mares.

Margarita miraba con espanto, con horror, á Eduardo. Por vez primera leía en sus ojos que había en su corazón algo más que el amor pasajero y fugaz, algo más grande que el afecto liviano y débil que sentía por ella; mas al leer esta verdad, su amor al combate le hizo entrever una nueva victoria sobre la quebradiza voluntad de Eduardo.

Mientras esto acontecía en el alma de aquellos dos jóvenes, que iban á ser esposos, Angela comenzaba el ária. Su voz, un poco velada por el dolor, tenía un timbre mágico, una elocuencia po-

derosa, irresistible, una dulzura que penetraba en todos los corazones, é involuntariamente les deshacia en grandes sentimientos, en placenteras y consoladoras lágrimas. ¡Oh! Esas dulces lágrimas que arranca el orador, el artista, el poeta, vienen á caer en nuestra alma, para darla nueva vida y purificar su fragante esencia. Ángela lloraba tambien. Las lágrimas con que rociaba sus divinas notas, eran el bautismo de su génio. Así el público, primero conmovido, entusiasmado despues, y por último arrebatado por aquella voz cuasi divina, la colmó de aplausos entusiastas. La jóven Angela, sin embargo, no cantaba para el público. Sus acentos, su voz, su entusiasmo, se dirigian á Eduardo. Así nada podia darse más bello, nada más sentido que sus palabras de amor en el duo del primer acto, cuando oia y prestaba aquel eterno juramento de amor. Parecia reconvenir á Eduardo, diciéndole: «Al pié de una fuente, en una hermosa tarde, cuando el crepúsculo teñia de dulces arreboles los cielos, cuando perdidas en la inmensidad asomaban algunas estrellas, cuando se oian morir en las playas los últimos cantos del marinero, y resonar en los montes los últimos ecos de la campana de la oracion, te juré amor eterno, invariable, santo; amor que aún vi-

ve con toda su pureza en el seno de mi alma.» Este pensamiento se levantaba del fondo de aquellas armonías, cantadas con toda la inspiración del pensamiento. Aquella voz parecía salir del fondo mismo del alma, sin necesitar para nada de la intermisión de los sonidos materiales; aquellas palabras flotaban en los aires como si fueran, más que el cantar de una mujer, la voz inspirada de un genio. Así, nadie en el teatro se daba cuenta de lo que sentía; aplaudían todos á la conclusión de aquellos cantos, pero nadie los analizaba, nadie entendía el sentido oculto de aquella gran pasión, que expresaban los ojos, la voz, la palabra de Angela. Semejábase en aquel instante á un ser superior, venido de otro mundo más perfecto; ser cuya grandeza más se adivina que se comprende, más se alcanza por presentimiento que por reflexión.

Concluyó el primer acto. En el primer instante, el público se quedó como estático. Callaba como si quisiera recoger hasta los últimos ecos de aquella voz que acababa de oír. Después, el entusiasmo apeló necesariamente á sus medios de manifestación. Todo fué allí grande. El público no tenía más que una voz para aclamar á la joven artista. Todos deseaban volver á verla. Le-

vantóse el telon; salió Angela; no veia á nadie; á nadie más que á Eduardo. Este, arrebatando el ramo que tenia en las manos Margarita, lo besó con efusion y lo arrojó á las plantas de Angela. Entonces esta dió un grito, y cayó desplomada y como herida de un rayo sobre las tablas.

En aquel momento, cuantos habia entre bastidores salieron á favorecerla. Su pobre anciana madre, que nunca la abandonaba, corrió en su auxilio anegada en llanto. Fué trasladada á su habitacion. El entusiasmo del público fué tal, que á pesar de haber sido el ramo de Eduardo el primero en llegar á sus plantas, de todas partes á un tiempo mismo volaban flores que cubrieron su cuerpo, pues hasta las que adornaban las cabezas de las bellas habian caido en el escenario.

Pocos momentos despues se anunció que la inspirada artista estaba mejor, y continuaria la funcion.

Margarita, mientras tanto, miraba con aire de triunfo á Eduardo, y en el trascurso del entreacto, le decia:

—¿Qué sientes? ¿Estás pálido? ¿Te ha conmovido mucho esa música?

—¡Mucho, mucho! contestó Eduardo.

—Ya he adivinado todos tus pensamientos.

—Es imposible.

—¿No sabes, Eduardo, que yo tengo un arte mágico para comprenderte?

—No lo dudo.

—Esa mujer es tu primer amor.

—¿Cómo lo sabes, Margarita? Y Eduardo se quedó helado como si fuera de piedra.

—Lo adiviné. Ya ves cómo tengo derecho á llamarme verdaderamente maga.

—No, no hablemos de eso. Ya ha pasado; ya ha muerto ese amor.

—No ha pasado, no ha muerto. Hoy vive más que nunca en tu corazón.

—Aprensiones de tus celos.

—No: profunda convicción del conocimiento que de tu carácter tengo.

—¿Y qué? preguntó balbuceando Eduardo.

—¿Y qué? ¿me temes? Pobre jóven. Nada, nada. ¿Crees que eso embaraza en algo á mis proyectos? Nada.

—Eres muy buena, Margarita. Perdóname, perdóname; pero es verdad. Siento, siento ahora mucho.

—Ya se pasará. Tengo en tí mucha confianza; tanta, Eduardo, que yo he de valer poco, ó mañana has de presenciar un caso extraordinario.

—¿Qué piensas?

—No quiero decírtelo.

Eduardo, que hablaba maquinalmente, se encogió de hombros.

—Dime, Eduardo, ¿tú no irías á ver á esa mujer?

—¡Oh! Nunca, nunca. Padecería yo mucho.

—Poco valor tienes.

—¿Cómo habia de presentarme ante ella? Imposible, imposible. Estoy aquí, y me quema el rayo de sus ojos y me anonada de vergüenza y de temor su inspirada palabra.

—Así sois los hombres. Vuestro valor es la más hermosa de las fábulas.

—¡Valor! ¿Y no lo he necesitado muy grande para no volver á verla? ¿No he atormentado mi corazón?

—¡Cómo te engañas á ti mismo, infeliz! Cómo te engañas! Créelo, Eduardo; si hubieras sentido el más leve dolor, hubieras ido. Buenos sois vosotros los jóvenes de esta sociedad corrompida para arrostrar grandes dolores. Te analizaré, si quieres, lo que has sentido. Primero un leve, levisimo dolor; pero compensado con un gran placer; despues alguno que otro recuerdo triste, mas leve como el aura; más tarde un completo olvido.

—¿Nada más que eso he sentido?

—Sí, algo más, algo más. Cuando has leído alguna novela, cuando por casualidad has entrado en algun templo, cuando has oído alguna canción melancólica, cuando, solo, has paseado en alguna noche de estío á orillas del mar plateado por la luna, y han llevado á tu alma dulce melancolía los trinos del ruiseñor, ó el ruido del manso oleaje; en esos instantes sublimes, has invocado su memoria, y has visto pasar ante tus ojos su imagen.

—Es verdad, es verdad.

—Pero desengáñate, Eduardo. Esa mujer no tenía realidad alguna. Era lo que la musa para el poeta. No la buscabas tú. Se aparecía como un sueño. Si para buscarla te hubiera sido necesario dar un paso, hollar una espina, no la hubieras buscado. La acariciabas como se acaricia una ilusión. Era una pasión, que formaba en tí, más que tu voluntad, la poesía del arte ó de la naturaleza.

—¿Y cómo en un tiempo iba yo siempre á buscarla?

—También explico yo eso muy satisfactoriamente.

Hay una edad en que la imaginación predomi-

na en nuestro espíritu, la generosidad en nuestro corazón. En esa edad proscribes el cálculo, y te dejas guiar por la inspiración. Crees que no! Esa pasión no es hija tanto del sentimiento como de un éxtasis, de un arrobamiento pasajero, transitorio, fugaz. Esa pasión es la ilusión, la esperanza, el delirio; en una palabra, todo lo que hay de vago, de ideal, de engañoso en tu espíritu. La crees real y verdadera, Eduardo, y sin embargo, es mentira.

—¡Mentira, dices! ¿Y por qué en este instante me atormenta y martiriza?..

—Te lo diré. Porque la crees eterna, y es resultado de la fascinación, de la música, de los recuerdos de la infancia...

En este instante se levantó el telón y comenzó el segundo acto. Sucedió lo que había sucedido en el primero. Hasta que apareció Angela, á pesar de la excelencia de todos los artistas, el público estuvo frío é indiferente. Por fin llegó la escena en que debía salir Angela. Vestía un traje blanco, que le daba formas aéreas. Parecía más bien que un artista, un ángel que cruzaba por la escena con un cántico de paz en los labios, y una corona de luz en la frente. Su semblante representaba una tristeza dulce, serena, pero profun-

damente verdadera é intensa. Sus ojos despedían involuntariamente algunas lágrimas. Vacilaba un poco al andar, como si un fuerte sacudimiento nervioso la atormentara. Todo revelaba las señales de su dolor.

La escena de la ópera era también altamente significativa, y se prestaba á su númen y á su estado. Era la escena en que su hermano fuerza á Lucia á enlazarse contra su voluntad con el amigo de su familia, diciéndole que Eduardo había faltado á sus juramentos. En el *allegro* de este duo, Donizzetti ha derramado con gran inspiración el dolor que rebosaba su alma. Así no puede darse, ni una desesperación más sentida, ni un llamamiento al cielo más tierno y elocuente. Y si á esto se agrega la voz de Angela, el dolor que partía de su corazón, las lágrimas que rodaban por sus mejillas, los sollozos, que sin quitar ni su pureza, ni su armonía al canto, le daban una elocuencia inexplicable, se comprenderá lo que debía ser la magia de aquella escena.

Eduardo no podía sufrir aquel canto; le ahogaba. Las notas tan dulces, rociadas de lágrimas, que caían como una lluvia del cielo sobre todas las almas sedientas de lo bello y de lo bueno, dejando en ellas inextinguibles impresiones, al caer

en el alma de Eduardo, eran como una lluvia de fuego que abrasaba y reducía á cenizas su corazón y su conciencia. Fué tanto el poder de aquella voz, de aquel ademán, de aquella mirada, de la acentuación de sus palabras, que Eduardo se levantó maquinalmente, bañado en un sudor frío, como de muerte, asustado de los remordimientos de su conciencia, y se apercibió á salir del palco, fuera de sí, cuando una carcajada epiléptica, burlona, de Margarita, le detuvo é hizo en su corazón el efecto de un rayo.

Mientras pasaba la segunda parte del segundo acto, la escena del casamiento de Lucía, entreteníase Margarita en atormentar á su amado. Unas veces le hacía observar que aquella situación era completamente diversa de la situación en que respecto á Angela se encontraba Eduardo. Otras veces, cuando la joven artista daba alguna de esas notas agudas que taladran el corazón de los oyentes, sublime expresión de sublime dolor, Margarita, mirando burlonamente á Eduardo, le decía:

—Se queja, sí, se queja por tí. Y debe agradecerle tu desamor, porque sin él, acaso no hubiera sido nunca tan gran artista.

—Me horroriza, Margarita, tu sangre fría; me horroriza.

—¡Ah! Sois muy particulares los jóvenes. Si te horroriza así el retrato de lo que eres, ¿por qué no has roto ya el original?

—Porque soy un cobarde, exclamó Eduardo.

—No lo creas. Porque esa pasión que tú crees verdadera, es una pasión puramente artística.

En esto se concluyó el segundo acto. Faltaba la parte más difícil y más hermosa del papel que desempeñaba Angela. Eduardo no podía tolerar por más tiempo aquella ternura. Había instantes en que anhelaba bajar al escenario, pero le contenía un temor inmenso. Era reo si volvía á presentarse delante del juez. Aun en los instantes en que más alarde hacía de su valor, no podía resistir la mirada de la joven, y huía de ella como si le abrasara la frente y le secara el cerebro. Por su voluntad hubiera ya huido del teatro; pero aún ejercía Margarita una especie de fascinación sobrenatural en su alma. Eduardo no era osado á contrariarla, tanto más, cuanto que mostraba Margarita un tenaz empeño en ver los efectos que en el ánimo de Eduardo hacían los cantos de Angela, y lejos de sentirlos, su penetración los aplaudía y celebraba.

Por fin llegó la escena del delirio, de la locura; escena terrible que hace sentir, con toda la

divina elocuencia de la música, de qué manera el corazón, herido por el desengaño, llega á partirse; escena en que Donizzetti agotó la inspiración de su particular gusto, y hasta la sávia de su vida.

Aquel canto parece como que decia á Eduardo: «Mira, mira tu obra. Yo era una flor nacida en el campo, destinada acaso á purificar los aires, y tu aliento abrasador me ha arrancado de mi tallo, arrojándome en alas de los huracanes del mundo. Yo por tí sentí el amor, adoré la vida, y tú me abandonaste á la desesperación y al triste pesoso olvido. Yo era feliz, te abrí mi corazón, entraste en mi cielo, porque te creí un ángel, y has enturbiado para siempre los claros horizontes de mi vida.

»Yo no he pensado en nada, sino en tí, en tu amor, y tú no has pensado sino en deshacerte de mi importuno recuerdo. Mientras yo pedia al aire, al mar, á las estrellas, desalada y llorosa, que me hablasen de tí, olvidado de todo, en brazos de otra mujer, reías y te burlabas acaso de mi dolor ó de mi angustia. Y mira tu obra. El dolor de tu desamor me ha trastornado, me ha perdido hoy, y me aniquilará mañana.»

Eduardo creía oír todas estas reconvencio-

nes en las palabras y en los cánticos de Angela. Parecía real el delirio. Los recuerdos del primer amor, las dulces palabras de consolacion y de ternura, el acento del dolor más vivo, el delirio, la locura, la desesperacion, todo, todo desgarraba el corazon de Eduardo; todo le hacia agitarse, retorcerse como en el potro del tormento.

El público á su vez, que oía aquellos acentos expresados inimitablemente, ardia en indescriptible entusiasmo. Cuando concluyó, todos los espectadores á una se levantaron de sus asientos, extendieron sus brazos al escenario, y aclamaron reina del arte á la jóven que, desconocida ayer ó escuchada solo por los aldeanos y las aves, pasaba á ser desde aquel momento una de las glorias de la hermosa Italia.

XV.

Eduardo, concluida la funcion, hubiera deseado caer de hinojos á las plantas de Angela; pedirle perdon, jurarle amor, eterno amor, aquel amor purísimo que habia sido su vida, y las delicias de su vida; huir así de aquel mundo estrecho, mezquino, y recibir en su frente el bautismo de la pura virtud que Angela guardaba bajo las narcaradas alas de su alma.

Pero, ¿cómo presentarse? ¿Cómo no caeria de espanto ante aquella purísima mirada? ¡Oh! Si al ménos Eduardo hubiera tenido seguridad de que Angela le hablase airada, no hubiera dudado un punto en verla; pero su olvido de lo pasado, su benevolencia, el pensar que pudiera presentarse serena, le partia el corazon. Así es, que acompañó á Margarita á su palacio, y se volvió á su casa absorbido en su pensamiento, desgarrado por el

dolor de sus sentimientos y de sus recuerdos.

Pero en esto oyó un gran ruido de voces é instrumentos. Mandó detener su coche, y se bajó atraído por aquellas voces. Era, en efecto, un gentio innumerable que saludaba á la nueva artista, acompañándola á su casa. Los vivas, los acentos de la música, los ramos de flores, los infinitos medios de expresar su entusiasmo que tienen los pueblos meridionales, todos se habian agotado en aquella noche.

Angela, sin embargo, estaba triste; sentia más que nunca su soledad. ¿De qué le servian aquellos loores, si eran vanos, si no llegaban á endulzar un tanto su dolor? Al contrario; Angela deseaba la soledad. Habia visto á Eduardo, habia absorbido su mirar, y anhelaba pensar á solas en aquellos instantes, que en su mismo dolor le parecian sublimes.

Así es, que en el mismo instante en que llegó á su casa, se puso á meditar en su desgracia.

—¿De qué me sirve la gloria? decia. Esta corona de flores y de laureles que adorna mi frente, es una corona de espinas. ¡Oh! Cuando allá en mi valle, el viento de la tarde me traia el eco de su voz, de sus cantares, que salian como del centro del mar, ¡cómo se deleitaban estos oidos cerrados

ahora á esos entusiastas aplausos! Pero, ¿de qué me quejo? Yo no he podido hacerle feliz. La culpa no es suya, no, es mia. ¡Y le he visto! Y he podido contemplarle, y me ha parecido que lloraba. ¡Oh Dios mio, Dios mio! dadme una lágrima suya, dádmela, esa seria la perla más hermosa de mi corona de artista. ¿Comprenderá mi desgracia? ¿Sabrá que le amo? ¡Quién sabe si recordará mi nombre! ¡Quién sabe, si la felicidad habrá borrado mi imágen de su memoria! La vida es un mar que refleja mil rostros, y que despues de algun tiempo, de ninguno guarda imágen. Los recuerdos suelen ser en la mente movibles, como las arenas en el desierto. Viene un nuevo viento, y se los lleva, y no deja de ellos ni siquiera leve rastro. ¡Y yo, aquí en mi corazon, rendida siempre, si, siempre adorándote! A veces me alegraría de que fuera desgraciado, muy desgraciado, de que le persiguieran mil males, solo por tener una razon para decirle: Mira, Eduardo, voy á hablarte, voy á decirte... Pero no; ¿qué piensas, qué piensas, Angela? decia para sí la jóven. ¿No es mayor sacrificio pensar en su felicidad, no es más grande martirio para mí su dicha? Pues bien, no le quiero, no le amo, no. ¿Qué amor es el que se funda en la felicidad propia? No; el verdadero

amor debe nacer del deseo de la felicidad por el objeto amado.

¡Sé feliz con Margarita, Dios mio! exclamó Angela, plegando las manos; ¡que sea feliz! y cayó de rodillas.

Estaba vestida de blanco; algunas flores pendían de sus cabellos que se destrenzaban sobre sus espaldas; llorosos los ojos, plegadas las manos, murmurando los labios una religiosa plegaria, inundada por la luz de la blanca luna, que entraba por una ventana, poseída de un éxtasis, parecía un ángel desterrado, pidiendo á Dios volver al cielo.

Y en efecto, esos seres superiores, que pasan por la vida con un ideal en la mente, con un sentimiento purísimo que todo lo sacrifica en aras de ese ideal, capaces de amar hasta el delirio, de llevar su felicidad hasta el sacrificio, esos seres, que cruzan por la tierra un momento para derramar bien en los corazones, luz en las inteligencias; que adornan con sus ideas, con sus sentimientos esta tierra, ara de sacrificios, empapada con tantos torrentes de sangre; esos seres superiores son ángeles purísimos, que, juguete favorito de la tempestad, cuyas ráfagas se empeñan en sepultarlos en el lodo, se levantan, sin embargo, trans-

figurados, al cielo, como en alas de blanca y hermosa nube, que no les deja hollar, ni aun con sus plantas, el polvo de este mundo.

¿Qué sería la tierra si no creyésemos en la existencia de estos seres? ¡Ah! Hay espíritus mal avenidos con el mundo, espíritus atrabiliarios y enfermos que, creyéndolo todo sujeto al fatalismo de eterna desgracia, se empeñan en no ver sino corazones corroidos por el vicio, inteligencias sumidas en el error; pero el que no ha perdido la esperanza, siempre ve brotar alguna flor en el árido desierto de la vida.

Angela era una de esas flores. Para ella no había más que un pensamiento, su amor. Sin embargo, no se encerraba en el estéril y vacío desierto de su desgracia, no, salía de él; iba á consolar al pobre, al desvalido, á llevar el óbolo del arte á las profundas simas por donde se despeña en esta sociedad la pobreza. Sus manos apenas habian tocado los frutos de su arte, y ya lo repartian como la naturaleza reparte próbida el sustento entre los hombres. Y en la profunda oscuridad ocultaba los bienes que hacia, encubriéndolos con el santo velo que encubre la caridad y la hace más santa y más hermosa, con el misterio.

En aquella noche, despues de haber por mucho tiempo combatido con su corazon, acercándose á su lecho, pensó que aún le quedaba un camino abierto, sacrificarse por su antiguo amante, velar por su felicidad, ofrecerle en holocausto su vida.

Y acariciando este pensamiento, se quedó profundamente dormida. Soñó que un ángel bajaba del cielo una corona de oro, y que le infundia con su soplo la inspiracion, y un canto celestial, divino, á sus lábios. Vió descender despues un ángel que traia en sus manos una copa de hiel, y una corona de espinas. Este no le ofrecia inspiracion, ni cánticos, pero dejaba caer en su alma el rocío de la virtud. En aquel trance, una voz, que resonaba en los espacios, le decia: «Elige, sí, elige.» Angela cayó de rodillas, derramó un mar de lágrimas, y abrazándose á los piés del ángel del dolor y de la tristeza, le pidió un sorbo de aquella amarga hiel, y apuró el cáliz, y presentándosele vacío, dijo: «Hé aquí mi cáliz apurado. Lo beberé, si, lo beberé. Será mi vida esa hiel, será mi vida;» y se despertó bañada en lágrimas.

En aquel instante entró una de sus doncellas.

—Señorita, dormis mucho.

—Se conoce que los laureles son un narcótico, dijo Angela en tono semi-festivo.

—Y los ha recogido mi señorita grandemente.

—Pues no me satisfacen, ni me alegran.

—Señorita... venia á deciros que os espera una señora...

—Pues que entre, que entre en seguida que me vista.

En efecto, se vistió. Púsose un traje blanco, ceñido con descuido, pero con elegancia. Estaba tan débil, que apenas podía sostenerse. Dejóse caer en un sillón. Apenas se acordaba de que habia mandado entrar á una señora, cuando vió aparecer á Margarita, que llevaba una corona de flores en la mano. Verla y levantarse como herida, fué obra de un momento.

—Teneis razon para asustaros, Angela.

—La razon que vos teneis para venirme á ver, desearia saber.

—Si me permitis, me sentaré.

—Si, sentaos, sentaos. Yo os lo ruego.

—¡Ay! Angela, ¡qué feliz sois!

—¿Lo decís seriamente?

—Sí, sí. Teneis á vuestras plantas rendido un público inmenso, y en vuestra frente esplendorosas coronas.

—Os compadezco si creéis que eso es la felicidad.

—No, no. Pero como la felicidad completa no es posible, cabe escoger entre los diferentes géneros de felicidad, y yo escogería esa.

—No lo creáis, Margarita; esa felicidad no llega nunca, nunca al corazón. Toda esa felicidad no arranca una lágrima, una de esas lágrimas dulcísimas que serenán todos los dolores, no; esa felicidad es infecunda y estéril.

—¡Angela! cuántos corazones la anhelarian. Yo vengo también á poner una corona de flores en vuestra frente.

—Gracias. La conservaré, sí; la conservaré como recuerdo de una de las noches más tristes de mi vida.

—Me avergonzais.

—No creáis, Margarita, que yo aborrezco á todos los que me han hecho llorar en este mundo.

—No. Ya sé que la persona que más amais en este mundo es la que más os ha hecho llorar.

—Es verdad. Lo confieso. No me avegüenzo. Le amo mucho. Y le deseo que sea feliz. Sí, sí, Margarita, dijo Angela, tomando la mano de su rival con efusión, hacedle feliz.

Dijo estas palabras con tanta ternura, que Mar-

garita, á pesar de su insensibilidad, se conmovió profundamente, y las lágrimas asomaron á sus ojos.

Hubo un instante en que aquellas dos mujeres unieron sus almas en un mismo pensamiento, y un silencio sepulcral cayó sobre ellas. Despues de algunos instantes exclamó Angela:

—Os ama mucho, ¿no es verdad?

El temor á la respuesta que iba á darle Margarita, se pintó en su rostro, iluminado por una curiosidad indescriptible.

—Os ama á vos, Angela, dijo Margarita con acento amarguísimo.

—¿A mi, á mi? decis... ¡Oh! no, no es verdad, dijo Angela; y una alegría infinita hacia temblar su voz, y en un instante olvidaba los amargos recuerdos de muy amargos dias, y á sus ojos se levantaba su primer amor puro, purísimo, como cuando lo sentia sin dolor, animando toda su vida.

—Y hé aquí, dijo Margarita, el secreto de nuestro próximo casamiento.

Un sudor frio cubrió la frente de Angela. ¡Es tan difícil renunciar á la esperanza!

—Sí, añadió Margarita, yo no le amaba; pero desde el punto en que me persuadí que amaba á otro sér, ya creo que le amo.

—¡Desgraciada! exclamó Angela.

—Desgraciada me llamais. Es verdad, lo soy, lo soy mucho. Pero aunque de mí depende el remedio, no tengo fuerza bastante á libertarme de la desgracia.

—¡Oh! pensad en Dios.

—¡En Dios! Ya sabeis que el ruido del mundo, el aire de los salones, las fiestas, suelen borrar el recuerdo de Dios en la mente. Ahora, ahora que voy á ser compañera inseparable de un hombre, á quien debo hacer feliz, quizá piense de otra suerte. Y fijó Margarita sus ojos con malignidad en Angela, como para adivinar la impresion que le habian producido sus palabras.

—Perdonadme que os ruegue no le hagais infeliz.

—Angela, dijo Margarita, no sois mujer; y acentuó con rabia esta palabra.

—¿Por qué lo decís?

—Porque si fuéseis Margarita y yo Angela, ¡oh! ¡oh! me vengaria.

—¿Y qué conseguiriais con vengaros?

—El que padecierais.

—¿Y qué conseguiriais viéndome padecer? Los corazones pervertidos solamente se pueden gozar en la desgracia y en el mal ageno.

—Pero el amor ¿no trastorna la mente cuando es verdadero?

—No. Vivirá siempre en el fondo del corazon como la vida misma. Cuando es desgraciado, padece, pero no se venga; llora, pero no se desespera. Yo amo á Eduardo con toda mi alma; y porque le amo, le quiero feliz con vos más bien que desgraciado conmigo.

—No le amais, exclamó Margarita.

—¿Que no le amo? Mirad. ¿No veis estos ojos secos y áridos rodeados de una aureola morada? Pues ¡ay! están tristes y faltos de luz, porque no le ven. ¿No veis esta faz triste y desencajada? ¡Ah! No puede, no, alegrarse, sino al rayo de su mirada. Aplicad, aplicad el oido á este corazon. Oid, oíd sus latidos; cada uno de ellos es una puñalada mortal que me asesina. Mirad: esta vida tan jóven, se apaga; este corazon tan fuerte, se quiebra; estos ojos se cierran, porque yo le idolatro, y el despiadado me olvida y me abandona.

Y un gran sollozo, un sollozo profundo, desgarrador, partió aquel corazon, que á pedazos se salia del pecho por la fuerza inmensa del dolor.

Era tal la expresion del aquel rostro, tan viva y encendida la luz de aquellos ojos, tan amargo aquel acento, que Margarita exclamó:

—Teneis razon, le amais.

—¿Y habeis venido á gozaros en mi desgracia? le preguntó Angela.

—No, como sois amiga de Eduardo... he querido... convidaros... á mi boda.

Angela miró á Margarita estupefacta, y despues le dijo:

—Que seais feliz.

—Decidme, Angela, si él os amara, si os volviera á ver...

—Estad tranquila. Yo no le veria nunca.

—¡Oh! ¿Tendreis fuerza bastante, si os volviera á pedir perdon, para perdonarle, para volverle amar?

—Nunca, nunca, de ninguna suerte.

—Y deciais que le amabais!

—El Eduardo á quien yo amaba, ha muerto.

—Esas son distinciones metafisicas.

—Sí, le he llorado muerto, y arrastro por él toda la amargura de mi corazon, y para mayor tormento, sé que padece en un infierno de males y dolores.

Margarita lanzó una carcajada epiléptica.

—Ya veo que teneis celos, dijo mirando burlonamente á Angela.

—¡Celos! ¡Oh! No, no. ¡Celos de vos! Nunca!

Ya os he dicho que el Eduardo que yo amaba, ha muerto.

—¿Pero podría resucitar?

—Es verdad, podría volver á la virtud.

—¿Y entonces?

—¡Oh! Entonces le diria que os amara, Margarita.

Habia tal conviccion en la palabra de la jóven, que Margarita no pudo ménos de prorumpir en estas palabras:

—Sois sublime.

—No, cumplo con mi deber. Va á ser vuestro esposo, Margarita. Eduardo debe ser buen esposo. No puede tener mi amor, pero puede ganar mi estimacion.

—Vos quizá ameis á otro.

—Eso nunca, nunca, dijo Angela indignada. Solo se ama una vez en la vida, solo una vez. Yo, yo he nacido para el sacrificio; yo oigo una voz celeste que me llama al combate, sí, la oigo.

Y Angela se levantó como transfigurada. Una idea infinita se pintó en su rostro. Miraba, como si hubiera sacudido un sueño, la vision que se le habia aparecido la noche anterior, y la veia realmente.

—¿Qué teneis, Angela? dijo Margarita conmovida por aquel extraño arrobamiento.

—No tengo nada. Me he decidido á abrazar mi cruz, sí, mi cruz.

Y volviéndose de repente á Margarita, le dijo:

—¿Cuándo os casais?

—Mañana.

—Iré, iré á vuestra boda y cantaré.

—¡Oh! ¿De veras?

—Sí, de veras. ¿En qué podré yo emplear mejor mi voz?

Margarita, que no habia ido con otro fin, se salió despues de un corto rato de casa de Angela, sumamente satisfecha.

XVI.

Pocos dias despues de esta conversacion, debia celebrarse el casamiento de Margarita y Eduardo. La lucha de este con su corazon no tenia tregua. Habia instantes en que se entregaba á merced de la suerte; pero otras veces, despertando su inteligencia á ideas más altas, protestaba contra aquella esclavitud en que le tenian sus alteradas pasiones. Por una de esas desgracias frecuentes en la juventud, el hombre interior, el alma, habia en él muerto. Corriendo de pasion en pasion se habia ido dejando por todas partes pedazos de su sér, relámpagos de su conciencia. Así, poco á poco, habia caido en el más grave mal que imaginarse pueda, en la pérdida absoluta de la voluntad. ¡Ah! La juventud, que es la edad de las grandes pasiones, la edad en que el corazon protesta contra toda tiranía, la edad en que el espiritu toma

cierto aspecto caballeresco que lo engrandece, la edad del sacrificio; la juventud, cuando se revuelca en el lodo, cuando pierde su fuerza, sus aspiraciones á otro mundo mejor, á otra vida más hermosa que la triste vida real, es una vejez prematura; más triste, más desoladora, más criminal cien veces que el suicidio, porque es en verdad el suicidio del alma.

Así, Eduardo, que se habia perdido, que solo por un milagro, que por la intervencion de algun génio sobrenatural podia prometerse salir triunfante del mal que dentro de si llevaba, despues de haber luchado por pocos instantes, falto de una voluntad acerada, que le llevara de buen ó mal grado á una suprema resolucion, inclinó la frente, y cedió al destino, y lo aceptó contento, abrazándolo con indiferencia, como quien ya nada espera de lo porvenir.

Margarita, al contrario, Margarita, para quien la vida era un drama, y que gustaba de las grandes peripecias trágicas, se gozó anticipadamente en llamar la atencion con su nuevo estado. ¡Ella que tanto se habia reido del matrimonio! Mujer ligera, vana, coqueta, dejándose llevar más bien de cambiantes impresiones que de la perversidad de su corazon, si estraviado, no aun corrompido;

Margarita arreglaba todos sus preparativos para su nuevo estado, ni más ni ménos que si fuera una fiesta. Rica, muy rica, no sabiendo qué hacer de su dinero, caprichosa, muy caprichosa, disgustándose de todo, su imaginacion se posaba en aquella idea del casamiento, que en un dia se le ocurrió, y que al instante pensó en realizar, y no meditaba ninguna de sus consecuencias. No calculaba ella que su antes rendido amante, podia, ya su esposo, tiranizarla; fiaba mucho en el poder de su génio, y aun en la debilidad de Eduardo.

Para Margarita aquella boda era una fiesta que iba á deslumbrar la córte de Nápoles. El rey debia asistir á su misma casa; las damas de más alta alcurnia iban á envidiarla; todo cuanto de aristocrático encerraba aquella córte iba á postrarse ante su hermosura. Nada faltaba á hermostear aquel espectáculo. Faroles de mil colores debian posarse en los árboles de su jardin, que allá en su orgullo Margarita creeria estrellas destinadas á saludar su boda. Todos los artistas de Nápoles se reunirian en torno de aquella tirana de la moda. Las damas de Nápoles habian agotado su imaginacion para regalarla; los jóvenes habian despoblado de flores los jardines; hasta el pueblo, sí, el pueblo mismo, que suele seguir y engrosar el

torrente de las voluntariedades tornadizas de la moda, se agrupaba alrededor de aquella mujer afortunada, que era el objeto de todas las conversaciones, y objeto de que se aprovechaba, y no poco, la natural maledicencia cortesana.

Y sin embargo, de aquella noche debia brotar el mal de toda su vida, toda su desgracia. La idea que sobre todo la preocupaba, era la presencia de Angela en aquella noche para ella tan feliz, no por el amor, sino por el aparato de que iba á rodearse, y porque iba á ser objeto de la atencion de aquella corte. En verdad, á primera vista no se comprende qué atencion, que no fuera liviana y pasagerísima, podia prestar la corte á la boda de Margarita. Nosotros hoy no lo comprendemos. Pero imagínese una corte puramente monárquica, donde el rey es todo, donde no puede ser controvertido ningun acto público, donde la actividad no puede consagrarse á ningun objeto elevado, corte ocupada en matar el tiempo en murmuraciones y espectáculos; imagínese una corte de esta naturaleza, aunque cueste mucho esfuerzo, y se verá que el casamiento de una jóven que habia sido en riqueza, en amores, en elegancia, la fábula de aquel tiempo, la maravilla de aquella sociedad, debia ser objeto preferente de la conver-

sacion de todas aquellas descansadas imaginaciones, que no podian, faltas de instruccion y sobradas de tiempo, volar por otros más dilatados y espaciosos horizontes.

Margarita, con el aturdimiento propio de su carácter, se habia distraido y separado de toda atencion que no fueran las fiestas de su matrimonio. Parece imposible que un paso tan delicado y decisivo de la vida pudiera tomarse de una manera tan liviana. Todo cuanto á este fin supremo atañia, era ceremonia, fiesta, nada. Hasta la presencia reclamada de Angela en su boda probaba esto: Margarita habia dicho que Angela era su rival desairada, su rival olvidada. Quería dar así á su triunfo más apariencia dramática, á su boda más poesía. Pero la presencia de Angela en su boda, en realidad probaba todo lo contrario. Así lo comprendió la pobre artista, y por probar tambien hasta qué punto su corazon estaba templado para el sufrimiento, se decidió á presentarse en casa de Margarita en aquella terrible noche.

El casamiento se celebraba públicamente en la iglesia. Margarita queria que todo el mundo tomase parte en aquella fiesta. La manera mejor de conseguirlo, consistia en darle toda la publicidad

posible. Sus mejores trenes, sus mejores coches, sus lacayos lujosamente vestidos, todo lucia en aquella mañana, atrayéndose la mirada de ese pueblo indolente napolitano, recostado en sus campos y en sus calles como un sultan en el mullo lecho de su perfumado harem.

Pero en un rincon del templo, en un rincon oscuro de aquel lugar sagrado, donde iba á celebrarse aquella ceremonia, donde dos seres iban á prometerse ante Dios amor eterno, por capricho uno, y por pura indolencia el otro; en una capilla de aquel templo, envuelta en un largo velo negro, cubierto el rostro, plegadas las manos, de rodillas ante una Virgen, oraba una mujer, y oraba sollozando, y aquella mujer era Angela, si, Angela, que para probar su corazon, sin que nadie lo supiera, iba á oir aquel juramento de eterno amor, que ella tantas veces habia escuchado de los labios de Eduardo.

El templo, la pureza del alma de Angela, las oraciones que vagaban perdidas en los aires, el aroma del incienso, el eco del órgano, que se apagaba en las bóvedas, el canto, que repetian los sacerdotes, lejos de amortiguar el corazon de Angela, lo elevaban, dándole el sello de lo infinito. La pobre Angela se veia sola, abandonada de

aquel amor que habia sido el ángel que la cobijara en su vida. Desde el fondo de la capilla, oyó el juramento de aquellos dos seres, lo recogió bañada en lágrimas. Aquellas palabras se clavaron como espinas en su corazon. Hubo un instante en que la luz huyó de sus ojos, y la tierra de sus plantas. Cuando instantáneamente salió de aquel letargo, notó que se habia, para no caerse, abrazado á una cruz.

—¡Oh! exclamó mirándola. Tú eres el único refugio del corazon afligido, tú eres el único bien de la vida. La cruz, la cruz, ¡oh! yo la llevaré con la frente erguida.

Y se secó los ojos, y clavó una mirada serena en la cruz, y salió del templo.

Oyó á lo léjos el ruido, la algazara, por todas partes hablar del lujo de los arreos, del esplendor de las damas; oyó hacer votos por la felicidad de aquellos dos seres, y todas aquellas palabras taladraban su corazon desgarrado por la fuerza de tantos y tan agudos y tan penetrantes dolores, que no tenian ya número ni medida.

XVII.

En aquella noche ofrecia la casa de Margarita deslumbrador espectáculo. La escalera principal, profusamente iluminada, cubierta de mil gayas flores, que parecian reunir en sus corolas y en sus esencias la naturaleza de mil varios climas, abria á salones mágicos, que más parecian soñados que reales, salones cuyas estátuas, cuyos tapices parecia como que se animaban al compás de una alegre música, descendida de un lugar invisible, como una mansa cascada, música que arrojaba en los ánimos tambien cierta alegría, predisponiendo á las emociones que debia guardar aquella hermosa noche.

Las damas de la corte, riquisimamente ataviadas, descomponiendo y quebrando en sus diamantes los mil rayos de luz que bajaban de las bujías, conversaban en varios corros sobre el suceso

favorito de la conversacion cortesana, no sin alguna malicia, á pesar de los agasajos que en aquella casa recibian, y se preparaban para el baile, criticando á media voz á todos los individuos de aquella concurrencia. Por los jardines, que parecian los jardines de Almida, iluminados con tibia luz, semejante al dulce crepúsculo de la mañana, animado por el susurrar de las fuentes; por los jardines discurrían tambien muchos convidados, gozando en respirar las áuras húmedas y agradables de la noche. Era objeto de la conversacion de dos elegantes jóvenes, que uno parecia francés, y el otro hablaba castizamente italiano, la funcion de aquella noche. Oigámosles un instante:

—Y dices que no vendrá, preguntaba el francés.

—No vendrá.

—Me extraña.

—No debe extrañarte.

—Sí; porque uno de los grandes timbres de Margarita, era que el rey debia honrar esta noche su casa.

—No la honrará.

—Que me place.

—¿Por qué? dijo el francés bajando mucho la voz, ella ideará alguna venganza.

—Calla, calla, exclamó el italiano, cogiendo fuertemente del brazo á su compañero.

—¿Por qué?

—No olvides que aquí hasta los árboles son espías del rey; no olvides que mañana puedes, si te oyen algun eco de esas palabras, salir para siempre de Nápoles.

—Dios me socorra... dijo el francés en tono burlon. Pero á decir verdad, no alcanzo el sentido oculto de tamaña resolución.

—Pues tiene un gran sentido.

—¿Cuál es?

—Un buen rey debe moralizar su corte.

—¡Ah! Ya, ya.

—Y como debe moralizar la corte, presentarse aquí, era desmoralizarla.

—Entiendo, entiendo.

—Y es darle una leccion á esa jóven.

—Sí, sí.

—Y es decir que S. M. no aprueba su conducta.

—Pues.

—Y es todo ello digno de un gran rey.

—Ciertamente.

—Y así añadirá una hoja más á su corona de gloria.

—No lo dudo. Mas ¿por qué dijo que iba á venir, si estaba resuelto á no hacerlo? ¿Por qué alimentó las esperanzas de Margarita?

—El rey no contestó decisivamente si vendría ó nó; lo dejó entrever.

—Mas para Margarita debe ser cuestion, despues de todo, de no mucha importancia.

—Al contrario. Es una cuestion capital.

—No alcanzo...

—Poco alcanzais de córtés...

—¿Por qué Margarita puede tener tanto empeño en la venida del rey?

—No venir, equivale á un desaire.

—Y un desaire...

—Un desaire equivale á la pérdida de toda su influencia.

—¿De veras?

—No, no dudeis. Margarita es el idolo de la corte, porque todos creen que goza de gran predicamento en palacio. El dia que se persuadieran de lo contrario, estaba perdida.

—¡Oh!

—¿Veis todas esas frentes que se inclinan hoy ante Margarita? Se erguirian despreciativas en el momento mismo en que la abandonara el favor real.

—Eso alcanza el que todo lo fia á la triste importancia que se consigue en la corte.

—Entónces, mil corazones que la odian, mil lábios que á hurtadillas la maldicen, rasgarian las sombras en que se envuelven, y la escupirian hiel á la cara.

—¡Mas una sola noche puede producir todo ese gran cambio en su posicion!...

—Puede producirle, y la razon es óbvia. Se trata de una noche importantísima de la vida.

—Es cierto; pero á veces los grandes deberes que trae consigo el regir los Estados, no pueden posponerse á las exigencias de la amistad.

—Es indudable. Mas se susurra hace mucho tiempo que Margarita ha perdido su influencia. Muchas estrellas de las que lucian en su horizonte, se han apagado. Muchos la han abandonado por eso. Y aún se dice que el casamiento es una decision suprema que toma, al ver las tempestades que ruedan y rugen sobre su cabeza.

—Mas ¿á qué se reducía su influencia en palacio?

—La maledicencia ha querido darle cierto tinte; mas es el tinte amarillo, que los ojos de los que padecen ictericia, ponen constantemente en todos los objetos. Margarita gozaba, ó goza in-

fluencia en palacio, por su génio, por su facundia, por su inagotable y rica vena, y hasta por sus grandes relaciones con la aristocracia.

—Y si pierde esa influencia...

—¡Oh! se vengará.

—Eso mismo creo yo.

—Poco le importa á ella que sea un rey: como la vibora, muerde á todo el que la pisa.

—Mas aunque en lo de la venganza convengo, no advierto los medios.

—Miradla, miradla. ¿No veis en esa frente algo de mágia? Habla á todos á un tiempo. Dirige sonrisas y miradas á todas partes. Sigue mil conversaciones á un tiempo. A cada uno le habla en su lenguaje. Fascina. Es al mismo tiempo la envidia de las jóvenes y el encanto de los caballeros. Es un alma inmensa, donde caben muchos pensamientos, y donde hay mucho, muchísimo veneno.

—Y esa mujer dejará perder toda su importancia.

—No lo creo. Luchará. Si es vencida, será vencida despues de una pasmosa batalla.

—Me encanta esa decision.

—¿No veis que en esos salones se van formando corrillos?

—Sí, sí.

—¿No veis que todos hablan en voz baja?

—Sí, sí.

—Pues bien; echan ya de ver que el rey tarda...

—¿Y qué?

—Venid. Presenciamos una gran escena.

—¡Pobre Margarita! decia el francés.

Y ambos jóvenes se internaron por los salones.

Y en efecto, para Margarita era una desgracia inmensa que el rey faltase à su boda. Toda la consideracion que en Nápoles merecia, era debida à su grande influencia en palacio. Perdida esa influencia, las mil personas que la rodeaban, la abandonarían à su soledad. En esas córtés, donde el rey es todo, la moda obedece ciegamente la voluntad del rey. En los gobiernos absolutos llevan los reyes en los pliegues de su manto la suerte, no solo de las personas sino tambien de las ideas. Ana de Austria llevó à Paris el génio español, inculcó en el árbol de la literatura francesa la exhuberante sávia de nuestros poetas, y Felipe V trajo consigo à Madrid el génio de la literatura francesa, que por espacio de un siglo dominó en nuestra escena.

Pues si los reyes absolutos, àun en las grandes

esferas del pensamiento, pueden tanto, ¿qué no podrán en más pequeñas y más limitadas esferas? El desfavor del rey era para Margarita lo que para Cain aquella mancha horrible que llevaba en la frente; era una señal de perdicion. La reina de los salones, de las grandes tertulias, la depositaria de tantos secretos, la tirana de la moda, iba á ser el ludibrio de todos los que, envidiándola en secreto, rendian la cerviz á su poder.

Las pasiones, cuando no tienen una gran esfera en que agitarse y moverse, descienden á revolcarse en el lodo. Lo que sucede en los individuos, sucede con los pueblos. Los individuos, cuando no tienen pasiones que se alimenten en la vivida llama de una idea, caen siempre en la abyeccion. Los pueblos, cuando no pueden agitarse en la atmósfera de la libertad, se degradan, se envilecen. La esclavitud es un gran mal social, es verdad, porque es tambien un gran mal moral. Así, esos pueblos, envenenados por una atmósfera voluptuosa, que de nada pueden curarse, porque entre ellos de todo se cura el gobierno; pueblos sin iniciativa, sin poder, sin libertad, que tienen, sin embargo, actividad, que necesitan moverse, vivir; pueblos dados á la indolencia y á la esterilidad, evaporan tristemente su vida en lo

vacio. Y así, aquellos cortesanos amaban idolos de barro, y aborrecian mezquinamente. Y todos los dias miraban el ceño de su señor y seguian las oscilaciones de su voluntad. No hay peor condicion que la de autómata; no hay nada más vil bajo el sol.

Pero volvamos los ojos á los personajes que venimos historiando. Margarita se mostraba impaciente; pero, á decir verdad, no por la tardanza del rey, sino por la tardanza de Angela. Juzgaba que el rey debia ir tarde, y no presagiaba que faltara en su casa en aquella solemnisima noche. En las córtes sucede, cuando se realiza una gran caida, que el último que lo sabe es el que va á caer, y que el que va á caer es tambien el último que oye el gran estrépito de su gran catástrofe. Por consiguiente, Margarita no se habia podido libertar de esta, que bien podríamos llamar ley general, de la vida cortesana.

Mas pronto se oyó un rumor, y todos los ojos se fijaron en la puerta. En efecto, era Angela. Iba acompañada de su madre. Un sencillo traje celeste hacia resaltar la palidez mate de su cutis; algunas flores naturales ornaban su lustrosa cabellera. En medio de aquella lluvia de brillantes, de aquellas señoras llenas de oro, resaltaba por

su naturalidad, por su sencillez, por su gracia. Parecía la naturaleza animada, personificando, mostrando su pristina gracia y hermosura, y reconviniendo así á todas las que tan impiamente la abandonan por los torpes afeites del arte.

Todos los concurrentes volvieron los ojos á aquella figura casta y hermosa, que se dibujaba en la puerta. Angela estaba turbada, sus ojos involuntariamente querian buscar á Eduardo, y sin embargo, se espantaba de pensar no más que estaba en su presencia. Temblaba Angela, y flaqueaban sus rodillas. Tuvo por precision que coger el brazo de su madre, porque temia caerse. Los dos jóvenes que tenian empeñado el diálogo anterior, comenzaron tambien á hablar de esta suerte en uno de los ángulos del salon.

—Mirad, mirad, dijo el italiano.

—¿Qué? exclamó el francés.

—Mirad á la puerta.

—¡Ah! Ya veo, ya veo. ¡Es ella! dijo el francés en un raptó de alegría.

—Sí, esa mujer cuya voz encanta á todo el mundo, cuya virtud es la admiracion de todas las gentes.

—¡El arte y la virtud! ¡La bondad y la hermosura!

—Sí, tú no sabes todo lo que en ese corazón se encierra.

—Háblame, háblame de esa mujer divina.

—Su corona de artista la deposita á las plantas de los pobres.

—¿Será cierto?

—Su vida es la claridad.

—¡Hija predilecta del cielo!

—Cuando ha recogido el oro que le proporcionan sus triunfos, desciende á la choza del pobre.

—¿Y se oculta?

—Se oculta de todo el mundo.

—La virtud debe ser modesta, y solo á ese precio es divina.

—Ayer descendía la jóven á una choza....

—¡Oh!

—Iba á llevar la paz y el contento.

—Lo mismo hace con todo el mundo.

—Entró y se encontró con que no llevaba dinero bastante. Había derramado el oro á manos llenas. Vió un nuevo desgraciado. Entónces, arrancándose un diamante que llevaba al pecho, se lo entregó.

—¡Profunda caridad!

—Profundísima. Pero no esa caridad que der-

rama el oro y huye, no, la caridad que, como un ángel, se cierne sobre el desgraciado; la caridad que alivia los dolores de su cuerpo y consuela su alma.

—¿Y no ama á nadie?

—Ha amado á Eduardo.

—¡A Eduardo!

—Sí.

—No se concibe.

—Es un secreto.

—¿Y él?

—El la abandonó por Margarita.

—¡Infame!

—El amor criminal se llevó tras sí el amor puro.

—¡Parece imposible!

—¿Y Eduardo no se muere de vergüenza?

—Eduardo vacila; pero esa mujer le fascina.

—Miradla. ¡Qué hermosa!

—Lo es en verdad.

—En medio de todas, parece un ángel.

—Sí, sí.

—Y su voz es, como su canto, dulcísima. Y su alma es un destello del cielo; y sin embargo, esa mujer es desgraciada.

Pero volvamos los ojos á Angela. Toda aquella

gran sociedad aristocrática bajó la frente ante el poder de su virtud y de su génio. Mucho se habla en el mundo de la nobleza, de las grandes alcurnias heredadas; pero, fuerza es decirlo, ante el génio, que luce como las estrellas en la noche, ante la corona de laurel ganada honrosa y gloriosamente en una lucha, todos los timbres humanos se eclipsan y oscurecen. Angela, con su sencillo traje y sus flores prendidas con descuido en su hermosa cabeza, era la verdadera reina de aquella sociedad, el punto donde se encontraban todas las miradas.

En un ángulo del gran salon, medio oculto entre cortinas, confundido como bajo la inmensa pesadumbre de un pavoroso remordimiento, pálido, demudado, retorciéndose las manos, fijos los ojos en Angela, se encontraba Eduardo, pero tan profundamente dolorido y apenado, que le parecia que la mirada de Angela le iba á abrasar el cerebro, iba á caer sobre él como un fuego del cielo para devorarle por su criminal olvido, por su despiadada ingratitud.

Angela habia apurado hasta las heces la copa de la amargura, del martirio. Ya nada le quedaba que sufrir en el mundo. Habia perdido el sér en quien puso todas sus ilusiones, toda su fé, to-

da su esperanza; su dolor tomaba esa calma profunda que sucede á una gran tempestad. Ya no podia ahondar más en sus entrañas; ya no podia desgarrar más de lo que estaba su triste corazon, y en su uniformidad, en su intensidad infinita, el dolor se habia convertido en una segunda naturaleza, y habia tomado esa calma grave, solemne, que solo las grandes pasiones pueden inspirar.

Como dice admirablemente el Dante, el gran pintor de todos los dolores humanos, las lágrimas que en aquel instante se asomaban á sus ojos, no pudiendo bañar su rostro y evaporarse en el aire, *granizaban* sobre su corazon. Entraba ¡ella! que tanto habia amado á aquel sér ¿por qué engañarse? que tan delirantemente le amaba, entraba en su casa, en la noche de su boda, en medio de los aromas de una corte voluptuosa, é iba, solo por verle acaso, á embellecer con su canto aquella solemnidad, que era su tormento, su martirio. En medio de aquella calurosa atmósfera, se acordaba de las tibias tardes de primavera; las mil bugías esparcidas le recordaban la suave luz de las estrellas, cuando aparecian amorosas entre los arreboles de la tarde; el olor embriagador y voluptuoso de aquellas mil esencias, el suave aroma de sus flores, el ruido de aquella

música, el gorjeo lejano del ruiseñor, acompañando por el susurro de las hojas y el eco del mar, que se apagaba dulcemente en las sonoras playas. Y la imágen de su felicidad, de su amor, renacia á sus ojos, y el dolor brotaba á torrentes de su corazon herido y desgarrado. ¡Tremenda noche! Dolor insufrible padece en momentos dados el alma; el dolor moral es á veces tan profundo, tan amargo, tan intenso, que no hay dolores fisicos que puedan ni remotamente comparársele.

El dolor hervia, inmenso, en su corazon, y se asomaba á sus mejillas, tiñéndolas de un sonrosado indefinible, y relucia en sus ojos prestándoles mística hermosura. Aquella mujer era en si hermosa; era hermosa por sus cánticos, era hermosa por su génio de artista, era hermosa por la pureza de su alma, era hermosa tambien porque llevaba en su frente luciendo con ideales resplandores, la santa corona del martirio. Mujer ideal, parecia un ángel que pasaba por la tierra sin hollarla con sus plantas.

En cuanto á Margarita, varios afectos trabajaban su corazon. Su ansiedad, su anbelo por la presencia del rey en su casa, no tenian tregua. Y el rey tardaba mucho. Su ambicion temblaba al pensar solo si el rey podia faltar. Sin embargo,

estaba tan segura de su triunfo, tan segura de que el rey no la faltaria, que todos estos temores cruzaban ligeramente por su pensamiento, y se desvanecian como el humo. Asi que vió entrar á Angela, el recuerdo de sus sentimientos, su amor propio, su deseo de martirizar á Eduardo, su triunfo, al presentar á sus convidados la mujer que era fábula de la corte, la reina del teatro, todos estos mil afectos despertaron en su ánimo nuevas ideas. Dirigióse donde se encontraba Angela, y la abrazó con ternura. Al mirar sus ojos, comprendió que Angela queria llorar, y se conmovió un instante, y una lágrima se asomó tambien á sus ojos. La mujer, áun la más perversa, cuando vé ó presencia algo que toca al corazon, siente más que el hombre, es decir, conserva un recuerdo más vivo y profundo de su primitiva naturaleza, y se acerca más á su Creador. Pero aquella ligera conmocion pasó pronto, y Margarita, en su natural orgullo, quiso ofrecerle y presentarle aquel gran trofeo de su victoria á Eduardo.

Asi es que volviéndose á buscar á Eduardo, le trajo como á remolque delante de Angela. Esta se armó de su resignacion maravillosa, y con los ojos fijos en el suelo, esperó á Eduardo. El joven tampoco se atrevió á mirarla; de suerte que

estaban frente á frente y puede asegurarse que no se habian visto.

—Señora, mi esposo, dijo Margarita, acentuando esta palabra, y dirigiéndose á Angela.

Angela alzó entonces la frente como quien toma una resolución suprema, y clavó sus ojos en el rostro de Eduardo. Un gemido, que no pudo contener, se escapó de sus labios, entreabiertos por una sonrisa, no de placer, sino de amargura.

Margarita, volviéndose despues á Eduardo, exclamó:

—Nuestra gran cantora, nuestra sublime artista.

Eduardo balbuceó algunas palabras, y se quedó pálido, frio como la muerte.

—Sí. Este caballero me conoce, dijo friamente Angela.

—Sí, contestó Margarita en tono muy significativo, os ha visto en el teatro.

—No solamente en el teatro; sin duda se acordará de haberme visto en sus paseos por el mar en una playa no muy lejana....

—Señorita, dijo Eduardo con amargo acento. No lo he olvidado.

—Pues no sabia yo eso, dijo Margarita en son muy irónico.

—Pues te digo, Eduardo, añadió Margarita, que en verdad, en verdad, yo aunque mujer, nunca he olvidado á Angela, desde el primer instante en que tuve, aquí mismo, en nuestro jardin, la dicha de verla. Es una fisonomía que no se borra fácilmente de la memoria.

Eduardo comprendió todas las reconvenciones que encerraban las palabras de Angela, toda la amarga ironía que encerraban las palabras de Margarita. Angela, como era mujer, y á pesar de su bondad altiva, pronunció sus palabras, no ya con desden, no ya con amargura, sino con una indiferencia tan glacial, tan completa y tan extrema por mejor decir, que allá en el fondo de su corazón, por una reaccion propia del orgullo, y del orgullo noble, parecia que en aquellos instantes supremos se habia apagado el fuego devorador de su exaltada pasión. Esta indiferencia alentó á hablar á Eduardo.

—Sí; yo recuerdo la primer vez que os vi, dijo con serenidad. Recuerdo que estábais en un montecillo, bajo un sáuce, en un montecillo que caia al mar. Al pié de una fuente dábais de beber á unas palomas. Recuerdo que una de ellas fué á recoger un grano de trigo en vuestros mismos lábios. Recuerdo que cantábais una barcarola, y que

al oíros cantar, detuve involuntariamente mi barca. Vuestra hermosa voz resonaba...

Angela se iba poniendo pálida; sus labios perdían el color, se cerraban sus ojos.

—¿Qué teneis, qué teneis? dijo Margarita, sosteniéndola en sus brazos.

—Nada, nada, un vahido. El recuerdo de mi padre, de aquellos campos, todo, todo.

Angela y Margarita volvieron la cabeza; pero se encontraron sin Eduardo. Con el pretexto de ir á buscar un vaso de agua, habia huido. Los concurrentes apenas notaron aquel ligero episodio, que pasó con la rapidez de un relámpago. Angela, en aquella gran lucha, comprendió su debilidad, y por una reaccion suprema, se posesionó de si misma, y tomando el brazo de Margarita afectuosamente, exclamó:

—Bajemos, bajemos al jardin.

Y ambas jóvenes, pasando por en medio de los grupos de cortesanos que las saludaban respetuosamente, bajaron al jardin.

XVIII.

Eduardo no habia podido sufrir friamente la reconvencion de Angela. Huyó de su presencia, porque el sol de su mirada le abrasaba. Creia ver en aquellas palabras la condenacion esplicita de toda su vida. Y en efecto lo era. Dejar un amor puro y sereno por un amor tempestuoso y viciosísimo; abandonar aquel cielo por caer en el infierno, donde hervian tantas pasiones, era un crimen que nunca, nunca el soplo constante del tiempo podria borrar de su alma. Así es, que huyendo á todo huir de la presencia de Angela, refugiándose en un apartado gabinete, dejándose caer como herido de un rayo en el sillón, y dándose á llorar amargamente, mostraba que toda su vida pasada renacia á sus ojos.

El gabinete estaba solo y oscuro; una de sus ventanas se mostraba abierta; ligeros reflejos de

las luminarias de los jardines daban, con un resplandor crepuscular, un tinte melancólico y misterioso á todos los objetos allí diseminados y esparcidos. Eduardo temblaba como la hoja en el árbol. Le rechinaban los dientes; sacudimientos eléctricos se esparcían como grandes centellas por su cuerpo; su respiración era fatigosa, y los sollozos que partían de su despedazado pecho, le ahogaban.

—He sido muy criminal, decía, muy criminal. He abandonado el amor puro del alma, por el amor pasajero del sentido. Dios me había mandado un ángel para que derramara las armonías de su alma en mi alma; yo le he apartado de mí como si me trajera acíbar, cuando me traía el néctar de la vida en su copa. Horas deliciosas en que yo, mirándola, de rodillas á sus piés, me sentía mejor, y como asistido de Dios, ¿qué os habeis hecho? El aire de estos salones me sofoca. Yo me ahogo. ¿Por qué no había de vagar ahora por aquellas antiguas y hermosísimas playas? A la luz de la luna, en medio del campo, bajo un árbol que dejara caer sobre mi frente sus hojas, como caricias de los seres inanimados, reposaría tranquilo mi corazón, sosegada mi conciencia. Viéndola, vería resplandecer en sus ojos la luz

purísima de la virtud, que es la luz santa y misteriosa. ¡Desgraciado de mí! La ambicion me cegó un instante. Creí que en el mundo solo existia la pasion rastrera, vil, mezquina del poder, del interés, de la riqueza. Creí que en aquella fuente hermosa y rústica, donde bajaban á beber las palomas del valle, no habia agua bastante á extinguir mi sed. Y ahora me encuentro aquí solitario, en medio de la sociedad, muerto de hambre y de sed de espiritualismo, de vida, avergonzándome de mi mismo. ¡Oh! No puedo estar solo. Cuando estoy solo me persigue como una sombra el remordimiento. Y mi remordimiento es mi gran torcedor, mi pesada cadena, mi castigo. Quiero romperlo, olvidarlo. Y Dios no me oye, ¡oh! sí, no me oye. Dios mio, Dios mio, ¿por qué no me privas de memoria? ¿Por qué no me quitas de los ojos su imágen? Al verla tan pura, tan hermosa, tan riente, siento un torcedor inmenso. Me parece que el remordimiento me muerde las entrañas. Apártame, Dios mio, apártame esa mujer de los ojos. Te lo ruego por piedad. Angela, Angela, tú, tú que has sido mi delicia, eres hoy mi tormento, eres el espectro que aparece á mi razon, turbando mi vida. Pero no puedo, no puedo. La veo siempre, siempre sí, presente á mis

ojos, á mi conciencia. Me mata, me mata. Angela, imágen de Angela, huye de mi... ¡Oh!... Yo deliro.

En esto se abrió una puerta, y en su dintel apareció Margarita. Llevaba una luz en la mano. Sus mejillas estaban teñidas de una palidez semejante á la palidez de la muerte. Dos gruesas lágrimas rodaban por su rostro. Los diamantes, las flores que ceñían su cabeza, los ricos adornos que la hermoseaban, parecían, sin embargo en aquellos instantes los lujosos atavíos con que el orgullo humano quiere muchas veces cubrir á los muertos. La luz, que la iluminaba todo el rostro, no había llegado á dar en el ángulo donde se encontraba Eduardo y así Margarita no pudo verle. Entró, volvióse á cerrar la puerta, y dejando caer la luz que llevaba sobre un velador, exclamó con acento desesperado:

—¡Ay! ¡Estoy perdida!

—¡Margarita! dijo entonces Eduardo con voz apagada.

Margarita, al oír aquella voz, dió un grito espantoso, y se levantó para huir; pero el terror no la dejó dar un paso, y cayó en el pavimento como herida de un rayo.

—Margarita, Margarita; soy yo, yo, Eduardo.

—¡Ah! Eres tú. Eres tú...

Y cogiendo su brazo, se incorporó.

—Me habia asustado mucho, mucho...

—¿Qué te sucede, Margarita? ¿Por qué tan conturbada?

—¡Estamos perdidos!

—Pero ¿por qué, Margarita, por qué?

—El rey, Eduardo, el rey tarda mucho.

—¿Y eso te aflige?

—He oído...

—Sosiégate, Margarita, sosiégate.

—He oído decir que el rey no venia esta noche.

—¿Cómo has podido imaginarte eso?

—Tarda mucho.

—Y aunque no viniera...

—Si no viene, estamos perdidos.

—¿Por qué?

—Porque tenemos muchos enemigos.

—Los despreciaremos.

—Y esos enemigos pueden dañarnos.

—Nos defenderemos.

—No hay defensa posible.

—Nunca se cierran todos los caminos.

—Eduardo, se cierran.

—Los abriremos nuevos con nuestros brazos.

La lucha es la vida.

—Te forjas muchas ilusiones.

—Me basta corazon.

—Si esa desgracia nos sucediera...

—¡La ausencia del rey en esta noche!...

—Es nuestra sentencia de muerte.

—Margarita, no te comprendo.

—Escúchame, escúchame, Eduardo.

—Pero sosiégate, por Dios, Margarita.

—Oyeme y pásmate, Eduardo. Yo he visto aquí un ministro poderoso, dueño de la voluntad del rey, caer en desgracia. La gente lo sabía, y él lo ignoraba. Un baile fué la señal de su desgracia. La reina acostumbraba á bailar todas las noches de sarao el primer rigodon con él: la noche destinada á herirle, no lo bailó. Apartáronse de él los cortesanos como si estuviera apestado, riéronse de su catadura los mismos que le prestaban homenaje; encontróse en aquellos salones donde todas las frentes, hasta las frentes coronadas le acataban, solo, aislado, sin un amigo. Su desgracia creció, y un día se vió preso, y otro próximo al cadalso, y hoy anda acaso en tierra extraña, pidiendo una miserable limosna para mantener á sus hijos.

—¿Y nosotros podemos temer eso mismo?

—Podemos, debemos temer más, no lo dudes.

—Nos iremos á un país extraño.

—No te dejarán.

—Pero, dijo Eduardo mirando el reloj, aún no es hora, no, ni con mucho, de que venga.

—¡Oh! Si no viniera, Dios mio, si no viniera, como he oído susurrar á mis enemigos por los jardines...

Y Margarita se pasaba la mano con delirio por la frente, como para alejar una sombra.

Tanta era su preocupacion, que se habia olvidado de Angela. Su ambicion eclipsaba su amor. Sin embargo, muy grande era el peligro cuando ¡ella! que tanto se acordaba siempre de sus rivales, y que tanto se complacia en martirizar á Eduardo, no le echaba en cara irónicamente, como de costumbre, la dramática escena de Angela. Margarita vivia en la tempestad por el ruido de las grandes pasiones; por la adoracion de las gentes; por la grandeza de su casa, por su poder; por todas esas cualidades prestadas que eran el secreto maravilloso de su fortuna y de sus placeres. Todo aquel dorado castillo podia caer en una hora, en un momento, podia destruirse con un solo soplo.

Y para el sér que está acostumbrado á respirar el aliento de la tempestad; para el que vive

enmedio de las encrespadas pasiones; para el que no tiene más luz que la luz que despiden todos los sentimientos exaltados; para ese sér, ciertamente, separarse de tal atmósfera, vivir, agitarse en otros horizontes más solitarios ó más tranquilos, equivale á la muerte. Esos séres, que buscan el ruido, el estrépito, la tempestad, la lucha, y quieren vivir siempre luchando y combatiendo, no tienen idea alguna de la felicidad. El hombre, para vivir tranquilo, debe buscar el seno del hogar doméstico; allí erigir altares á la virtud, á la paz; teñir siempre de un color sonrosado y hermoso este último asilo del corazon, y siendo buen padre, buen hermano, buen amigo, buen esposo, buen hijo, debe mostrar que no hay virtudes públicas posibles cuando no se radican en la santa virtud privada, que es, digámoslo así, el verdadero pié del árbol de la vida. Pero todo esto, si para el hombre es una ley social, una ley religiosa, para la mujer, además de todo esto, es algo más, es una ley de su naturaleza. La mujer, donde más luce, donde más brilla, donde se ve su verdadero esplendor, es en el seno del hogar doméstico. Aquel es, sin duda, el teatro de sus triunfos. En el hogar doméstico tiene sus altares, su ara, y allí se muestra diosa. Pocas mujeres he visto más bellas

ni en la naturaleza ni en la sociedad, que la madre de familia, sentada entre sus hijos, que la miran arrobados como á su cielo, dispensándoles sus caricias, infundiéndoles con su beso de amor un alma, mostrando á este la virtud, enseñando al otro á balbucear las primeras palabras de su lengua, al de más allá á postrarse ante Dios, á todos á quererse, á amar á los demás hombres, á consagrar todas sus obras, todos sus pensamientos al cielo, siendo así como un artista que hermosea con indecible cuidado el alma, que Dios creó, preparándola á vivir en la tierra vida dichosa, y á esperar otra vida mejor en el cielo.

Mas no habia nacido para esto Margarita; no era ese el fin á que la destinaba toda su vida. ¿Cómo era posible para ella vivir sin que se inclinaran mil frentes en su presencia? ¿Cómo podría vivir sin llevar en sus manos la trama de mil tragedias? ¿Cómo podría respirar, si al convertir los ojos á todas partes solo alcanzaba un desierto? El hogar doméstico para Margarita era lo que la jaula para el ave, que ansía ser reina del espacio, y cernerse sobre las nubes más allá de la region de las tormentas. En el hogar doméstico languidecia, desmayaba, se moria, en una palabra, aquella mujer acostumbrada á la

vida de la corte. Así es, que mientras habia tenido cierta privanza, cierto favor en la corte, privanza y favor alcanzados por su talento y por su astucia, habia vivido feliz y contenta. Mas cuando ese favor le faltara, cuando esa sociedad la abandonara, quizá Margarita no podria sobrevivir á tan rudo golpe. Así el desprecio del rey era para Margarita cuestion vitalísima. Acaso se encontraba en aquel supremo instante en uno de los trances más amargos, pero más grandes y más decisivos de toda su agitada vida.

Eduardo y Margarita salieron á los salones. La jóven estaba muy agitada; Eduardo muy tranquilo. Al salir vieron á Angela al lado de su madre: deshojaba maquinalmente unas rosas, oyendo y contestando casi maquinalmente infinitas palabras lisonjeras de un gran número de cortesanos. Ni podia decirse que sus contestaciones eran altivas, ni mucho ménos ásperas; pero habia tal magestad en su acento, tal severidad en su palabra, que todas las lisonjas de aquellos jóvenes, salidas de corazones gastados, tomaban, sin embargo, cierta severidad respetuosa al penetrar aquella atmósfera, como si las purificase Angela con su aliento.

Margarita miraba á sus convidados, y los veía

ansiosos, como esperando algun acontecimiento. Entonces conoció que solo la voz divina de Angela podia influir mágicamente en todos aquellos seres; que solos sus acentos encantadores podian distraer aquellas almas de la idea que á todos preocupaba. Acercóse á Angela, y le dijo:

—¿Cantareis, amiga mia?

—Me será muy difícil, Margarita.

—¡Difícil! ¿A vos, que solo con hablar, suspendeis los corazones?

—Os agradezco vuestra lisonja; pero permitidme que insista.

—¿Por qué?

—Voy á ser muy franca. Hay momentos en que ciertos recuerdos de mi infancia, de mis campos, me poseen absolutamente.

—Y eso, lejos de dañar, dará más suave melancolía á vuestros cánticos.

—Acabaré mi pensamiento. En esos instantes, solo puedo entonar aquellas mismas canciones que yo cantaba á las orillas del mar.

—Pues casualmente deseo yo oir esas, é iba á pedirlos que las cantáseis.

—¡Mas son tan sencillas!

—Sé, sin embargo, que son muy interesantes.

—Os engañais, Margarita. Mal puede interesar

una cadencia monótona, semejante al ruido eternamente acompasado de las ondas.

—¡Ah! Sabed que aquí son muy gratos esos recuerdos de la naturaleza.

—¡Aquí, muy gratos! son incomprensibles.

—No para todos los corazones, Angela, dijo Margarita, recalcando sus palabras.

—Para todos, contestó con horror Angela.

—Pues os puedo asegurar que no lo son.

—Y yo os puedo decir que deben serlo.

—No se manda en el corazón.

—Pero se manda en la conciencia.

—¿No es verdad, Eduardo? dijo Margarita, aprovechándose de un momento en que Eduardo pasaba á su lado con un grupo de jóvenes.

—No sé qué me preguntabas, dijo Eduardo confundido y balbuciente como siempre delante de Angela.

—Te preguntaba, si seria grato oír los cantares que Angela entonaba allá en sus playas.

—¡Oh! Son muy hermosos cantares.

—¿Los has oído? dijo Margarita con gran intención.

—No, no es muy extraño, dijo Angela. Con solo acercarse á las playas, se oyen fácilmente. ¿Y qué joven no habrá tenido algunos de esos

amores noveleros, de esos amores de pura imaginacion y fantasia por esas playas?

Eduardo se ponía pálido. Margarita, como siempre, se gozaba en su humillacion y en su vergüenza, y como era muy perspicaz, exclamó:

—Pues entonces, Angela, habeis hecho vuestro proceso. Debeis cantar. Hay aqui muchos jóvenes á quienes interesarán esas canciones.

—No es bien, Margarita, nublar con remordimientos estos festejos.

—No, no importa. Sentirán. ¿Creeis que es tan fácil en este siglo y en esta sociedad sentir?

Angela cedió á las palabras de Margarita, y se calló. Esta, contenta con su victoria, y olvidada de la tempestad que iba á caer sobre su frente, dijo volviéndose á Eduardo:

—Acompañad á Angela al piano.

Eduardo extendió su mano con temor, y sin atreverse á fijar los ojos en su amada. Angela, sin mirarle tambien, le dió la mano. Al tocarse aquellas dos manos, que tantas veces se habian juntado con efusion, los dos jóvenes sintieron, olvidado Eduardo de su vergüenza, olvidada Angela de sus agravios, el fuego del amor. Pero bien pronto la fria realidad cayó como un témpano de hielo sobre su corazon, que comenzaba á arder. Sin

embargo, Eduardo no temia tanto la ardorosa mirada de Angela como la mirada burlona de Margarita. La mirada de Angela le recordaba que habia sido infiel, criminal. La mirada burlona de Margarita le decia que era vil, que era despreciable. Así es, que desde la puerta del jardin, donde estaban, al salon del piano, pudo decirle:

—Angela..... mil veces he pedido á Dios la muerte.

—Habeis hecho mal, Eduardo, porque debeis vivir, hoy para vuestra mujer, y para vuestros hijos mañana.

Eduardo lanzó un gemido profundísimo. Aquellas palabras se le clavarón en lo más hondo del corazón. Margarita mientras tanto los miraba y se reía. Al volver Eduardo, le dijo:

—¡Ah! Ya le habrás dicho que no la habias olvidado.

—Margarita, no me asesines.

—¿La amas todavía? ¿La amas?

—Calla por piedad.

—Ella te ama, sí; te ama.

—No, no es verdad. No la injuries.

—¡Oh Eduardo! Yo necesito creerlo, para amarte. Quizás Dios me ha hecho mala, muy mala. Lo cierto es que yo no podria amarte si no supiera

que hay en el mundo un sér que padece por ti.

—¡Triste felicidad!

—Muy triste, pero muy en armonía con mi naturaleza.

—¿Y no te se desgarrá el corazón al pensar en si son ciertas tus sospechas?

—No, Eduardo. Ella goza también; goza con su virtud, goza con su inspiración artística. ¡Que padezca!

—¡Oh! Tienes un alma tan negra como un abismo.

—Y sin embargo, en el fondo de ese abismo estás tú.

—Es verdad, es verdad. Por eso no me conozco.

—Y después de todo, me amas mucho más que á esa mujer.

—No hablemos de eso, Margarita.

—No puede ser.

—¡Ah!

—No puede ser, porque yo no puedo dejar de gozarme en mis victorias. No puede ser, pues yo te amo porque otra mujer te ama. No puede ser, porque yo no puedo cambiar mi naturaleza.

—Te odiaría si pudiera.

—Ya sé que no puedes.

—No abuses de tu creencia.

—Te conozco mucho, Eduardo.

—¡El amor!

—Tú que no eres capaz de amar, tú que no has nacido para amante, has nacido, sin embargo, para esclavo.

—Es verdad.

—Mira, soy tu conciencia. Y al mismo tiempo soy tu remodimiento, tu castigo.

—Si, mi castigo.

—Y sin embargo, soy tu cielo.

—Margarita... por piedad.

—Tú no hubieras podido vivir en ese cielo estrellado, sin nubes, sin tempestades, que Angela te ofrecia. Tú has nacido para vivir entre la tempestad.

—No, no lo creo.

—Te dejas alucinar por la impresion de un instante. Consulta, consulta tu corazon y tu conciencia; consúltalo, y te dirá quién tiene razon.

En esto se oyó el canto de Angela. Era una de esas canciones melancólicas impregnadas de amor, que sólo saben los pueblos meridionales, y sólo se oyen y se comprenden á las orillas del Mediterráneo. Era la misma cancion que Eduardo entonaba por las tardes cuando las primeras estre-

llas aparecían en el cielo, y los últimos resplandores se borrraban en el horizonte al separarse de Angela; cancion que parecia un quejido, un suspiro, un profundo ¡ay! del corazon.

Eduardo palideció. Un sudor frío bañaba su frente. Mirándole maliciosamente Margarita, le dijo:

—Te comprendo, te comprendo.

—Calla, calla. No me hagas perder una nota de este cántico.

—Es un recuerdo.

—Sí; mejor dijeras un remordimiento.

—¡Tardío!

—Es verdad.

—Oye, Eduardo. Esas *fermatas* parecen el eco meláncolico y arpado del rui señor, cuando suspendido de la rama contempla su nido. Esos compases tan largos, tan cadenciosos, parecen las anchas olas, cuando un ligero soplo de las brisas las mueve, y van mansamente á romperse en la arena. Esas notas altas, agudas, aisladas, solitarias, parecen quejidos, ayes, el sonido de una lágrima que cae en un lago. Y todo eso que te extasia, que te enagena, todo eso, que te parece la realidad de la vida, es poesia, es mentira, es nada. Eso no es realidad, eso no es verdad.

En este momento concluían los últimos acentos de aquella voz divina, y una inmensa salva de aplausos ruidosa, estrepitosísima, cubría los últimos acentos de aquel suave cantar.

—¡Ah, Eduardo! El mismo efecto que hace en esas almas el canto, hace en la tuya. Todo eso es mentira.

—Pues si es mentira, maldita sea la verdad. Margarita lanzó una prolongadísima carcajada, una carcajada aguda, epiléptica.

—¡Maldita sea la verdad! ¿Con que me maldices á mi? ¡Infeliz! ¿Crees que hubieras hallado alimento para tu corazón con ese amor? Te engañas. Esa bienaventuranza te hubiera sonreído un día, te hubiera hastiado al día siguiente. El corazón humano jamás comprende lo infinito. Mira la variedad de los acontecimientos, y se complace en ella. Y al lado del bien, gusta del mal. El azul del cielo cansaría nuestra vista, si no le cubriera el velo de la tempestad.

La canción de Angela, nacida de lo más íntimo del corazón, electrizaba á los oyentes. Era el eco de un alma poseída de grandes sentimientos. Para ser artista, no hay como sentir y saber expresar lo que se siente. Es muy difícil encerrar la idea en la forma, y el poseer esa divina facultad

es poseer el gran secreto del génio. Y Angela, aunque pobre mujer, aunque desvalida, criada en el fondo de un campo, apartada del mundo, por esas revelaciones misteriosas de Dios, por esa intuición suprema del alma predestinada para el cielo, habia nacido con la fuerza creadora del génio. Despues de cantar, despues de dar al aire aquellos quejidos de su corazón, se dejó caer, como si le faltaran las fuerzas para sentir y padecer, en un sillón.

XIX.

Mientras tanto, pasaba el tiempo y el rey no venia. Los cortesanos comenzaban á impacientarse; Margarita á sentir profundísimo dolor en el corazon. Los mismos que poco antes la adulaban, iban poco á poco apartándose de ella, y dejándola en lo vacío. Por todo el salon solo se hablaba de la caída de aquel grande y colosal poder. Unos atribuian tamaña desgracia á haberse hecho ya demasiado públicas algunas de las faltas de Margarita; otros á haber visto de mal ojo el rey algunas ideas no muy sanas vertidas por la jóven, sin gran madurez, en la corte. Mas ¿quién es capaz de averiguar los secretos del corazon de un rey absoluto? ¿Por qué Felipe II aborreció á Antonio Perez? ¿Por qué cayó de su gracia la princesa de Eboli? ¿Por qué fué arrojada ignominiosamente de la corte de Fe-

lipe V la omnipotente princesa de los Ursinos? La historia da á estas peripecias razones más ó menos verosímiles, más ó menos fundadas; pero el secreto, lo que pasa en el corazón de esos reyes, solo puede saberlo Dios. No hay que decir que esta es ó aquella la causa; la verdadera, la única, la indispensable causa está sin duda en el corazón de los reyes; allí y solo allí tienen su raíz todos estos acontecimientos. Margarita se sintió ya herida; echó mano al corazón, y el corazón destilaba sangre, y en sus ojos resplandecía ya el fulgor de la venganza. Desde que se convenció que su desgracia era cierta, hizo callar la gran lucha empeñada en su corazón y en su conciencia, y se decidió á romper con sus brazos las olas de los adversos sucesos.

Cuando todas estas ideas y todos estos sentimientos la agitaban como caña combatida por los huracanes y por la tempestad; cuando su ansiedad crecía; cuando un gran rumor, semejante á los preludios de esa terrible sinfonía que se llama tempestad, corría por todo el salón, anunció á un gentil hombre de S. M. uno de los criados de Margarita, y esta le salió al encuentro apoyada en Eduardo, cuando el cortesano levantando la voz, con acento irónico y mirar altanero, dijo:

— «Los grandes negocios de Estado, han impedido á SS. MM. honrar vuestra casa.»

Palabras tremendas, que fueron á caer como un rayo á las plantas de Margarita.

A esto siguió un profundo silencio; al silencio un rumor terrible; al rumor un movimiento general; todos se iban, pues parecia que aquella mansion de la hermosura, del placer, donde se anidaba todo lo más galante y aristocrático de Nápoles, aquel centro de todo lo más granado de la nobleza, se habia por un sobrenatural milagro convertido en una casa apestada; no parecia sino que se habia prendido fuego, ó que estaba amenazada de un terremoto, segun huian á todo huir de aquella casa los alegres convidados.

Margarita se quedó pasmada y estática. Un sacudimiento nervioso recorrió su cuerpo, como si fuera un gran latigazo; sus ojos perdieron la luz; la respiracion su pecho, y parecia que iba á espirar bajo el peso de su dolor y de su vergüenza. Mas este dolor y esta vergüenza pasaron fugaces por su alma como una exhalacion; se rehizo pronto, y mirando á todos aquellos séres mezquinos y despreciables que huian, sin saludarla siquiera, como si su contacto quemara, tomó un continente magestuosísimo, imponentísimo, se revistió de to-

do su orgullo, y miró con soberano desprecio cómo se condensaba y se apiñaba aquella grande y pavorosa tormenta.

Los salones lucían esplendorosamente iluminados; la música hacía rodar sus ondas armoniosas en aquella atmósfera; los pebeteros despedían sus aromas, las flores de los jarrones su esencia; las estatuas se sonreían y mostraban su olímpica serenidad; brillaban los cuadros, y sin embargo, en aquellos salones ántes cuajados de gente, no había un alma; parecía un castillo, cuyos dueños han muerto; un jardín hermosísimo en medio del desierto. Decimos mal; había algunos personajes. Estaba Margarita, poseída de una rabia inmensa, arrojada en un divan, con su corona de desposada á los piés, y un mar de lágrimas en los ojos; Eduardo meditabundo, indiferente, sosteniendo con una mano la agitada cabeza de Margarita y descomponiendo con la otra su cabello, como para alejar una idea; y al pié de este grupo, consolándoles como un ángel, recogiendo las lágrimas y los suspiros de Margarita, alentándola, desvaneciendo sus temores, llevando la esperanza á su corazón, la pobre cantora, que desde el instante mismo en que vió aquella desgracia, se olvidó de todo, y solo se curó de los doloridos, mientras su

madre, en un rincon de la estancia, preparaba cuidadosamente algunos liquidos preciosos para calmar la penosa ansiedad y el terrible anhelar de Margarita.

—¡Oh! Mira, Eduardo, lo que es la còrte. Todos, todos nos abandonan. Desde hoy seremos blanco del ódio universal. ¡Infames! ¡infames! Green que pueden pisar impunemente la cabeza de la víbora. Green que yo estoy desarmada. No lo estoy, no lo estoy. En mis manos hay aún grandes corrosivos que arrojar sobre todos mis enemigos, sobre todos. No importa que levanten muy alta su frente, no importa que reunan mucho poder; lucharemos, lucharemos á brazo partido, y triunfaré ó sabré morir en la demanda. ¡Oh! luchar tanto, necesitar para vivir la lucha, es muy triste, si muy triste. Pero todos mis enemigos caerán abrasados por mi mirada de ódio, por la maldicion que sobre ellos arrojarán mis lábios.

—Apartad de vuestra imaginacion esos tristes pensamientos, le decia Angela. No aborrezcais á nadie. Vale más olvidar, perdonar, que vivir siempre quemándose en el ódio. No merece ningun crimen la venganza. El que falta á su deber, el que desprecia la voz de la conciencia, solo merece compasion.

—¡Compasion, compasion! No entiendo ese lenguaje, no puedo comprenderlo. Compasion del que goza, caridad hacia el criminal... ¡Oh! no; la mala yerba se arranca, se estirpa.

—¡Margarita! dijo Eduardo. Con esos escesos de furor, solo alcanzarás quebrantar tu naturaleza.

—¡Oh! No, no. El odio me reanima, me da nueva vida, siento que la sangre circula por mis venas. Cortaré el crimen con el crimen; ahogaré el mal con el mal.

—No, no digais eso, Margarita. El espectáculo que ofrece el crimen es repugnante. Nunca debéis recordar tan oportunamente como hoy ese gran precepto evangélico: lo que no quieras para tí, no lo quieras para nadie, dijo Angela.

—Haber perdido yo mi poder, que parecia eterno, incontrastable. Verme abandonada, burlada, por esa nobleza napolitana, que antes me adoraba rendida, idolátricamente.

Ya no me temen, ya no me respetan. Yo les mostraré que no he perdido mi poder, ese poder que era un hermoso talisman que los seducía...

Margarita no oia razon alguna; solo escuchaba el acento de su venganza y de su ira. Es decir,

¡pensamiento que parecia incomprensible! Margarita habia pensado en vengarse, sí, en vengarse de un rey absoluto y poderoso. Era una empresa titánica, impropia de una mujer; pero era digna de una alma fuerte, vigorosa y tenaz. Cuando todos los horizontes se cerraban, Margarita los veia colorear, tiñéndolos de color de sangre, con su pensamiento, con su idea. Era la leona herida, acorralada, que siente hervir su sangre, y cuyos ojos centellean de rabia, á medida que se aumentan sus dolores. Asi, se levanto, paseó una mirada de desprecio por aquel salon abandonado, solitario y frio, y riéndose despues convulsivamente, como si llegara su ánimo al fin de una gran crisis, dijo:

—¡Oh! Sí, sí, la venganza...

—Soñais, Margarita, soñais, dijo Angela, y os podeis perder.

—¡Perderme! No. Yo perderé á mis enemigos.

—Vuestro enemigo es el rey.

—Pues bien; perderé al rey.

—Es omnipotente.

—No hay omnipotencia que resista á la tenacidad de un gran sentimiento de venganza.

—¡Infeliz!

—¡Yo infeliz, Angela! ¡Yo infeliz! Eso creen

los miserables que me abandonan. Y no saben que yo gozo en estos momentos supremos de la vida, que yo acaricio estas grandes peripecias de la fortuna.

Angela lloraba; se aparecian á sus ojos todas las desgracias que iban á rodar sobre la frente de Eduardo.

—¿Llorais? le decia Margarita. ¿Llorais por nosotros?

—¡Oh, Angela! exclamó Eduardo cogiéndola las manos en un arrebató de entusiasmo.

Angela se desasió de Eduardo, y fué á desahogar su dolor abrazándose á su madre.

—Eduardo, decia Margarita. Tú no has nacido para los grandes combates.

—Mirala, mirala, decia Eduardo, olvidado de todo, y señalando á Angela. Mira, llora por nosotros.

—No es hora de suspiros y de lágrimas. Es la hora de la venganza.

—¡Por piedad! exclamó Angela juntando las manos en actitud suplicante. ¡Por piedad! Vais á ser victimas de vuestras pasiones. Esa venganza que Margarita acaricia, puede ser el cuchillo de vuestra garganta. Huid á ser felices. Yo protegeré vuestra fuga. Huid juntos. En una isla, en otro

país más venturoso, allí, amándoos mucho, podeis gustar una felicidad, que aqui puede trocarse en una gran desgracia. Os lo pido por vuestro amor. Huid, huid léjos de aquí. Imaginad lo que en este instante se tramará contra vosotros. Imaginad la gran desgracia que atraeis sobre vuestras jóvenes frentes. ¡Oh! Solo mirarla me horroriza.

Y Angela se cubrió el rostro con las manos, llorando amargamente.

—¿Y no la merecemos? dijo Eduardo fuera de si, arrojándose á los piés de Angela. ¿No la merecemos? Los que hemos faltado á todos los juramentos, los que hemos olvidado todo cuanto habia de santo, de sagrado en la vida, los que hemos vertido en el lodo el sagrado licor de la felicidad, que Dios nos enviaba, ofreciéndolo á los secos labios por la mano de un ángel, los malvados, los perversos que hemos hecho eso, merecemos, si, el castigo. ¡Que vengan! ¡Que vengan! No me quejo. Aqui está pronta mi vida, mi corazon, á recibirlos.

—¿Qué oigo? dijo Margarita, cogiendo del brazo fuertemente á Eduardo. ¿Qué oigo? ¿Olvidas que soy tu esposa? ¿Olvidas que me has jurado amor eterno? ¿Qué significan esas palabras? ¡Oh! En este instante supremo todos me abandonan.

—Teneis razon, Margarita, dijo Angela. Esas palabras solo han podido ser inspiradas á Eduardo por la demencia que inspiran estos amargos y supremos trances. Eduardo no es merecedor de ese gran castigo, y Eduardo seguirá vuestra misma suerte, si, la suerte de la mujer que ha escogido por inclinacion y por amor, por libre voluntad, sin que ninguna otra idea empañase su corazon y su conciencia.

—Si, yo acepto el castigo, dijo Eduardo mirando frente á frente á Margarita; pero yo conozco lo que conoce mi mujer; yo conozco que es mereciendo mi castigo.

—No digais eso, Eduardo. ¿En qué habeis faltado? preguntó Angela.

—¿Y vos me lo preguntais?

—Yo os lo pregunto, porque yo nada sé ya, nada de vuestra vida. Vámonos, madre, vámonos, dijo Angela, volviéndose á su madre con gran anhelo.

—Sí, sí, idos, Angela, idos, dijo Margarita, que comenzaba á sentir el torcedor de los remordimientos y de los celos.

—Me voy, sí, pero no para abandonaros. En la hora de la desgracia yo no os abandono, yo no puedo abandonaros, sin saber qué va á ser de vos-

otros; yo no puedo consentir que os perdais miserablemente.

—Mujer celestial, exclamó Eduardo, la tierra no te merece.

—Deja que nos perdamos, Angela. Deja á la piedra que caiga al abismo. No te precipites á detenerla, porque caerás rodando con ella, dijo Margarita.

—Prefiero correr vuestra misma triste suerte, á compadeceros con estéril compasion.

—Nuestra suerte, despues de todo, dijo Margarita, será la victoria.

—Entonces os abandonaré, añadió Angela; pero velaré por vosotros en la hora del combate.

—Pues bien, esa hora ha sonado ya. ¿No es verdad, Eduardo?

—Ligado con fuertes lazos que no puedo romper, te seguiré á donde me lleves, te acompañaré, si necesario fuese, hasta el infierno.

Angela no pudo dejar de lanzar un agudo grito, un grito desgarrador, que partia desde el fondo de aquel corazon comprimido y atenaceado, de aquel corazon que daba rienda suelta á todos sus dolores.

—Habeis decidido vuestra suerte. ¡Que os proteja Dios! Pero yo velaré por vosotros. Quiero ser

vuestra providencia. Sed felices, si, felices. Yo en mis oraciones le pediré al cielo; yo misma os seguiré, cuando vea que la desgracia os amenaza. Y no descansaré, no, hasta veros tranquilos, virtuosos, felices, en el seno de vuestro hogar, rodeados de todo lo que pueda halagar la vida en la tierra.

Cada una de aquellas palabras caian como una centella sobre el alma de Eduardo, consumiéndola, abrasándola. Margarita, fria como una estatua, indiferente, sin embargo, al calor de aquella alma, al brillo de aquellos ojos, se habia entusiasmado, y admiraba tan heróica abnegacion, tan extraordinaria virtud. Angela habia padecido mucho, su corazon habia necesitado hacer supremos esfuerzos; aquellas palabras no habian salido naturalmente de sus lábios, no; habia pasado por una grande, por una tremenda lucha. Así, despues de esto, se apercibió para dejarlos y volverse á su vivienda, llevando su pecho desgarrado por la desventura y por los celos.

En el momento de irse, Angela se despidió de Margarita, la cual se quedó, como poseida de un pensamiento que la abrumaba, sentada y distraida. Eduardo acompañó á Angela, pudiéndole decir estas palabras:

—Aun te amo.

—Eso no debe ser.

—¡Angela!

—Caballero, no os conozco.

—Angela, ¿te has olvidado de mí?

—Sí, sí.

—No me has amado nunca.

—De todo cuanto ha pasado en mi vida, de todo estoy ya completamente olvidada. Todo se lo ha llevado el tiempo. Ese Eduardo de que habláis, le he enterrado ya en mi memoria.

—Maldicion sobre mi, dijo Eduardo al dejarla, me aborrece.

—¡Dios mío! exclamó Angela bajando la escalera. Tú sabes que he mentido. Tú conoces mi corazón, mi alma. Perdóname, perdóname. A los agudos golpes de estos crueles dolores perderé la vida. Pero no borres nunca esta pasión que es el alma de mi vida.

XX.

Retirada en su estancia, Angela padecía dolores horribles. Una gran lucha se habia empeñado en su corazon. Tenia necesidad de sacrificarse, de ser víctima de alguna gran idea, de alguna gran pasión. Su alma era juguete de la tempestad; su imaginacion presa del delirio. Pero sola en el mundo, sin más apoyo que su madre, necesitaba de algun sér á quien confiar sus penas. Entonces se acordó de un hombre que gozaba fama universal en Nápoles.

A las orillas del mar, en la hermosa playa, en medio de un bosque de cipreses, alzaba su pequeña torre una ermita. Algunos sáuces plantados alrededor de aquel retiro, le daban cierta melancolia indefinible. Aves, como los ruiseñores, las palomas, los jilgueros, no perseguidos allí, anidaban en la copa de sus árboles, y pagaban con

armoniosos cantares, como agradecidos, tan dulce hospitalidad. De vez en cuando las gaviotas, las aves marinas, cansadas de cernerse sobre las ondas, ó no teniendo un mástil donde apoyarse, ó arrojadas por la tempestad, iban allí á descansar de sus fatigas y á plegar sus blancas alas. Toda aquella naturaleza sonreía con una paz semejante á la de un alma que no conociendo remordimientos, resplandece siempre iluminada por la virtud, que por inmortal, no conoce ni eclipse ni ocaso. Era aquella una ermita, donde se adoraba una Madona en un retablo, representando á la Divina Pastora, que alimentaba con rosas á sus corderos. Al pié del retablo se veían flores cogidas en aquellos campos, perlas sacadas de todos aquellos mares, signos infalibles de la union amorosa del espíritu con la naturaleza. Bajo las bóvedas de aquella ermita, por las noches, ardía constantemente, sin apagarse nunca, una lámpara, cuyos resplandores, merced á una pequeña reja, se veían desde fuera; lámpara que parecía una estrella errante, perdida, que se había posado delante de la Virgen. Así, el campesino cuando en la callada noche iba á rezar ó á cuidar en el establo de la comida de sus bueyes, volvía los ojos á la reja y al ver los resplandores de la luz,

creía que por él velaba la Virgen. Y el marinero en las playas ó en el mar, al ir ó al volver de sus expediciones, cuando en la callada noche veía relucir aquella lámpara, se acordaba de que Dios es el punto luminoso y fijo en el rumbo de la vida, como la estrella Norte en el rumbo por los mares. En aquel recinto, respiraba todo amor y paz. Allí la naturaleza se había hermoseedo, y el hombre podía encontrar esa tranquilidad uniforme, pero serena y mística, que se parece á la idea de la bienaventuranza. Las húmedas brisas del mar; el aroma de las flores; las puras emanaciones de los árboles; el arrullo de la paloma; el dulce gorgceo del ruiseñor en la umbria enramada; la cruz, santificándolo todo; el ciprés, que asciende al cielo; todo ofrecía ese cuadro deslumbrador y hermoso, por el cual vaga el alma como la mariposa entre los aromas del campo.

Y allí había buscado asilo un filósofo, que después de recorrer todas las esferas de la ciencia, había caído en la duda, y después de gustar todos los placeres de la vida, había caído en la desesperación. Su alma seca, esterilizada, buscaba una gota de rocío que la humedeciera, un rayo de luz que sacara algún color á su pálida y desmayada corola. Este hombre, que había caído por su des-

gracia en la negacion, en el hastío, despues de buscar inútilmente á Dios en la ciencia, habia huido al retiro solitario de un campo. Alli poco á poco, su alma, roida antes por los gusanos de todos los vicios, fué abriendo sus hojas á las áuras benditas descendidas del cielo.

Aquel hombre, encerrado en aquel retiro, solo con su conciencia y con la naturaleza, se habia despertado á la vida, habia conocido y adoraba á Dios. Inmediatamente que esta idea religiosa penetró en su conciencia, la caridad, el amor, la fé, penetraron en su corazon. Y así que la caridad le poseyó y el amor de sus semejantes inundó su alma, fué todo bien para los que le rodeaban; la providencia del pobre, la salud del enfermo, el consuelo del afligido. No acudia nadie en la comarca á verle, á visitarle, que no saliera con el corazon descansado y la inteligencia más clara. Así como con su cuidado habia hermosteado un desierto, habia convertido un terreno árido, seco, en hermosísimo jardin; con sus virtudes, con su exaltada caridad, habia convertido su alma en una fuente de aguas vivas, que manaba el bien y el consuelo. Desprendiéndose de los lazos de la tierra, levantándose de este bajo mundo, olvidado de sí, hecho todo amor, todo fé, todo esperan-

za, su alma vigorosa descomponia la luz del cielo. Su vida estaba repartida entre la oracion y el trabajo, entre Dios y el hombre. Se levantaba muy temprano, veia amanecer, adoraba á Dios, bendiciéndole por los primeros reflejos de la dulce alborada; llamaba á los campesinos con los acentos de la campana, y preparaba despues con sus propias manos el desayuno para los trabajadores. Despues trabajaba él tambien. Se encorvaba sobre la tierra y la regaba con el sudor de su rostro, y le repartia, como cada hombre, parte de su vida. Encerrábase más tarde en su aposento, y allí, oyendo á lo lejos los murmullos de la naturaleza, recibiendo la luz, al través de las verdes hojas de los árboles en verano y de las desnudas ramas en invierno, leia ó meditaba la ciencia. Despues comia, acompañado de su pequeña grey de trabajadores. Acabada la comida, oraba en señal de gracias, manteniendo perpétuamente su alma en comunicacion con Dios. Tomaba despues el camino de las chozas, de las casas del pobre, entraba allí, llevando en unas alforjas el fruto de sus campos, y repartia el pan entre los necesitados. Pero, como no solo de pan vive el hombre, sino tambien del espíritu divino, necesario á su existencia, de la verdad, de la idea,

de ese pan espiritual, más sabroso, reunía á los pequeñuelos, les hablaba de Dios, de la virtud; les hacía comprender las maravillas de la naturaleza, y leyéndoles algunos versos de los grandes poetas, algunos párrafos del Evangelio, abría sus tiernas almas á las grandes impresiones, como el rocío de la mañana abre los hermosos pétalos de las flores.

Cuando los niños le veían ir, salían corriendo á recibirlo, como los polluelos aletean en el nido cuando ven volar á su madre; y cuando se despedían, lloraban lágrimas, que eran el premio de sus afanes, y la ventura de su vida. Así no había en la comarca sér alguno que no le acatase, que no le bendijera. Él, despues que había pasado de esta suerte toda la tarde, cuando el sol se ocultaba, y venía la noche, iba á la ermita, volvía á tocar la campana para congregar á sus trabajadores y para saludar á la Virgen, y rezaba el Ave-Maria. En las noches de estío se paseaba solo por las orillas del mar; algunas veces se detenía en un peñasco, y entonces, inspirado por la naturaleza y por su propia alma, bendecía en hermosos versos á Dios, ó al hombre. En las noches de invierno se encerraba en su casa, en su ermita, y allí escribía. Sus libros no se perdían en el

seno de un estéril misticismo; amando sinceramente al hombre, creyendo que su verdadera atmósfera es la sociedad, deseando como toda alma generosa y recta el bien, y creyendo que el bien no puede encontrarse sino por la libertad, y que cada siglo vá resolviendo ó anunciando alguna de las grandes contradicciones sociales, se curaba de la reforma de la sociedad, de propagar, de extender entre las gentes la grande, la santa idea del derecho y del deber.

Al fin, ¿de qué sirve la vida, si la vida se esteriliza y se evapora? ¿De qué sirve la virtud, si se encierra dentro del duro egoismo? Nuestra vida, como la lluvia del cielo, refrigera la vida de nuestros semejantes. Nuestra virtud, como el rayo del sol, debe hacer brotar virtudes en el corazón de todos los hombres. Nuestro pensamiento no se ha de perder pasando rápidamente por nuestra conciencia; duradero ó fugaz, lo debemos á nuestros hermanos. ¡Maldito sea el que solo nace para sí! Es como la lluvia que absorben las arenas del desierto, como el negro aereolito que se desprende, muerto y frío, de la atmósfera; como el fugaz relámpago que cruza un instante el horizonte. La verdadera virtud es fecunda y expansiva. Desciende como el maná sobre todas las gen-

tes. No pasa al lado del pobre, sin socorrerlo, ó sin tomar cuando ménos por la compasion parte en sus aflicciones. Bendice todos los instantes que de hacer bien le depara la Providencia, y cuenta sus dias por las lágrimas que ha enjugado, por los pobres que ha socorrido, por las almas que hácia el bien ha alentado, por las conciencias oscurecidas que ha esclarecido; y así, más duradera que todo cuanto la rodea, sabe que ha de vivir más que la tierra y el sol, y las estrellas y el universo entero.

A interrogar á este hombre extraordinario se dirigió Angela. Su cabeza ardia; el corazon le saltaba del pecho. Conocia que necesitaba algun calmante á su acerbo dolor, ver alguna esperanza en su desolada vida. Cuando el sér que ama el alma, huye para siempre, parece que el alma cae en espesa noche. Y como si viera, y respirara, y sintiera para el amor tan solo, apenas acierta á desear nada que no sea la muerte. Parécele que el mundo está vacío; que los astros toman su luz en los ojos del sér amado; que los campos no tienen flores, que todo muere, que todo languidece como el corazon herido. Si el alma continuara de esta suerte por largo espacio de tiempo, iria, por último, la intensidad de su ardor consu-

miendo, devorando el cuerpo. Y la palidez de Angela, su vaga mirada, su respiracion fatigosísima, las punzadas que sentia en el corazon, el desden que le inspiraba todo lo que no fuese su pensamiento, la indiferencia con que oia los aplausos del público y miraba las coronas caidas á sus plantas, la fiebre que consumia sus sentidos, el eterno delirio de amor que se apoderaba de todo su sér, decian muy claramente que aquella organizacion tierna, delicada, iba á descomponerse, á aniquilarse bajo el inmenso peso de su grande é inmerecida desgracia. En aquella tarde, que iba en pos del solitario, sus plantas pisaban las orillas del mar. A cada paso que daba, se volvía con una ternura indefinible á mirar las ondas. Recordaba allá en el silencio de su pensamiento, cómo le sonreían cuando impulsaban la barca de Eduardo. Y le parecía imposible que aquellas ondas murmuraran aún; que no estuvieran apagadas como su corazon, inmóviles como su pensamiento; que sonrieran, iluminadas por el sol, como sonreían en las dichosas tardes ya pasadas de su felicidad. Se acercaba con temor á la ermita, y con respeto al ermitaño. Sin embargo, jóven, educada en el campo, amante como toda artista de lo maravilloso, volviendo siempre sobre los pasos

y las huellas de la pasada vida, y recordando los tiempos en que le confiaba todas sus dudas al único sacerdote que habia en su pueblo, deseaba descargar su conciencia y su corazon en un alma alejada del mundo; porque conocida ya en toda Italia, temia mucho que sus pesares fueran pasto de la general conversacion, y pasaran acaso despues á las columnas de algun periódico. Así, el sentirse débil para sobrellevar sola el peso de su dolor y de sus pensamientos, la obligó á recurrir á este retiro. Los sáuces, que á la puerta de la ermita se alzaban, le recordaban los sáuces plantados en torno de la fuente, donde aguardaba á su amado. Todo estaba en silencio. Solo se oia el rumor del viento en la enramada, y el canto de las aves. El sol se ocultaba en el mar. La tarde estaba hermosísima. Parecia que todos los seres, inundados por mares de luz, se movian y pronunciaban una religiosa plegaria. El alma de Angela oró, y la oracion calmó un poco su dolor. Pero no parecia nadie. Despues de algunos instantes, apareció á la puerta de la ermita un rubio y hermosísimo niño como de ocho años.

—Dime, niño, ¿y el ermitaño? preguntó Angela.

—No está.

- ¡Ay! ¿Y no volverá?
- Volverá pronto. Ha ido á donde va todas las tardes.
- ¿Y á dónde va?
- Dice que á buscar á Dios.
- ¿A buscar á Dios? ¡Oh, Dios mío! añadió Angela á media voz, yo tambien te necesito. ¿Y no sabes dónde va á buscar á Dios?
- Va á las casas de los pobrecitos. Como iba á mi casa...
- ¿No es tu casa esta?
- No
- ¿Pues dónde vives?
- No tengo casa.
- ¡Pobrecito!
- Se me ha muerto ayer mi madre.
- Y el niño, que llevaba un jilguerillo en la mano, y que estaba empolvadillo, como en señal de haber jugado mucho, comenzó á hacer pucheros, y concluyó por prorrumpir en amargo llanto.
- ¡Pobre niño! No te aflijas, no te aflijas, hijo mío.
- Y el señor ermitaño me ha traído aquí.
- ¿Y le quieres?
- Mucho. Y le querria más, si no me hiciera aprender la doctrina.

Angela se echó á reir involuntariamente al oir la ingenuidad del niño.

—¿Y te has quedado solito?

—Tengo un hermanillo.

—¿Mayor que tú?

—No; aun mama.

—¿Y tambien está aquí?

—Tambien. Le ha comprado nuestro señor una cabra.

Angela comprendió que aquel niño era el testigo más verídico de la virtud del solitario.

—Mirad, señora, dijo el niño, mirad, por allí baja.

Bajaba en efecto por una colina. Un hábito blanco le envolvía. Una barba tan blanca como su hábito le bajaba hasta la mitad del pecho. Apoyábase en un báculo; traía en sus brazos un niño, y llevaba tras sí una cabra, que iba saltando por todos los despeñaderos y montecillos. De sus hombros colgaban unas alforjas vacías. Sus ojos relumbraban en el fondo de la capucha, como esos fragmentos de cielo azul y sereno, que algunas veces aparecen limpidos y claros entre las nubes. Su frente arrugada dejaba ver de una manera indudable los profundos surcos de una grande y profundísima idea. Su continente era severo,

majestuoso, é indicaban su apostura y sus maneras, á pesar del disfraz, todas las trazas de un hombre de muy distinguida educacion.

—Ya viene, ya viene, decia el niño saltando y palmoteando alegre con sus tiernas manecitas...

—Peppinno, Peppinno... decia alegremente el ermitaño.

—¿Traes á mi hermanito?

—Sí, le traigo.

—¿Llora?

—No. Está dormido.

—¿Y mi madre? dijo el niño olvidado de que su madre habia muerto.

—Ya sabes que está en el cielo, y que alguna vez bajará.

—No, no bajará, decia el niño moviendo incrédulamente la cabeza y casi llorando.

—Toma, dijo el anciano. Y le arrojó en una pequeña pradera una hermosa naranja.

—¡Qué hermosa, qué hermosa! exclamó el niño, y echó á correr alegre y contento tras ella, dejando en libertad al jilguerillo, que comenzó á cantar al extender sus ligeras alas en el cielo.

—Mira, ha venido una señora, dijo el niño.

—¡Ah! Ya la veo.

—Se parece á la Virgen.

— ¡Picaruelo!

Y el ermitaño, despues de besar al niño, se dirigió á Angela.

— Dios os guarde, señorita.

— Venia á buscaros.

— Estoy á vuestras órdenes. Esperad un instante. Se ha muerto la madre de estos niños; se han quedado en el mundo pobres y desamparados; pero Dios, que no abandona al pajarillo, no abandona tampoco al pequeñuelo. Mirad.

Y como el niño llorase, gritó el anciano:

— ¡Flor! ¡Flor!

No bien hubo gritado, cuando se apareció brincando la cabra. Se habia entrado en un bosque, y traia entre su blanco pelo algunas hojas de rosa, y entrelazada entre sus cuernos una verde y brillante rama de hiedra. Aquel animal tan móvil, salton y ligero, que al pasar de un lado á otro, de un montecillo á otro montecillo, de un precipicio á otro precipicio, parecia que volaba, tal era su agilidad, así que le mostró el ermitaño el pobre niño, se quedó plantada, sin moverse, balando dulcemente, como si quisiera acariciarlo, y el niño, á su vez, cogió instintivamente las cargadas tetas del pobre animal, y poco á poco se quedó tranquilo y dormido con ese sueño dulce y her-

moso, que solo conocen la niñez y la inocencia.

Luego que se quedó tranquilo y dormido, dijo el ermitaño:

—Véte.

Y la cabra volvió á saltar y á retozar por el campo.

—Dispensadme, señorita. Voy á dejar en su cuna al niño.

—Sí, sí. No os incomodeis por mí.

—Señora, los pobrecitos no tienen madre.

—Pero la han vuelto á encontrar en vuestro amor.

—Peppinno.

—¿Qué? dijo el niño, que apenas podia contestar, pues se estaba comiendo á dos carrillos su naranja.

—Ven, ven conmigo.

—Y el ermitaño y los dos niños entraron en la ermita.

Despues de cortos instantes, salió el buen ermitaño, é inclinando profundamente la cabeza, le dijo:

—Señorita, ¿qué teneis que mandarme?

—Dispensad á una desgraciada que acuda á vos; el dolor tiene eco en vuestro corazon, y el

dolor os busca, y sobre todo, el dolor moral, que es el más triste de todos los dolores.

—Señorita: he consagrado mi vida al hombre. Convencido de que no debemos vivir para nosotros mismos, sino para nuestros hermanos, he abandonado cuanto pudiera halagarme, y he seguido esta senda que empecé con repugnancia y concluiré con amor, porque está sembrada de flores.

—Por eso, yo he venido á veros, señor, á veros. El mundo no quiere presenciar el dolor; le da asco. Quiere que se oculten los males del alma, como se ocultan las llagas del leproso.

—Y sin embargo, hija mia, el dolor es la fuente más pura de la ciencia, del arte, de todo lo que engrandece la humanidad. Todas las notas de esos cánticos divinos que han suspendido á los hombres, que repiten las generaciones, son lágrimas, suspiros, quejidos del corazón.

—Mi dolor es tan grande, que temo llegue algún día á secar mi vida.

—No lo temais. Acordaos de que el dolor suele ser el signo de la eleccion que Dios hace de un alma. Los espíritus superficiales ó pequeños, que han nacido para vivir apegados á la tierra, se contentan con el espectáculo que á sus ojos ofrece la

naturaleza, la sociedad, el hombre; pero las almas grandes, las que sueñan con ideas superiores á la realidad, las que anhelan por otro mundo mejor que este mundo, por otra humanidad más elevada, más hermosa, las almas que tienen sed y hambre de justicia, de verdad, padecen mucho en el mundo, y viven esta pasajera vida entre dolores, aguardando la santa hora de otra vida más en armonía con su pensamiento, vida que llene el abismo de sus purísimos deseos.

—Y sin embargo, no es ese mi dolor. Yo, padre mio, yo era feliz cuando un lazo me ataba al mundo, cuando... perdonadme, dijo Angela balbuciente y sonrojándose; cuando el amor de un hombre lucía en mi vida; y desde que ese amor me falta, ¡ay! señor, soy muy desgraciada.

—Os oponiais á mi pensamiento, y lo estais, sin embargo, confirmando. Erais feliz cuando un objeto pequeño llenaba todo vuestro corazon, y desde que ese objeto pequeño os falta, sois desdichada, y á pesar de eso no os conozco y lo digo, sois más grande, sois más virtuosa.

—Señor, señor. Es verdad: pienso más en Dios, pienso más en mis hermanos.

—¿No os lo decia yo? ¿Creeis vos que solo se puede amar á un sér? No. El que limita su vida

á sí mismo, el que se contenta solo con la felicidad propia, el que no sale de su concha como el pólipo, como los seres inferiores de la creacion, ese no vive; pasa sus dias pegado á la materia, es inútil en la vida, y muere sin dejar en el mundo ni una huella de su alma.

—Pues hé ahí, señor, el deseo que ha sobrecogido mi alma. Sola, aislada, me ahogo en esta vida triste. Pasa un dia, pasa otro dia, y me pregunto: ¿de qué sirvo en el mundo? ¿Qué sér me necesita? La vida inútil se corta. Yo respiro con aire que pertenece á otro sér; yo ocupo un lugar en el espacio, qué otro sér debe ocupar.

—¡Desgraciada! Esas ideas son hijas de la enfermedad de vuestra alma. El grano de arena perdido en el desierto sirve á toda la creacion, ¿y no ha de servir el hombre libre que quiere emplear su vida en provecho de sus semejantes, no ha de servir á toda la humanidad? Esas ideas son delirios que pasan, como la tempestad pasa rápida por la atmósfera. Algun dia, sola con vuestra conciencia, os avergonzareis de haber tenido esas ideas.

—¡Vivir sin amar! exclamó con acento desgarrador Angela, cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Vivir sin amar! ¿Y quién os ha dicho que vais á vivir sin amar? Pues qué, ¿no hay ya humanidad? ¿No hay ya mundo? El alma exaltada finge un sér, y ama á ese sér; y cuando le falta, cree que todo falta, y se engaña.

—¡Amar otra vez! ¡Oh! No, padre mio, no.

—Seguramente no me habeis comprendido. He querido decir: áun hay desgraciados á quien consolar, enfermos que curar, séres que proteger, almas desgraciadas que salvar, inteligencias oscurecidas que esclarecer; áun puede vivir en vuestro corazon un amor más grande, más intenso, más divino que el amor que habeis perdido.

Angela movió la cabeza como con incredulidad y con dolor.

—Mirad este espectáculo maravilloso que os rodea. Esa onda que palpita y se estrella mansamente, con su ruido alaba al Creador. Esa estrella, que aparece entre los arreboles del cielo, alaba á Dios. Esa flor que abre sus pétalos al húmedo beso de la noche, aguardando una gota de rocío, tiene en sus hojas, en su tallo, algo de amor á Dios. Ese ruisenor, que á la luz de la luna, cuando reina el misterioso silencio en la creacion lo interrumpe con arpados cánticos de amor, que suben como una oracion á los aires, alaba sin

conciencia á Dios, como el sol cuando se levanta por el Oriente; como la mariposa, cuando rompe su larva; como toda la creacion, que entona siempre en sus ecos, en sus rumores, un cántico ál Eterno.

—Sí, sí, decia Angela entusiasmada con aquella mística elocuencia.

—Y el alma del hombre, Angela, el alma del hombre más intensa que el universo, más luminosa que el sol, más llena de ideas, de pensamientos, que la naturaleza de seres; el alma del hombre, más duradera que todos esos mundos, los cuales morirán, se apagarán como las luciérnagas, mientras nuestra alma vivirá siempre eternamente. ¡Ah! el alma del hombre, creacion en que Dios estrenó su poder, ¿no unirá su voz al concierto de tantas alabanzas?

—Sí, sí, decia Angela transfigurada; Angela que no se atrevia á respirar por no perder una de las palabras del ermitaño.

—Y entonces, ¿cómo decis que os falta amor? ¡Amor! ¡Cuántas veces el sentido lo profana! ¡Cuántas veces el beso impuro de los impuros labios lo mancha! Pero ese amor divino, que se convierte en una fuente de bien para los hombres, es la única verdad de su vida. Todos los demás amores son fantasmas, sombras, nada.

—Teneis razon, padre mio, yo he faltado á Dios, yo me he faltado á mí misma. El hombre que yo amé con amor puro, intensísimo, no merecia, no, ese amor. Y mi grave falta, la falta de que yo no me puedo, no, absolver, es haberle amado; ¿qué digo haberle amado? amarle aún con toda mi alma. Algunas veces, atenaceado el corazon por el dolor y la conciencia por el remordimiento, me he dicho á mí misma: Angela, si te amara, ¿le amarias así? Y he creido que este amor tan grande, tan profundo, era un castigo tal vez de mi orgullo, sí, de mi orgullo; porque yo, allá, cuando tenia ménos edad, en mis ensueños, en mis delirios, me habia imaginado tan perfecta y superior á los hombres, que creia que estaba destinada acaso á amar á un ángel. ¡Horrible orgullo, que Dios ha herido, despenándome en un infierno!

—No lloreis tanto, hija mia. Conviene tener la fuente del bien. Importa poco que hayais despreciado grandes tesoros. El arroyo que nace en una peña, corre largo espacio entre piedras, purifica su linfa, y cuando llega al llano es más cristalino y más puro, y templá la sed del hombre y de las aves del cielo. El amor que vuestro corazon posee ha podido ser hasta aquí estéril,

desgraciado; pero desde hoy, convirtiéndolo en bien de vuestros semejantes, derramándolo como un bautismo sobre la frente de los que lloran y padecen, podeis prometeros que será eterno manantial de puros goces para vuestra alma, que sin duda Dios destina á que alumbre su gloria allá en el cielo.

—Vuestra voz me anima para el combate. Me parece que cobro aliento, que puedo ya batallar contra el mal, que voy á desvanecer todos estos velos que encubren mi destino, y voy á ser feliz.

—Siempre al fin de la vida el alma grande alaba á Dios, porque Dios ha comprendido mejor que ella misma su destino. Suele la Providencia abrir grandes heridas á esas almas, privarlas de goces, sin los cuales no se concibe la vida; aislarlas en la soledad, sin amor, sin esperanza; y entonces esas liras divinas producen sus más admirables sonidos, sus más hermosos cantares. No os dejéis llevar en la corriente que arrastra á los demás hombres. La onda del rio, que llega hasta el mar, confunde sus dulces caudales con las amargas aguas del Océano; al paso que la gota que se prende á los juncos y á las espadañas de la orilla, y que parece perdida, se evapora en el cielo.

—Habladme más, padre mio, habladme. No podeis imaginar el bien que derraman vuestras palabras en mi alma, el aliento que dan al corazon.

—No os conozco, y en vuestros ojos he visto pasar vuestra alma. No os conozco, y en vuestra palabra he oido latir el corazon. Os sobra alma; os sobra vida. Y cuando sobra alma, no debe guardarse en el cerebro, donde rebota y estalla; y cuando sobra vida, no debe encerrarse en el corazon, donde rebosa y se pierde; esa alma, esa vida pertenece al mundo, pertenece al que está falto de ella; que Dios por la comunicacion de las almas grandes con las pequeñas, ha establecido el equilibrio de su justicia.

Angela, en un raptó de entusiasmo, exclamó:

—Yo lucharé; yo me venceré. Esta idea que turba mi cerebro, huirá; este dolor, que esteriliza mi corazon, me alentará á la lucha; será el aguijon de mi conciencia y de mi vida. Yo pensaré que hay muchos seres que me necesitan. Yo creeré que cada dia de mi vida es necesario para algo, para alguien. Este amor es el egoismo del sentido; yo necesito el amor del alma, el amor ideal, que encienda mi alma como una llama

pura, donde se pierdan todas las debilidades, donde huyan y desaparezcan todas mis manchas. ¡Oh Dios mio, piedad, Dios mio, piedad!

—Si, levantad á Dios el alma, que Dios no desoye jamás á su criatura. Al ave le dá alas para que corte los aires; al pez le dá escamas para que viva en las aguas: y ¿no le ha de dar tambien al espíritu, al corazon, lo necesario á su vida?

—Yo necesito paz.

—La tendreis. Cuando vuestro pensamiento se haya levantado de la esfera en que hoy se agita á otra más luminosa, vereis cómo cesa esa gran batalla en que os hallais empeñada; la vida, lejos de ser una lucha, será una divina armonia.

—Yo crei que el arte podria calmar mi angustia.

—¿Sois artista? preguntó el ermitaño.

—Lo soy.

—Lo habia adivinado.

—No sé si hasta aqui habrán llegado los ecos de mi nombre.

—¡Angela! os habeis llamado antes...

—Sí.

—Ya os conozco.

—¿Me conoceis?

—Ya hasta aquí ha venido el eco de vuestra voz.

—¡Hasta aquí!

—O mejor dicho: os he oído, sí, os he oído con arrobo.

—¡Padre! dijo Angela ruborizada.

—Recordad una tarde que cantásteis en una iglesia.

—Es cierto.

—Yo estaba allí.

—Es verdad.

—Yo os vi.

—Por cierto, padre, que allí tuve noticias de vos.

—Dejemos eso, que importa poco.

—¡Ah!

—Yo os oí, y dije: Ese es un ángel destinado para el cielo.

—¡Si os oyera Dios!

—No se dá nunca ese poder inútilmente en la tierra. Cuando Dios elige á uno de esos seres, y le dá esa voz divina, esa inspiracion, es sin duda para que derrame mucho bien, mucho, en las almas.

—Me alentais, me alentais mucho.

—¿No habeis meditado lo que es el arte?

—No.

—Pues medítadlo bien.

—Hábladme del arte, padre mio.

—Tú, hija mia, posees en tu corazón un tesoro inmenso de bienes. Dios, comprendiendo cuán larga y escabrosa es la vida del hombre, ha hecho levantar en el espacio algunos seres que hermoseen su camino, que le alienten, para que no caiga en el abatimiento y en la desesperación. La llama que Dios quiere conservar en el fondo de nuestra vida, la pura llama, que todo lo purifica es la esperanza, sin la cual nos sería imposible atravesar este desierto. ¿Cómo habíamos de sufrir esta sed de amor, este anhelo inmenso, infinito, de verdad, de bien, que un día y otro día nos aqueja, nos posee, si allá al fin de nuestra peligrosa senda no alcanzáramos á ver la fuente de agua viva?

—Nunca he perdido la esperanza en Dios.

—Pues bien, hija mia, ese es el destino del arte. Para que el hombre no desfallezca, para que no se cierre su corazón á todo gran sentimiento, Dios ha puesto en el fondo de todos los hechos, en el seno de la sociedad, una armonía divina que se llama arte. Esta armonía es un reclamo del cielo; es como el áura bendecida de la

pátria, que el navegante respira y recoge antes de volver á su ribera; es como ese albor de luz que centellea en los astros, y que nos hace entrever todos los resplandores de la mansion divina.

—Así lo he comprendido yo siempre.

—Pues bien; mira, hija mia, el artista, que debe ejercer en el mundo un gran sacerdocio; que debe abrir á la esperanza las almas cerradas á todo sentimiento; que debe alentar al bien los corazones indecisos; el artista debe ser puro, debe ser inmaculado, debe ser virtuoso. Yo he conocido muchos artistas aquí en esta tierra del arte; he conocido á muchos. Dios les habia dado alas para que volaran por el horizonte, y ellos se empeñaban en pegar esas alas por el lodo; Dios les habia hecho para estrellas de su cielo, y ellos querian ser piedras del abismo; y Dios los castigó; y aquella fuente, que solo brota pura cuando la mágica vara de la virtud la hiere, esa fuente se agotó en sus corazones, y dejó de regar sus ideas y su vida.

—Es cierto, es cierto. Yo por eso, porque hay mil asechanzas, he pensado en dejar mi vida de artista.

—No hagais tal, hija mia, no hagais tal. Puede parecer á veces que esa vida está rodeada de

abismos. Pero nada hay tan bello como salvar los peligros. Además, no cerreis vuestros labios, no apagueis vuestra voz. Dios os ha dado una voz para el hombre. ¿Os parecería bien que el ruiseñor se meciera tranquilo en la rama del árbol, mirara impasible su nido, y no regalara el viento con las dulces armonías de sus cánticos?

—No.

—Pues lo mismo que Dios ha dado el canto al ruiseñor para hermostear la naturaleza, os ha dado la voz para hermostear el espíritu. No os creais, pues, desgraciada. ¡Desgraciada una jóven que posee ese tesoro de consuelos! ¡Oh! no lo creo, porque no puedo creerlo. Cuando el mal os persiga sañudo, cuando la duda se deslice en vuestra conciencia, cuando sintais que se suspenden los latidos de vuestro corazon, volved á Dios los ojos, pedidle que os consienta realizar el bien, el amor verdadero, la virtud en la tierra, y salid á la calle en pos de alguna desgracia, consoladla, y os quedareis tan serena y tranquila como si ningun dolor os atenaceare el alma.

—Lo haré, padre mio.

En esto la campana de la ermita llamó al anciano. Angela se despidió de él con tristeza, pero con el corazon más aliviado. El ermitaño la ben-

dijo con toda la efusion de su alma, y entró en la ermita. Angela se acercó á la rejilla en que lucia la pequeña lámpara, y de rodillas rezó un Ave Maria. La luna comenzó á levantarse en el horizonte; su hermoso disco inundó de luz la campiña, y reflejándose en las claras y celestes aguas del Mediterráneo, les daba un color tan suave y tan hermoso que no parecia sino que el cielo mismo se habia reclinado en el seno de la tierra.

XXI.

Eran las altas horas de la noche. Todas las ventanas de Nápoles estaban cerradas. Nápoles dormía. Por aquellas calles no pasaba un alma viviente. Solo de vez en cuando se oía rodar algún coche de algún gran señor que volvía de sus bailes, de sus fiestas, de sus tertulias. El único bullo que pasaba por las calles, era el celoso y receloso centinela del poder del rey; el agente de la policía napolitana, que cuidaba del sueño de la ciudad. En el palacio de Margarita, sin embargo, había una ventana abierta. Detrás de la ventana, dos seres atisbaban la calle, como esperando á alguien con gran anhelo y cuidado. Eran Eduardo y Margarita.

—¿No viene? preguntaba con anhelo Margarita.

—No viene, decía con indiferencia Eduardo.

—¡Qué anhelar!

—Tú lo has querido.

—Y no me arrepiento.

—Lo creo sin que lo jures.

—¡Cuánto tarda!

—Lo habrán cogido en alguna entrucijada.

—Tienes razon. Mala noche hemos escogido.

—La noche que tú designaste.

—¡Ay Eduardo, no puedo sufrirte!

—Lo creo tambien.

—No puedo sufrirte.

—Tú me has querido.

—¡Oh, qué hombre!

Eduardo se encogió de hombros.

—A nada te opones.

—Pues casualmente ese debia ser el ideal de tu felicidad.

—Nada de eso.

—Pues no te entiendo.

—Yo necesito de oposicion, de lucha.

—Aun te parecen pocas las luchas que te rodean?

—Necesito más, necesito que te opongas á lo que yo deseo.

—Pues no lo verás.

—¡Dios mio, qué hombre!

—El mejor, el más á propósito de los nacidos.

—Eduardo, me indignas.

—Yo tambien me indigno.

—No te conozco.

—Yo no me conozco tampoco.

—No debes ser así.

—¿Qué quieres?

—Despierta esa alma.

—Cuando se empiezan á bajar los escalones de la degradacion, lo que cuesta es bajar los primeros, despues se arroja ya uno de cabeza al fondo del abismo.

—¡Eduardo!

—¡Margarita!

—Me horrorizas.

—Tarde te horrorizas.

—Es verdad. ¿Pero no sientes nada?

—No, no siento nada.

—Imbécil.

—Sí; el que no tiene corazon es un imbécil.

—Mira; no viene.

—¿Qué quieres que yo le remedie?

—Le habrán preso.

—Será lo más probable.

—Estamos perdidos.

—Me alegraré.

—No digas eso.

—Me alegraré.

—¿Por qué, Eduardo?

—Porque así se interrumpirá la monotonía de esta vida.

—En verdad te digo, Eduardo, que también á mí me va cansando. ¡Qué soledad!

—¡Pero qué merecida soledad!

—¡Oh! No digas eso.

—Es lo que siento.

—¡Todos nos han abandonado!

—Todos.

—Me cansa tu salmodia.

—¿Qué quieres que diga?

—¿Te he de decir yo hasta lo que has de decir?

—Hija, tengo una pereza... hasta de hablar... me voy olvidando. ¡Qué vida!

—¡Qué vida! Tienes razón.

—Pero no echemos de ello á nadie la culpa.

—¡Oh! Alguien la tiene.

—Nosotros.

—Y otro.

—Nadie, nadie, nosotros.

—¡Cuánto tarda! decía Margarita volviendo al tema favorito de su manía.

—¡Te has empeñado; no hay más remedio que hacer tu voluntad!

—¿Querías tú que yo me quedara sin venganza?

Eduardo volvió á encogerse de hombros con señalada indiferencia.

—Yo no puedo vivir sin vengarme. Cada hora, cada instante que pasa y veo á mi gran enemigo sonreirse, vivir, ¡oh! es un puñal que me atraviesa el pecho.

—Muy alto está el objeto de tu venganza.

—No importa. Escalaré el cielo; pondré un monte sobre otro monte.

—Para que te suceda lo que á los gigantes de la fábula.

—¿Y tú eres hombre, y tienes corazon en el pecho?...

Eduardo lanzó una carcajada agudísima.

—¡Oh! Cuando te ves despreciado y abandonado de toda la sociedad de Nápoles, herida tu reputacion, amenazados tus dias, espiada tu conducta, próxima á desaparecer tal vez en la confiscacion tu hacienda, expuesto á ir de puerta en puerta por extrañas tierras á pedir una limosna, cuando acaso cualquier dia te cruce la cara el látigo de uno de esos hombres que nos celan, ¿te atreves á reir?

—¿Y qué quieres que haga?

—Que me imites.

—¿En qué? Parece imposible que digas eso, cuando soy tu autómeta. ¿En qué he de imitarte?

—En este odio que arde en mi corazón; en estas desencadenadas pasiones, que llevan mi alma de un punto á otro como las ráfagas de una tempestad; en esta sed de venganza.

—¿Qué quieres? Yo no puedo tener tu alma.

—Y al ménos la pátria; la pátria...

—Calla, Margarita, calla. Todo me es indiferente.

—¡Indiferente la pátria, gran Dios!

—¿Te maravillas?

—¿Pues no he de maravillarme de ese duro corazón?

—Desconoces tu obra.

—¡Mi obra!

—Sí; porque el corazón no se seca solo en una parte; no se corrompe solo por un lado; se seca ó se corrompe todo entero.

Margarita dejó escapar de su pecho un hondo suspiro.

—Tú me has dicho un día y otro día, una hora y otra hora, un minuto y otro minuto, que todas esas pasiones poéticas eran pura mentira.

—Es verdad.

—Yo lo he creído; yo, alma flexible y débil, que como la cera me presto á todas las formas. Yo lo he creído.

—¿Y qué?

—Y he tomado por pura ficcion la justicia, la verdad, todas las grandes pasiones, todas las grandes ideas.

—Calla, calla.

—Y cuando quiero á este corazon seco, pedirle amor para la pátria, amor para la libertad, amor para algo grande y sublime, este corazon se rie de mí, y solo me da por respuesta el torcedor de mi remordimiento.

—¡Eduardo!

—Vosotras las mujeres amais ó aborreceis siempre. Por grande que sea vuestra degradacion, en el fondo de la vida, en sus heces, hay siempre algunas pasiones.

—Es verdad.

—Pero nosotros, miserables, nosotros que no poseemos tanto corazon; nosotros, pobres de espíritu, cuando nos degradamos, lo primero que perdemos es el sentimiento.

—¿Y se puede vivir sin sentimiento?

—Se puede vivir vida horrible, fria, como la vida de la piedra.

—Yo podría vivir sin amar, pero no puedo vivir sin aborrecer, dijo Margarita entusiasmada.

—Eres feliz; aborreces y sientes.

—¡Oh! Si pudiera vengarme...

Y rechinaba los dientes de rabia.

—Mira. Aun me queda, allá en lo más recóndito, en lo más oscuro, en lo más hondo de mí, aun me queda algo, sí, algo de conciencia; y cuando á veces el remordimiento me oprime, bendigo el remordimiento.

—¿Por qué?

—Porque al fin padezco.

—¿Deseas padecer?

—Sí, lo deseo, lo deseo.

—Pues si deseas padecer, sigueme.

—Te sigo.

—Pero sigueme, no con esa indiferencia glacial, que es la muerte, sino con fè, con ardor.

—¡Ah, con ardor! Tanto valdria pedir agua á las piedras.

—Yo necesito que aborrezcas como yo aborrezco.

—Estoy como Satanás imposibilitado de amar.

—Pero no de aborrecer.

—Y como el cuerpo frio y muerto, imposibilitado tambien de aborrecer.

—¡Qué hombre, qué hombre!

—¿Qué quieres, Margarita? En la edad en que la vida brota flores, he secado la vida. En la edad en que todos los sentimientos manan del corazon, he secado el corazon. Ahora, aunque quisiera amar, no podria, porque no reverdece, no, el sentimiento marchito. Necesitaria que cayera sobre mí un diluvio de lágrimas, para que se borrara este cáncer que ya se ha comido toda mi vida.

—Mas al ménos tendrás fuerza, nervio bastante para arrostrar los peligros.

—Creo tenerlo. Te sigo como sigue un satélite á su planeta. Te sigo sin conciencia.

—Tú sabes lo que intento?

—Lo sé.

—Tengo sangre corza en mis venas.

—No lo ocultas.

—Soy muy vengativa.

—Yo no soy vengativo.

—Ver á mi enemigo, herido por mis propias manos, caer á mis plantas, revolcándose en el dolor y en la sangre, exhalando quejidos de rabia, exánime, mirándome al espirar con su mirada torba y fria; ver al enemigo, tendido á mis piés, respirar el vapor de sangre que sube hasta mis nari-

ces y calienta mis sienes, y patear sus entrañas, ¡oh! es un gozo supremo.

—Calla. Me haces temblar.

—¡Oh! Y este gozo supremo se retardará... No viene.

—Mira, te pareces á la leona.

—Respiro odio y venganza.

—Estás hermosa, así tan torba y tan airada.

—Es porque se trasparente en mis ojos el alma.

—¡Alma perdida!

—No, alma de fuego.

—Pero de ese fuego que consume y esteriliza la vida.

—Y tú alma de hielo.

—Pero este hielo, por petrificado que parezca, puede al rayo del sol derretirse y fecundar algún campo; mientras tu fuego...

—Mi fuego puede abrasar á muchos malvados; puede acrisolar también un alma.

—Tarde es.

—Más se puede esperar de mi ardor que de tu indiferencia.

—No trato yo de lo contrario. Me he convencido de que para mí no hay salvación posible.

—Mira, dejemos esto; siempre reconviniéndonos.

—Nos hemos unido, Margarita, y el alma de los dos es una negra sombra, un cruel remordimiento.

—Nunca me punza á mí el corazon ni la conciencia.

—Serás de piedra.

—Ahora lo único que me preocupa es la tardanza de ese hombre.

—Calla; se desliza una sombra.

—¿Estará Pedro aguardando?

—Una sombra que entra sigilosamente en casa.

—¡Es él!

—Sí, es él.

—Respiro.

En esto se abrió la puerta de la sala, y entró un hombre vestido de marinero.

—¿Sois vos, Rafael? dijo Eduardo.

—Yo soy.

—¡Cuánto habeis tardado! exclamó Margarita.

—¿La sesion ha sido larga? preguntó Eduardo.

—Muy larga.

—¿Y qué?

—Estais admitidos.

—¡La venganza! ¡La venganza! exclamó Margarita levantando los brazos al cielo.

Rafael, volviéndose á Eduardo, le dijo:

—El ángel caído fué diablo. La mujer que cae es mucho más perversa que el hombre.

—Calla, dijo Eduardo temblando como si tuviera frío.

—¿Seré admitida? preguntó la jóven Margarita.

—Sereis admitida.

—¿Cómo habeis vencido la dificultad?

—He dicho que sois hombre.

Margarita lanzó una carcajada.

—Te vestiremos de hombre, dijo Eduardo.

—¿Los dos en una noche? preguntó Eduardo.

—Sí y nó.

—¿Pues cómo?

—Uno entrará ántes y otro más tarde.

—Bien, dijo Margarita.

—Pero por Dios... Margarita, dijo Rafael.

—No tengais cuidado.

—Vá en ello la vida.

—Lo sabemos.

—¿Y tiene grandes ramificaciones? preguntó.

—Las tiene muy grandes.

—Yo, con tal de vengarme, llevo al acerbo comun todo mi oro, dijo Margarita.

—Bien, muy bien.

—¿Gente grande?

—Toda.

—Despreciados por el rey?

—Despreciados.

—¡Oh!

—Me voy.

—Sal por la puerta falsa.

—No tengo inconveniente en salir por la puerta falsa.

—Con mucho sigilo, dijo Eduardo.

—¡Oh! Si nos cogieran... exclamó Margarita.

—Seríamos perdidos, añadió Eduardo.

—No lo sentiría por mí, dijo Margarita.

—Quizá lo sentiría por ti, exclamó Rafael mirando socarronamente á Eduardo.

—No, lo sentiría por mi venganza.

—Tienes una verdadera manía, dijo Eduardo.

—Sólo Dios sabe el odio que guardo en el pecho.

—Guíame, Eduardo.

—Te guiaré, Rafael.

—Adios, dijo el jóven saludando con indiferencia á Margarita.

—Me voy á vengar. Caerán mis enemigos abrasados por mi odio, por mi ira. ¡Infames! Creyeron que podían arrancarme el poder y la fuerza. Aún me queda vida. Mientras yo respire, seré su

torcedor, su tormento, su martirio. Si, yo gozo, si, yo vivo en esta atmósfera venenosa. Me parece que late más mi corazón, que corre con más libertad mi sangre por las venas desde que soy despreciada y perseguida. He nacido para luchar: lucharé y venceré; lucharé, y mis enemigos caerán á mis plantas. ¡Infames!

En esto volvía Eduardo de acompañar á Rafael.

—A prepararlo todo, Eduardo.

—Espera, mujer, espera.

—No puedo.

—¿Te falta tiempo?

—Sí; tardo en vengarme.

—Si fuese para hacer bien.

—¡Bien! Tiene mi alma demasiada ponzoña para pretender hacer bien.

—Margarita, Margarita.

—¿Qué?

—Estás al borde del abismo.

—Lo sé.

—Estás al borde del abismo.

—¿Y qué?

—Sálvate; aún es hora.

—Tienes miedo, dijo Margarita á Eduardo con desprecio.

—Tengo miedo por ti.

— ¡Mentira!

— Margarita.

— Déjame.

— Nos perderemos.

— ¿Y por qué no hemos de triunfar?

— Siempre estamos perdidos.

— ¿Por qué?

— Porque si triunfas haces un mal á otro; y si pierdes, te haces un gran mal á ti misma.

— Bien.

— Y de todos modos vas al mal.

— ¡Qué sermonear! Tienes miedo.

— Ya no te digo una palabra.

— Iré yo sola.

— Nunca. Soy tu esposo.

— Me abandonas.

— Nos perderemos juntos.

Eduardo tomó una luz, se fué y se dejó á Margarita. Despues que Eduardo abandonó á Margarita, se encaminó á su gabinete, entró en su cuarto y se puso á reflexionar sobre su triste suerte. Cuando más sumergido en sus reflexiones se encontraba, oyó que llamaban á su puerta.

— ¿Quién es? preguntó.

— Soy yo, le contestó una voz muy parecida á la de Rafael.

Eduardo abrió instantaneamente la puerta. Rafael entró azoradísimo.

—¿Qué te sucede?

—Me he escapado de manos de unos esbirros.

—¡Dios mío! ¿Y te habrán visto entrar?

—No, no me han visto.

—Descansa, descansa.

—No he dormido en dos noches.

—Ya lo alcanzo.

—¡Qué vida esta!

—Muy triste.

—Y dime, Eduardo, ¿te has decidido por fin?

—Me he decidido.

—¿Vas á entrar en esa sociedad secreta?

—No tiene remedio.

—¿Tú sabes los peligros que cercan esas sociedades?

—Los sé y los acepto.

—Y todo, ¿por qué?

—Porque se ha empeñado en ello Margarita.

—¡Oh mujeres, mujeres!

—No creas que yo entro con gran entusiasmo. Si al fin se tratara de la libertad de la patria... Ya sabes que he arrostrado muchos peligros allá, cuando yo no era autómeta, por esa causa.

—No hay un alma que ame aquí verdaderamente la libertad.

—¿Qué quieres, Rafael? La esclavitud envilece y degrada, y solo puede dar de sí, en último fin, el embrutecimiento.

—Estas sociedades secretas, son de la peor índole posible. Se reúne la camarilla vencida para destronar á la camarilla vencedora.

—Justamente los que han sido despreciados por el rey; los que han salido mal en sus intentos; los que no han alcanzado los destinos que anhelaban; los que han querido, como mi Margarita, un poder omnímodo; todos esos se reúnen tranquilamente en una sociedad para perseguir á sus contrarios. ¡Qué alteza de sentimientos!

—¿Y qué quieres, Eduardo? Eso trae consigo el despreciar las leyes fundamentales de nuestra naturaleza; los principios eternos de la razón y de la ciencia. En estas sociedades, donde manda un hombre á su sabor, no se quiere la libertad, y se tiene la guerra sorda. No quieren que las ideas luchen noblemente á la clara luz del día, y luchan las pasiones de una manera cruel en las tinieblas. No se consiente la asociación pública, que reúne las inteligencias dispersas, y disciplina las voluntades, y se tienen las sociedades secretas.

No quieren que el espíritu se desahogue, y el espíritu, encerrándose en el seno de la sociedad, hierve y estalla en grandes terremotos, como estalla ese volcan en ardiente lava y en terribles sacudimientos.

—Es verdad; embrutece al pueblo, y despues le piden virtudes; le hacen confundir la autoridad con la violencia, y luego no quieren que él confunda la libertad con la revolucion; le encierran en una jaula, é intentan detenerle la primera vez que vá á tomar carrera. Le niegan todos los manantiales donde pudiera templar su sed de justicia, y luego extrañan que no sea justo.

—¡Oh, Eduardo! ¡Cuánto absurdo vemos en el mundo!

—Pero el absurdo mayor, Rafael, es mi vida. Yo amaba á una mujer pura y divina, y me he casado con una mujer á quien nunca amé. Yo fui un dia amante de la libertad, y hoy debo ser cortesano, y cortesano despreciado y caido. Yo deseo siempre combatir á la luz del dia, y voy á entrar, por sed de venganza, en una sociedad secreta, donde se trata de echar abajo, no un sistema, no un gobierno, sino una pandilla cortesana. Yo soy el más desgraciado, si, de los hombres.

—Y en verdad, no se eligen las posiciones, se aceptan.

—No lo creas. En el camino del mal todo es empezar. Yo creo que el hombre es libre. Pero creo tambien que cuando baja por una pendiente por su propio impulso, se despeña en el mal. La lógica de los hechos es rigurosa, como la lógica de las ideas. Cada premisa que sentamos, encierra una larga cadena, larguísima, de consecuencias fatales é inevitables. Yo no he aceptado el mal; yo lo he elegido. Por eso creo que merezco un gran castigo.

—Pero tú puedes desandar lo andado.

—Ya no puedo. Ya no tengo más remedio que aceptar mi papel, y representarlo bien. Esto de la degradacion tiene algo de la pereza. Cuesta mucho trabajo sacudirla. Sigue uno en su camino, por falta de actividad, por sobra de indolencia. No hay remedio.

—¡Oh! ¡Qué infelicidad, qué infelicidad! Y Rafael, que se había sentado en un sillón, se quedó dormido, mientras que Eduardo reflexionaba en sus males.

XXII.

Era una noche oscurísima, lóbrega. El cielo estaba cargado de tempestades. Rozaban las nubes con sus orlas oscuras y sombrías la tierra. El relámpago rasgaba las nubes y hacia ver un cielo triste y oscuro como un abismo. El mar, azotado por la tempestad, rugía y encrespaba sus olas como si quisiera desbordarse audaz, y espumoso, y soberbio sobre los campos. El viento, al estrellarse en los árboles, producía un sonido fúnebre, semejante á las quejas de un corazón desgarrado por el dolor. Levantaba con tanto ímpetu y con tan fuerte empuje las piedras y las arenas, que herían los rostros de los infelices que en aquellos instantes cruzaban por los campos y las calles. Hervía el volcan, y su lava, como nube encendida y ardiente, se dibujaba en los horizontes, dándoles colores sangrientos y rojizos. De vez en

cuando el viento repetia los ecos de voces humanas, voces doloridas, pero fuertes; angustiadas, pero firmes. Eran los gritos de los marineros que hacian esfuerzos sobrehumanos para conjurar la espantosa tormenta. De vez en cuando, se veia cruzar por el horizonte, seguido de un tremendo choque y de redoblados estallidos, una culebra de fuego, un rayo, que traspasaba algun árbol, ó encendia alguna pobre cabaña. Las campanas de las iglesias acompañaban con su estruendo el estruendo atronador de la tempestad. Las aves nocturnas, lanzando agudos quejidos, heridas en sus pupilas por el reflejo del relámpago, iban á bandadas á buscar sus madrigueras, á librarse del azote de la tempestad. Todo era espanto. El bramar del viento, el estruendoso y retumbante trueno, el ronco rugir de las encrespadas ondas, el hervidero del volcan, semejante á ahullido ronco de gigante fiera; las ramas de los árboles tronchándose; las voces angustiadas de los marineros que herian las nubes; el lúgubre sonar de las campanas; las estridentes quejas de las nocturnas aves; todo este horrible temblar y retemblar de la naturaleza, derramaba horror en la inteligencia y miedo en el corazon. ¡Oh naturaleza! Aun no ha averiguado el hombre, ni acaso averiguará

nunca, las relaciones misteriosas que con el alma te unen; pero lo cierto es, que tu dolor es nuestro dolor; que tu alegría es nuestra alegría; que no podemos oír tus alterados vientos y el bramar en tus mares, sin sentir también la horrible tempestad desencadenarse en el alma. Y en medio de aquel gigante estruendo de la naturaleza, entre las ráfagas del huracán, en lo más solitario de la playa, se encontraban dos seres perdidos. Eran dos mancebos por su traje. Andaban, y el viento los detenía; se detenían, y el viento les arrastraba. Sordos gemidos salían de sus enronquecidas gargantas. Las piedras azotaban sus rostros, las arenas cegaban sus ojos, y uno de ellos callaba, y el otro, con voz desmayada, voz femenil, se quejaba en son doliente y tristísimo. Cuando algún relámpago corría de extremo á extremo del horizonte, aquellos dos seres se abrazaban y se confundían como esperando que juntos los abrasase el amenazante rayo. Alguna vez, cansado, especialmente el más bajo, de luchar y reluchar contra las ráfagas asoladoras y tempestuosas, se detenía, y se arrojaba contra el suelo. Otras veces se paraba, un gran lamento salía de su pecho, cruzaba las manos, ponía las rodillas en tierra, los ojos en el cielo, temblaba como la caña; é in-

vocando el nombre de Dios, entrecortado por hondos y amarguísimos suspiros, mostraba á la luz del relámpago el rostro bañado en lágrimas. El compañero, con indiferencia, con frialdad, levantaba al pobre cuitado, que así temia los furores de la tempestad, que así temblaba al ronco sonar del trueno; lo sostenia en sus brazos, le ceñia el cuello cuando el infeliz le abrazaba, y le sostenia con amistoso cuidado.

Creemos que nuestros lectores habrán adivinado quiénes eran aquellos dos jóvenes perdidos en tan deshecha borrasca. Eran Eduardo y Margarita, aquellas dos almas, presa de tempestades todavía más terribles que la grande y pavorosa que azotaba sus doloridos cuerpos. Habian salido de Nápoles merced á las sombras de la noche y á otros mil recursos de su industria, y se encaminaban al campo para no despertar sospechas ni recelos, é iban en pos del sitio donde debian celebrarse sus tenebrosas conjuraciones. La noche de antemano designada, la noche que ellos no podian ya mudar, se habia mostrado inclemente y espantosa. La tempestad, siempre terrible en las regiones meridionales, donde el calor parece que enciende más su furia, sobre el mar, que la acompaña en sus abullidos, y en sus sacudimientos, y en su

estruendo, deslizándose al lado de un hirviente volcan, que muestra dos grandes tormentas, una en el horizonte, otra en las entrañas de la tierra, no ménos pavorosa; la tempestad, sacudiendo con sus gigantes alas, innumerables objetos; los bosques, las arenas de la orilla, las barcas y los buques diseminados en las aguas, quemando con sus exhalaciones las cabañas; repetida de monte en monte, y de hueco en hueco; exaltada cada vez por el resonar de sus terribles ecos, la tempestad de esta suerte toma un aspecto tan terrible y tan solemne, que no parece sino que va á desquiciarse todo el universo.

Eduardo y su esposa no habian podido esquivar las inclemencias de aquella noche. Cuando salieron de su palacio, ya muy espesas las sombras y muy entrada la noche, disfrazados, por una puerta falsa, la misma espesura de aquellas tinieblas palpables protegía su misteriosa escursion. Llegados á uno de los barrios más solitarios de Nápoles, un agente del gobierno los detuvo. Aquella fué su primer desventura. Por fin, Eduardo, que iba muy bien disfrazado, apeló á un conciso espediente, para salir de aquel apuro.

—Se trata de un amor desgraciado, dijo.

El agente no pudo ménos de reirse y contestar:

—Si, amor entre dos mancebos, vaya una escusa.

—Es una mujer, contestó Eduardo.

Así que el buen agente se cercioró de que en efecto era una mujer el compañero de Eduardo, les dejó partirse en buen hora, diciendo: «Dios proteja vuestros amores.» En efecto, á un policia de Nápoles, con tal que no se conspire contra el rey, le importan poco el amor y la naturaleza del amor. Sin embargo, aquel maldito incidente habia detenido más de lo necesario á los dos jóvenes en su carrera. Tomaron un paso más acelerado. Margarita se cansaba. No podian ir en coche, porque en coche, fuera propio, fuera prestado, fuera de alquiler, iban vendidos, materialmente vendidos. Por fin, despues de mil angustias, salieron fuera de la ciudad. Al salir, dijo Eduardo:

—Hemos empedrado de oro nuestro camino.

—¿Por aqui ya debe esperarnos un coche? preguntó Margarita.

—No. Se dudó si traerlo ó no; pero luego convinimos en que era un gran peligro.

—Muy cansada estoy, pero no importa. Prosigamos nuestro camino.

—Calla, que voy á tomar direccion.

En esto, un lívido relámpago, seguido de un

pavoroso trueno, interrumpió la conversacion de los dos jóvenes.

—Dios mio, exclamó Margarita, cogiendo el brazo de Eduardo. Dios mio, un trueno, un trueno; un relámpago. ¡Oh! estamos perdidos. Y la jóven temblaba como azogada.

—¿Y qué vamos á hacer, di, Margarita, qué vamos á hacer?

—Santo cielo; yo tengo un miedo horrible á la tempestad.

—Parece imposible. Contrasta mucho ese miedo con tu fuerte naturaleza.

—Yo no he podido remediarlo nunca. Yo me muero. El rayo va á herirnos. Dios mio, Dios mio. Somos muy criminales.

—¿Ahora te acuerdas? dijo Eduardo lanzando una horrible carcajada.

—¿No sientes á Dios? Volvamos, volvamos.

La nube se acercaba rugiendo como una fiera hambrienta. El relámpago crecía con un fulgor parecido al que despide una lámpara próxima á extinguirse. Margarita cerraba los ojos, se tapaba los oídos y exclamaba:

—Volvámonos.

—Ya no es posible; no es posible volver; tú lo has querido.

—Si, tienes razon. Andemos. Vamos por donde tú quieras.

—Por aqui, por aqui, dijo Eduardo, sosteniendo á Margarita, que se habia abrazado á su cuello.

—¿Tú has estudiado física, Eduardo?

—Sí, la he estudiado, dijo Eduardo con indiferencia.

—¿Y no es verdad que aqui estamos muy espuestos?

—No sé dónde nos hallamos. Si hay objetos muy altos, no estamos espuestos; pero si no los hay, no tiene remedio, el rayo viene á nuestras cabezas.

En esto, un relámpago iluminó la escena.

—Dios mio, dijo Margarita con un acento de desesperacion terrible. Estamos en una llanura solos. No hay nada que abrase el rayo más que nuestras cabezas. Estamos perdidos. Si al ménos hubiera un confesor...

—¿Y eres tú la mujer fuerte?

—¡Ay Eduardo! No lo puedo remediar. Desde niña he tenido este miedo impropio de mi naturaleza y de mi carácter. No puedo. Mira; toca mi frente. Está helada con el hielo de la muerte. Tiemblo, tiemblo. Señor, Señor, perdon, perdon;

soy muy criminal. Y Margarita se arrodilló plegando convulsivamente las manos.

Eduardo cogió á Margarita entre sus brazos, y como si fuera una pluma la llevó corriendo algun tiempo; pero pronto se rindió al peso, y se asentó fatigado. El viento que levantaba las piedras, heria los ojos de Margarita. Al sentarse en un monton de ramas, salió de entre ellas una lechuzza dando un grito horrible. Margarita dió un ahullido de triste desesperacion tambien. El horror de la noche, el acento de la tempestad, le habian devuelto por un instante su naturaleza de mujer. Ella, que no temblaba nunca, parecia que iba á morir de angustia, de dolor. Lo peor del caso era que andando ó corriendo, desorientados, sin brújula, porque Nápoles yacia en tinieblas, se habian perdido; Margarita no habia echado de ver esta última desgracia; solo se preocupaba de rezar á todas las advocaciones de la Virgen, á todos los santos del cielo, y muy especialmente al patron de Nápoles, cuya sangre se liquida todos los años. Margarita, que no aceptaba la religion de la virtud y del amor, tenia que aceptar la religion del terror. Horrible castigo en verdad el de esas almas, que solo ven á Dios cuando Dios está airado. Como todas las graves faltas, la falta de Mar-

garita llevaba en sí misma su espiacion. No lo olvides nunca, lector. El castigo es una consecuencia indeclinable del crimen.

—Pero... no llagamos. Al ménos bajo techado, decia Margarita, yo no veria estas nubes. Cierro los ojos, y sin embargo, al través de los párpados cerrados, veo el relámpago. ¡Qué ruido tan terrible! ¡Qué nubes! Parecen monstruos. ¡Piedad, madre de Dios, piedad!... Eduardo, Eduardo. ¡Dios, Virgen santa, qué ruido! Se enciende el cielo. Yo me voy á volver loca. Mira cómo tiemblo. Huyamos.

—¿Dónde vamos? decia Eduardo desesperado ya, no por la tempestad, sino por la desesperacion de Margarita.

—Pero dime: ¿no sabes dónde estamos?

—No lo sé. Todo se conjura para desorientarme.

La angustia de Margarita crecia á medida que la tempestad crecia tambien. Eduardo estaba más indiferente. Dios los perseguia como á Cain. Iban á una lógia, no por ningun fin político ni social, sino por satisfacer una ruin pasion. No hay nada más grande que amar mucho una gran causa; no hay nada más torpe y miserable que tomar la política ó la religion por medio de medro ó de ven-

ganza. Cuando lo que deben ser fines, y grandes fines de la vida, se convierten solo en medios, el hombre se prostituye y degrada hasta el envilecimiento. En la vida debemos buscar la virtud, sin ninguna preocupacion, debemos buscar la verdad, con toda nuestra alma. Y despues de buscar la verdad, debemos hacer el bien; pero no por recompensa ó por interés, sino por amor puro, ideal, divino al bien; porque así descansa la conciencia y reposa el corazon, y realizamos la ley de la vida y cumplimos nuestro deber. ¡Maldito sea el que toma la política por instrumento de su engrandecimiento ó de su vanidad! ¡Maldito sea el que toma la religion por instrumento de su política!

Invocar una causa política para conseguir medro, celebridad, es un horrible sacrilegio.

Y este sacrilegio cometia por cálculo Margarita; por indiferencia Eduardo. Y Dios, que se manifiesta siempre justo, que castiga todas las grandes iniquidades, que hace que la espiacion siga al delito, Dios parecia que les acusaba de su crimen por la voz de sus torrentes, de sus ondas, de sus volcanes, de sus encendidas nubes, de su tempestad; lenguaje sublime, que resonaba en el corazon y en la conciencia de Margarita, como el estruen-

do pavoroso de todos sus remordimientos conjurados en su daño y en su castigo.

Pero volvamos á ver el estado de los dos infelices jóvenes. A la luz de un relámpago vió Margarita una cabaña, y exclamó:

—Vamos, vamos allí, Eduardo.

—¿Y qué quieres que allí hagamos?

—Refugiarnos, refugiarnos por Dios.

—Margarita, yo creo que hay algo que tú temes mucho más que la tempestad.

—Nada hay en el mundo, nada, ni la muerte.

—No. Tú temes, más que el ruido de la tempestad, el grito atronador de tu conciencia.

—Tambien, tambien ahora me martirizas.

—Es verdad. Soy, lo confieso, implacable.

—Mira, mira, me muero de miedo.

Los dos jóvenes se fueron acercando poco á poco á la cabaña. Algunas veces, en lugar de seguir el camino derecho y recto, tomaban mil tortuosas sendas. Chocaban contra un árbol, se herian el rostro y las manos, sobre todo las de Margarita chorreaban sangre. La tempestuosa nube pesaba ya sobre su cabeza. Parecia un cuervo inmenso graznando, acometiendo á un inocente pajarillo, que trémulo, aguarda á ser despedazado, y no puede volar, pues no le deja la horrible fasci-

nacion que sobre él pesa; parecia, que aquella nube gigantesca y negra iba á devorar á aquellos dos seres.

—¡Ay! Ya hemos llegado.

—Entremos.

Margarita se apresuró á correr para tomar la puerta de la cabaña; pero en aquel instante, un relámpago más vivo, aunque más amarillento que la luz de la luna, cruzó los horizontes, cegó á Margarita, la arrojó contra el suelo; una detonacion espantosa, semejante á una descarga de artillería, atronó el sentido, y al punto comenzó á arder la cabaña por todos cuatro costados como un inmenso hachon. Habia caido un rayo. Eduardo fué tambien derribado. Margarita habia perdido el conocimiento y el sentido. Eduardo se levantó. No sabia dónde estaba. No tenia á su lado á Margarita.

—Margarita, Margarita, comenzó á gritar.

—Solo le contestaba el ruido del trueno, y el estruendo de las olas.

—¿Dónde estás, Margarita?

El mismo ruido respondia á sus afligidas palabras.

—¡Oh! ¡La he perdido, la he perdido!

Por fin, andando por allí como desesperado,

tropezó con un cuerpo y cayó en el suelo. Era el cuerpo de Margarita.

—¡Dios mío! ¿Estará muerta? Respira. Y aplicaba el oído á su pecho. ¿Palpita su corazón? Y ponía la mano sobre su pecho. La luz del relámpago le mostraba un rostro lívido como el rostro de la muerte.

Por fin aquellas nubes se desataron en grandes torrentes. Parecía que se iba á anegar la tierra. Esto fué todavía mayor aflicción para el infeliz Eduardo. Teniendo entre sus brazos el cuerpo inanimado de Margarita, sin fuerzas para moverlo de allí, azotado por una lluvia impetuosa que amenazaba anegar todos aquellos campos, le faltaba hasta la respiración como si hubiese caído en el fondo del mar. Pero la humedad, refrescando las sienes de Margarita, le devolvió el sentido y el conocimiento.

—¿Dónde estoy?

—Conmigo, conmigo, hija mía.

—¡Qué angustia! Me muero, me muero.

—Llora.

—No puedo. ¡Ay! Nos ahogamos.

—Levántate, Margarita, ó esta es la última hora de nuestra vida.

El cielo parecía que se desplomaba sobre la

tierra. Tal era el estruendo del trueno y el furor de la lluvia.

—¡Oh, compasion, Dios mio! exclamaba Margarita.

—Corramos, corramos.

Por fin Margarita pudo incorporarse.

Anduvieron mucho tiempo azotados por el huracan y por la lluvia, hasta que al fin llegaron á encontrar una cabaña, donde pudieron guarecerse.

—¿Y aquí vamos á pasar la noche?

—Aquí; no tiene remedio.

—¡Qué de angustias!

—¿Y nuestro regreso á Nápoles?

—Es imposible.

—¡Dios mio! Y nos van á prender, decia Margarita.

—No iremos á Nápoles.

—Amanecerá.

—¿Y qué?

—Y nos verán en este traje.

—Tienes razon. Es necesario salvarnos de esta nueva tempestad.

—Pero mira, el agua entra por todas partes.

¡Ay, Eduardo, que horror! Nos vamos á ahogar.

En efecto, el agua entraba por el pequeño agujero que servia de entrada á aquella abandonada

cabaña de pescadores. El campo estaba anegado. Los dos jóvenes no podían quedarse allí, porque rebasando mucho el agua, temían ahogarse. No podían salir, porque ignoraban todo camino. Habían sido conducidos por el huracán y la tempestad, como leves plumas. Después el día, á pesar de la oscuridad, estaba próximo, y quizá sin las nubes, la luz de la aurora inundaría ya los horizontes. Si el día les alcanzaba, estaban aún más perdidos. Y la razón es muy óbvia. Podían ser descubiertos. ¿Qué iba á ser de ellos? En la corte solo se esperaba un momento propicio para perderlos. Querían encontrar una ocasión, y solo una ocasión, para cebarse en ellos y castigarlos. ¿Qué ocasión mejor que encontrarlos en medio del campo disfrazados? No había remedio. La prisión, la confiscación de sus bienes, tal vez la muerte. Tal era el estado de aquellos dos seres, que solo adoraron en el mundo el placer. A tal extremo les habían conducido sus pasiones y su ardor de venganza.

No es para contado todo lo que en aquella triste noche padecieron los dos jóvenes. Remordimientos agudos, temores, dudas, peligros inminentes de muerte, todo lo que puede afligir á una criatura humana, todo cayó sobre aquellas dos al-

mas, anegándolas en dolores morales, más terribles cien veces que la tempestad, de que eran triste juguete. Pero la noche tan tremenda no era nada en comparacion del dia, del terrible dia que les aguardaba. Ya se sabe en qué consiste el gobierno de Nápoles. Ya se sabe que hoy la autoridad absoluta de los reyes no se funda en aquella mútua confianza que era la felicidad de nuestros padres, y es hoy el desideratum de nuestros políticos rancios. Ya se sabe que el rey de Nápoles, aunque, segun el comun decir de las gentes, muy amado de sus pueblos, tiene un inmenso ejército, muy buenos y muy avisores polizontes, que suelen muchas veces propinar á los vasalluelos que se propasan, algunos cuantos garrotazos para recordarles sin duda el refran de sus antiguos señores los españoles: «Quien bien te quiera, te hará llorar.»

Por consiguiente, la angustia de Margarita era grande; si bien desde que cesó el trueno, y la tempestad se deshizo, como avergonzada de su miedo y de sí misma, comenzó á cobrar su antigua fiereza.

—¿Qué haremos, preguntó, cuando venga el nuevo dia que ya asoma?

—Debemos intentar un medio de huir de las redes de la policía.

—La desafío yo.

—Pues yo la temo tanto como tú los truenos, que es mucho, muchísimo encarecer.

—Nuestro vigia, ganado á toda costa, ya no estará en su puesto.

—Es verdad. Y tú, Margarita, con ese traje precisamente has de llamar la atencion.

—¡Qué noche hemos pasado, qué noche tan horrible!

—Y todo nuestro proyecto ha caido por tierra. Ya ves cómo Dios se interpone muchas veces en nuestro camino, acaso para avisarnos del peligro que corremos.

Margarita lanzó una carcajada epiléptica.

—¡Ay Margarita! Bien quisiera que ahora asomara una nube tronando, para que te trajese en su seno, con su electricidad, alguna emanacion del sentimiento religioso.

—Te vas haciendo muy sarcástico.

—Es lo único ya que me resta.

—Eduardo, pensemos en salvarnos.

—¡Qué estado el nuestro! Empapados en agua, molidos, los ojos secos, saltándose de las órbitas por el insomnio; el corazon desgarrado; el alma herida; encenagados en este lodo, imágen fiel del lodazal en que vivimos...

—Y á estas horas y con estos apuros te pones á moralizar? ¡Parece imposible!

—Ahora tienes razon.

—Te vas haciendo viejo.

—¿Por qué?

—Porque te has dado mucho á prédicar moral.

Eduardo se sonrió ligeramente, y salió al campo á buscar alguna traza de salvacion. El alba relucia al través de las opacas nubes. El campo presentaba un cuadro terrible de tristeza y desolacion.

Por todas partes se veian árboles tronchados, cabañas incendiadas, restos horribles de una gran tempestad. Habian seguido una direccion contraria de la que debian seguir. En vez de tomar el camino designado, habian tomado el camino que les acercaba al mar.

Eduardo no sabia qué medio de salvacion escoger, ni cómo huir del inminente, gravísimo peligro. Pero allí, á la orilla, vió una de esas grandes barcas, que con la vela ligerísima latina recorren á manera de grandes aves marinas las orillas del Mediterráneo. Eduardo pensó que llevaran á él y á Margarita á algun punto lejano de la playa, donde pudiera conseguir un vestido de mujer para su esposa y otro para él, y volver así á

Nápoles. Acercóse á la barca, y vió en ella á un jóven tendido.

—¡Eh! marinero.

El jóven se despertó frotándose los ojos.

—¿Quieres llevarnos á cualquier punto?

—¡Oh! He estado á pique de ahogarme.

—No, no te digo eso. ¿Quieres llevarnos á cualquier punto?

—Donde querais.

—No, donde tú quieras.

—¡Qué extraña demanda!

Y el jóven levantó los ojos.

—¡Oh! Sois vos, vos... dijo espantado.

—¡Genaro, Genaro! exclamó Eduardo. ¿Y habrá quien dude, ¡oh, Dios mio! de la Providencia? Llévanos allá.

—Margarita, Margarita, comenzó á gritar Eduardo entre alegre y pesaroso, yendo á la pequeña gruta. Margarita, sigueme.

La jóven salió; estaba entumecida; apenas podía andar.

—Vámonos á tu aldea, á tu aldea, le dijo Eduardo al muchacho. Margarita le siguió maquinalmente, y entró maquinalmente en el pequeño barco.

—Estiende tu vela. Vamos.

XXIII.

El barquichuelo comenzó á cortar las ondas. Eduardo manifestaba una alegría extraordinaria. El cielo comenzaba á despejarse. Su azul tomaba una claridad más hermosa despues de la tempestad. Las nubes huian como manadas de blancas águilas. El sol inflamaba ya con su color sonrosado, con sus matices de ópalo y grana los bordes del horizonte. Las aves, como alabando á Dios por haberlas salvado, gorgeaban, y sus acentos eran repetidos por las brisas que henchian la blanca vela. El campo, á pesar de la tempestad y en medio de la gran inundacion, mostraba sus árboles más verdes, más hermosos. El mar se apaciguaba, gemia un poco á manera de un niño que se duerme y lucha con el sueño, y reflejaba el cielo, que es tambien el amor de los mares. Estaba tan claro, tan hermoso, tan trasparente el

fondo, que al mirarlo se veían las algas, las conchas marinas, los helechos y los peces de mil colores, que en sus líquidos cristales jugueteaban; todos esos millares de seres, que muestran cuán fecunda, cuán grande, cuán hermosa es la vida; la vida, cuya eterna fuente es Dios.

Cuando la vista se abisma en estos grandiosos espectáculos; cuando el sentido recoge esos átomos de luz; cuando se respira esa humedad que parece un beso de la naturaleza; cuando se vé latir la vida en las hojas de los árboles, en las palpitaciones de las ondas, en las aves, en los peces, en tantas y tantas miriadas de miriadas de seres; si, cuando se vé latir la vida como late la sangre en el corazón, el alma se pierde en la creación, y parece que quiere gustar la esencia de aquella vida, perderse en su seno, como el águila se pierde en el éter de los cielos.

Suspensa un momento Margarita por aquel espectáculo, y mucho más despues del tremendo que acababa de presenciar, se olvidó de preguntar á dónde iban. Mas despues de algunos instantes salió de este estado de arrobamiento, y preguntó:

—¿Dónde vamos?

—Vamos á un punto que tú no puedes imaginar.

- ¿Dónde es ese punto?
- No lo quiero decir hasta que no te encuentres en él.
- Haces muy mal.
- No lo creas.
- Haces muy mal, porque ahora me empeño yo en saber dónde vamos.
- Vamos á los campos donde aprendió á cantar nuestro hermoso ruiñeñor.
- ¿Qué ruiñeñor?
- Angela.
- ¡Oh, qué oigo!
- ¿Te duele?
- Si.
- No te entiendo.
- Me duele, porque eso te falta solamente para acabar de hacerte moralista.
- ¿Sólo por eso?
- Solo por eso.
- Creí que no.
- ¿Te habias imaginado que iba á tener celos? No mereces tanto.
- Mas ya no hay remedio.
- ¡Cómo ha de ser! Lo contaré por uno de esos dias nefastos de mi vida.
- Eduardo estaba muy conmovido. Todos los es-

pectáculos que á sus ojos ofrecia naturaleza, le recordaba los tranquilos dias de su juventud. Entonces el amor perfumaba todo su corazon; entonces volaban mil ilusiones por su mente; entonces tenia fé en la humanidad, fé en la libertad, fé en la Providencia, fé en Dios. Entonces su alma conservaba toda su blancura; su alma ya ennegrecida, viciada y enferma. Entonces no era autómatas, conservaba toda su libertad.

Eduardo refrescaba su imaginacion en las hermosas playas donde habia sido feliz. Allí recordaba que el deseo burlado anda en pos de la felicidad tras engañosas fantasmas, y despues desanda toda la vida para volver á la edad primera, á la felicidad que habia, por ilusoria, menospreciado. Allí, bajo el sáuce, á orillas de la fuente que aun corria mansa y argentina, respiraba, ensanchándose sus pulmones con aquel purisimo aire, y veia vagar el recuerdo de su amor, la imágen purisima de su alma, jóven y exaltada. Y allí recogió nuevo aliento para continuar su carrera; pero tambien veia recuerdos, dolores, horas pasadas en el amor, que habian sido su felicidad, y eran ya su triste desventura. Por fin, Margarita y Eduardo se separaron de aquella casa, y volvieron á Nápoles sanos y salvos.

XXIV.

Creía Eduardo que Margarita había ya abandonado sus ideas de venganza. Mas nada estaba más lejos del pensamiento de aquella infeliz y porfiada mujer, nada. Su casa, centro antes de todo Nápoles, era un desierto. Solo se oían los pasos de sus criados. Ni un alma llamaba nunca á la puerta. Cuando Margarita iba á un teatro, nadie la saludaba. Celebrábanse mil fiestas en la ciudad, y á ninguna era convidada. Su frente llevaba una marca de ignominia; sus bienes la señal de una próxima confiscacion; toda su persona la sombra fatidica de la desgracia. Vivir así era imposible, si, imposible para su alma, acostumbrada al placer, á respirar el aliento de la adulacion, á ver el brillo de la lisonja.

Y este estado tan triste, tan aflictivo; esta soledad tan espantosa, podria trocarse mágicamen-

te en una fuente de felicidad, si Margarita conquistaba su perdida influencia, su desvanecido poder. Por eso, por venganza primero, por utilidad y provecho despues, acaso y sin acaso por ambas cosas, Margarita pasaba maquinando conspiraciones. Habia en la córte un conde, que era la pesadilla de Margarita. No sabemos si el lector recordará cierta escena que referimos al principio de esta nuestra narracion. Recordará sin duda el lector aquel hombre á quien Margarita queria asesinar, y que Eduardo hubiera asesinado, sin duda, á no ser por la mágica voz de Angela.

Pues bien, aquel hombre, era la pesadilla de Margarita. Y la jóven tenia razon. Ella habia amado á ese hombre, y ese hombre, despues de haberla perdido, la habia abandonado. Ella se consoló de la desgracia de su amor con la fortuna de su poder, y aquel hombre, interponiéndose en su camino, la habia tambien robado el poder. Era necesario aniquilar aquel hombre.

Pero su enemigo era todo un poder. Habia recibido grandes honores, grandes distinciones en palacio, y gozaba de la omnimoda confianza del rey. Poco á poco habia desalojado de su alrededor casi toda la parte de la aristocracia que le podia hacer sombra. Por sus manos pasaban casi to-

dos los negocios; su consejo era decisivo, su influencia poderosa. Era preciso derrocar aquel hombre. Los nobles, á quien sin duda alguna no repugnaba el sistema de Nápoles, repugnaba la privanza de aquel hombre, y le aborrecian, no por ódio á la tiranía, sino porque ellos eran tiranizados y no tiranos. Todo el mundo sabe la gran tendencia de Italia á las sociedades secretas; tendencia nacida sin duda de sus grandes y dolorosas desgracias. Los enemigos del conde, los caídos por su causa de la real privanza, se reunían en una inmensa sociedad secreta. Todos los medios de burlar su poder se habían inventado allí. Aquella sociedad se llamaba «De los enemigos del tirano.» Soledad, oscuridad, sigilo, fórmulas sibilinas, misterios solemnes, juramentos terribles, pruebas tremendas, todo lo que puede constituir una sociedad secreta, todo se celebraba allí. Margarita y Eduardo no habían podido entrar en aquella sociedad, hasta que les sirvió de intercesor su amigo Rafael. El rey odia y persigue estas sociedades de muerte, y sin embargo, las sociedades más extravagantes, más populares, existen en el fondo de esta Italia, llena de terribles dolores como sus volcanes de lava.

No necesitamos decir que tenemos por grave

daño las sociedades secretas. Partidarios acérrimos de la libérrima asociacion, creemos que esas sociedades que se esconden profundamente en la oscuridad, son un mal. Pero ese mal nace muy principalmente de la naturaleza de ciertos gobiernos, de la organizacion de ciertas sociedades. Los pueblos donde no hay libertad, ese bien descendido del cielo, sufren desgraciadamente todas las consecuencias de las sociedades secretas. No hay nada que sea tan armónico, tan grande y tan pacífico como la libertad.

Los más enemigos de las sociedades secretas, no podrán negar nunca que esas sociedades pueden tener grandes objetos. Las catacumbas de los primeros cristianos, donde se inició nuestra divina religion, eran una gran sociedad secreta. Las reuniones de los pitagóricos, de los neoplatónicos en la antigüedad, eran tambien una gran sociedad secreta. La misma Italia las tiene y las ha tenido para libertar su país del extranjero yugo. Estas sociedades tienen un fin, y se concibe que en ellas el hombre arriesgue su libertad y su vida.

Pero una sociedad secreta para derribar un favorito, para contrastar el transitorio poder de un hombre, para deshacer las tramas de una intriga

de corte; una sociedad secreta de esta naturaleza, con este objeto, es sin duda uno de los frutos más raquíticos, más amargos que puede dar de sí el absolutismo. Y esta era la sociedad secreta en que iban á entrar Eduardo y Margarita. Este era el centro donde se reunían todos los descontentos; esta era la única esperanza de aquellos dos jóvenes, perdidos en el intrincado laberinto del mundo.

Para Eduardo y Margarita habia sido un gran contratiempo la tempestad de aquella noche. Era mal principio entrar en una sociedad y faltar la primer noche. Además, su ausencia habia incitado sospechas en sus domésticos. Y en estos pueblos, fundados sobre la desconfianza, en que el poder tiene cien ojos y cien manos y cien piés; en estos pueblos infelices, el recelo, la sospecha, se introduce hasta el sagrado é inviolable seno del hogar doméstico.

El joven, pues, objeto de saña aristocrática, era individuo de la más alta aristocracia. Era el conde Asthur, que gozaba gran privanza en palacio. Enamorado un tiempo de Margarita, gustó en realidad todas las amarguras de su infeliz amor. Un día la pasión llegó á su colmo, rebosó su pecho, y tomó de Margarita una venganza. Desde

aquel punto la guerra entre los dos jóvenes fué sin reposo, sin tregua; Margarita pensó en asesinar á aquel hombre, y aquel hombre, que era muy astuto, asesinó con más certero golpe á Margarita; es decir, le robó toda su privanza, toda su influencia, toda su fuerza, todo su poder en palacio.

El conde Asthur se habia ganado la privanza del rey. Su padre habia sido sacrificado en las calles de Milan por una de las sangrientas revoluciones de Italia. Aunque educado en ideas muy liberales, desde aquel instante juró el jóven odio á la revolucion, y prometió tomar de ella toda la posible venganza. Así, al lado del rey de Nápoles, aconsejándole, hacia que recelara de todo cuanto le rodeaba, y sobre todo, de las familias nobles. Estas familias, que no se atrevian en su esclavitud á odiar al rey, odiaban á su privado. Todo se volvia hacer votos al cielo por su muerte, cuando no andaba mezclado á tales votos el puñal y el veneno, que tanto aplican y manejan los italianos. El conde Asthur poseia el corazon del rey, y se burlaba de sus enemigos. Conocia todos sus pasos, y estaba seguro de cogerlos á todos en sus redes. Enemigo irreconciliable de Margarita, él fué apartando al rey y á la reina de la

inclinacion que tenian por el talento jugueton de la jóven. Y es fuerza decirlo; para dar la señal de guerra, como buen italiano habia escogido el conde, sin duda, el instante más ruidoso y más propicio.

Aunque muchas familias habian caído en la misma desgracia, ninguna habia sido tan inesperada, tan ruidosa como la de Margarita. La jóven la esperó durante mucho tiempo, desde que vió el ascendiente que tomaba el conde sobre el rey. Mas como habian pasado tantos dias y tantos acontecimientos, llegó á persuadirse á sí misma que sus temores eran infundados, y se ahuyentó su miedo. Recelaba del peligro; pero nada más. Al fin su desgracia, la no temida desgracia, se cumplió. El conde Asthur eligió el momento supremo de herirla en el corazon. El golpe habia sido en verdad doble, por su intensidad y por el instante escogido para asestarlo. Desde aquel punto se organizó contra el tirano, contra el favorito, contra el hechicero una vasta conspiracion, una sociedad secreta. No habia remedio; era necesario cazarlo. Pero el conde Asthur, con esa perspicacia italiana, con esa habilidad en intrigas que todos le reconocian, habia cogido en sus manos los hilos de aquella gran conspiracion. Para aplastarlos á to-

dos, solo esperaba un instante, el instante en que Margarita y Eduardo entran á formar parte de aquella conjuracion.

Pero el conde de Asthur era muy desgraciado. El amor, pero un amor extraordinario le habia traspasado el pecho. Esta pasion, grande, exaltada, le habia sumido en una profunda tristeza. Desesperaba, y en nada tenia la vida. La pasion del conde Asthur era pura y profunda. Habia sido inspirada ¿por quién? ¡oh! habia sido inspirada por Angela. Una noche en que la jóven cantaba la *Sonámbula*, Asthur se sintió más cautivado por aquella voz; se sintió profundamente dolorido. La música de Bellini será siempre el cántico más sublime del amor. Nunca, en ningun tiempo se podrá expresar el sentimiento, la tristeza, el amor, de una manera tan viva, tan profunda, tan grande; nunca. Aquellas notas son lágrimas, aquellas armonías latidos del corazon, aquel canto el eco de la tristeza profundisima, que produce una profundisima pasion. El conde Asthur conoció toda la profundidad de aquel sentimiento, y desde tal punto la imágen de Angela, sí, de Angela llorosa y enamorada, se grabó en su corazon y en su conciencia. Ya no tuvo tranquilidad su vida; ya no tuvo paz su corazon.

Un dia se encontró á la jóven cantora en una reunion de confianza. El conde se acercó á hablarla con timidez. Angela le contestó con su natural amabilidad. El conde la dirigió algunas palabras, que Angela tomó por meras galanterías. Pero bien pronto la conversacion tomó otro giro. El conde fué poco á poco descubriendo su corazon. Angela se ocultaba como para no verlo. El conde quiso leer el corazon de Angela, y la jóven le manifestó de una manera delicadísima, que ella de ninguna suerte podia amar ya en el mundo. Aquellas palabras alimentaron el amor del conde. Cuando volvió á encontrarse solo, la imágen de aquella mujer le perseguia, le atormentaba. En sueños se aparecia á sus ojos; despierto, involuntariamente pronunciaba su nombre. Mil veces, en los salones, se acercaba maquinalmente al piano, y lo heria preludiando el rondó final de la *Sonámbula*. En las noches en que cantaba Angela, se sumia solo en lo más hondo de su palco, y allí lloraba al oir su voz. Su amor habia tomado de esta manera una intensidad infinita, y de tal suerte, que le distraía de todo otro pensamiento.

Un dia, no pudiendo ya ocultar su pasion, tomó la pluma y escribió estas líneas.

«Yo os amo, Angela, os amo. Mi corazon, que

yo creí superaría á esta pasión, está herido, está enfermo. El mundo entero me parece un infierno sin vos. No me castigueis, Angela. Si no me amais, callaos. Dejadme al ménos por largo tiempo en esta incertidumbre. Es muy triste; mas la prefiero á la desesperacion.»

Angela rasgó la carta. Nada contestó. Una tarde al anochecer paseaba por las orillas del mar, y se le acercó el conde respetuosamente.

—Angela...

—Señor conde...

—Debo hablaros.

—Hablad.

—Habeis recibido una carta.

—Si, señor conde. Y no os he contestado por motivos que fácilmente alcanzareis.

—Contestadme ahora.

—Señor conde, si yo pudiera amar... os amaría; pero no quiero engañaros; no os amaré ni ahora ni nunca.

—Angela, me habeis asesinado.

—Señor conde, he creído sinceras vuestras palabras, y os doy esta contestacion.

—¿Vos amais á otro sér?

—¡Oh! No, no, no; ya os he dicho que yo no puedo, que yo no debo amar.

—¡No debo! ¡Un sér como vos condenado á no amar!

Angela movió la cabeza afirmativamente.

—Eso no puede ser.

—No podeis penetrar los secretos de mi corazón.

—Me condenais á un eterno martirio.

—Sí, lo meditareis mejor. Os hago un gran favor.

—¿Creis por ventura, Angela, que no digo lo que siento?

—Ved si soy orgullosa. Creo sinceras vuestras palabras.

—¿Y me despreciais?

—No; pero en el corazón la voluntad no manda.

Desde aquel instante los esfuerzos del conde se redoblaron. Era la sombra de Angela. Do quier iba la jóven, alli se aparecia el conde. Angela llegó á mostrarse adusta; su rendido amador llevó su amor al extremo. Una especie de delirio le habia sobrecogido. La pobre jóven contaba entre sus grandes desgracias haber inspirado esa pasión insensata, y lloraba amargamente esa desgracia. La crueldad del conde se habia acrecentado en esta triste situación.

XXV.

El conde Asthur estaba en su gabinete agrupando números, cuando entró un sér pequeñuelo y grotesco.

—Hola, mi buen amigo, adelante.

—Grandes noticias, dijo aquella figura saltando y frotándose las manos.

—¿De veras? Mucho me complace.

—Están perdidos.

—¿Si?

—Están perdidos, señor.

—Vamos, habla.

—Ya van al abismo.

—¡Oh! Ese era mi deseo, mi gran deseo.

—Pues lo teneis cumplido.

—Casi casi no lo creo.

—Se han concertado con vuestros enemigos.

—Mejor.

—Van á una sociedad secreta á que yo pertenezco.

—¡La célebre sociedad!

—La célebre.

—¿De suerte que allí los cojeremos?

—Sí; caerán en nuestras manos.

—Ya veo que en realidad traes buenas noticias.

—No hubiera venido yo aquí sin ellas.

—Dejémoslos antes que se ceben bien; que traguen el anzuelo.

—Y cuando ya lo hayan tragado...

—Entonces morirán con bien poco esfuerzo.

—¿Morirán?

—Tal es mi pensamiento.

—Pues vos perteneceis al número de los que cumplen lo que á sí mismos se prometen, saltando por todo.

—¡Oh! Y sin embargo, no he podido saltar por cima del poder de una mujer.

—¿Del poder de Margarita?

El conde lanzó una carcajada.

—No, no, dijo, no seas tan mal intencionado. Compadécelos al verlos cómo se dirigen por sus propios pasos á las fáuces del lobo.

—Tengo curiosidad, verdadera curiosidad de saber qué muro es ese que habeis encontrado á vuestro deseo.

—Ya os lo he dicho, el corazón de una mujer.

—¡De una mujer! Parece imposible.

—Mira; amo.

—¿Vos?

—Yo amo, sí.

—¡Oh! Se va á concluir el mundo.

—¿Qué quieres?

—Ese corazón... tan duro.

—Está sin embargo traspasado.

—¿Y se puede saber?...

—No tengo inconveniente en decírtelo.

—¿Alguna gran señora?

—No por cierto.

—No adivino.

—Es Angela.

—¡Ah! la cantora.

—Sí, la cantora.

—¡Santo cielo!

—¿Te maravillas?

—Me maravillo.

—¿Qué quieres? El corazón está sujeto á influencias de que no puede libertarse.

—¿Y habeis pensado seriamente?...

—Muy seriamente. Y no quiero que me hables más de esto.

—Os hablaré de vuestra venganza.

—Justo.

—Pues van á la sociedad secreta.

—Tanto mejor.

—¿Estais apercebido?

—Los aplastaré bajo mis plantas.

—Pues mañana á la noche van.

—Está bien, vete.

XXVI.

Es de noche, una lámpara ilumina una estancia subterránea. La luz de la pequeña lámpara no llega al suelo, sirve solo para aumentar más la oscura lobreguez de aquel abismo. La estancia parece una cárcel. Son sus paredes gruesas. Los sillares que la componen, unidos por el tiempo, y despojados de la cal, parecen sobrepuestos sin trabazon alguna unos sobre otros, y entrelazados solo y sostenidos por la accion inevitable del tiempo. La bóveda es bizantina, pesada. Parece que aquellas inmensas piedras que la componen van á caer sobre el pavimento, que está húmedo. No se oye en esta pequeña estancia nada que indique habitarla un sér humano. Solo la triste lámpara da indicios de que por allí ha pasa-

do la huella del hombre. De vez en cuando algun mochuelo, proyectando con sus negras alas una triste sombra, cruza al rededor de la luz; otras veces una siniestra lechuza aletea fuertemente para apagar aquellos moribundos resplandores. El silencio, la oscuridad, el cruzar ligero y rápido de algunas aves nocturnas, el frio húmedo que allí se siente, todo, todo es horrible, todo es espantoso. En aquella mansion la noche debe ser eterna; parece más bien un inmenso sepulcro, que humana vivienda. Y sin embargo, se oyen algunos golpes; parece un martillo. Una de las piedras del techo se abre. Aparece una tabla que va muy despacio bajando del techo. En la tabla hay un sér humano envuelto en un largo capuchon negro, con un negro y horroroso antifaz. La tabla baja hasta tocar el mismo suelo. El sér que venia tendido se levanta. Es bajo. Sus dientes rechinan de frio, tiembla y da un grito espantoso. Algunos ratones gordisimos han corrido bajo sus piés; algunos mochuelos han tocado con las frias membranas de sus alas, su frente. No se atreve á andar. A poco que le miremos conoceremos que es una mujer. Es Margarita. Allí se queda de pié la infeliz, sin atreverse á andar ni un paso. Tiembla como azogada; pero el fuego de su pasion y de su

venganza la anima y la sostiene. El frio de la atmósfera la hace temblar. De pronto se apaga la lámpara, lo único que esclarecía la estancia. El miedo de Margarita se acrecienta. No puede sostenerse, y entonces se sienta en el frio suelo. En aquel mismo instante, en las negras piedras de la techumbre, resaltando en medio de la negra y espesa oscuridad, se ven unas fosfóricas letras que dicen: «Muera, muera, muera el tirano.» Aquellas letras, que parecen escritas en el aire por la mano invisible de algun génio, sorprenden á Margarita. Sin embargo, un quejido ronco sale de su pecho, y exclama con voz entera y firme y robusta: «Morirá.»

La oscuridad vuelve á caer sobre la terrible estancia. Parece que la noche es allí más tremenda y más espesa. De pronto se siente retemblar el suelo, Margarita quiere acogerse á la pared; pero no llega á tocarla. Un sudor frio baña su frente. Cuando las fuerzas le faltan, se acuerda de su venganza. Este recuerdo la sostiene, la anima. El temblor crece; de pronto se abre una gran sima. Por aquella sima sale un fuego rojizo, color de sangre, que tiñe de este color todos los ámbitos de aquel subterráneo. Margarita vé cruzar murciélagos, aves nocturnas al reflejo de aquel res-

plander parecido al fuego con que Miguel Angel pintó el infierno. De pronto se apagó el fuego; se quedó otra vez la estancia oscura; pero la sima quedó abierta, y un opaco resplandor iluminaba su terrible boca, que parecía las fauces de un monstruo mitológico. Un ruido inmenso de casca- beles, de campanillas, de fuertes detonaciones se oyó entonces, y una voz que decía: «Pasa, pasa, pasa contra el tirano.» Margarita se dirigió á la sima, púsose con planta firme al borde, y desapareció como si se la hubiera tragado la tierra.

Entonces se encontró en una estancia mejor. Estaba iluminada por dos velas que habia sobre una mesa. Las paredes se hallaban cubiertas de negro. El suelo alfombrado de negro y muy mul- lido. Margarita cerró los ojos al acercarse á la si- ma, vió que caia de alto; pero muy tardamente, y se encontró en aquella negra estancia. Algunas notas de un miserere, cantado á lo léjos, se oían. Las paredes estaban cubiertas de negro, el techo tambien, el pavimento, la mesa, todo, hasta una silla que junto á la mesa habia. Margarita se acer- có á la mesa y vió un papel, donde se encontra- ban escritas estas palabras: «Escribe del sacrifi- cio.» La jóven cogió la pluma y escribió estas pa- labras: «El hombre debe sacrificarse por el hom-

bre. Hay sacrificios tristes y cruentos; pero necesarios. Lo primero que debemos sacrificar en pró de una buena causa, es nuestro instinto de virtud. Este, sí, este y no otro, es el grande, el verdadero, el honroso sacrificio. Yo vengo aquí superando todos los instintos de mi naturaleza. Vengo por sacrificio. Pero creo que debo hacerlo por acabar con el tirano que tiene hechizado al rey, oprimido al pueblo. Decid que sacrifique todo cuanto hay de honrado y virtuoso en el corazón, lo sacrificaré. Dadme el puñal. Lo afilaré, prepararé el golpe y se lo asestaré; golpe certero en mitad del corazón.» Basta, basta, dijo en este instante una voz oscura y misteriosa.

Margarita se levantó. Una de aquellas paredes se abrió como si fuera una inmensa puerta. La joven no vió nada al través de las anchas, inmensas puertas. Las dos luces no penetraban en aquella pavorosa oscuridad. La joven, aunque con gran repugnancia, entró en las tinieblas. La pared se cerró á su espalda, y quedó sumida en un profundo silencio, sin ver nada, sin acertar á distinguir dónde se encontraba. Sintió un ruido como de unas gigantescas alas que se desplegaron. Mas abriendo los ojos con intensidad, nada, nada veía. El aire estaba agitado, temblaba, tenía frío. La

jóven no pensaba si aquel frio era hijo del terror ó hijo de la atmósfera. Una luz fosfórica cruzó entonces por el suelo. Margarita se cubrió el rostro con las manos. Había visto en el suelo huesos amontonados, calaveras, cadáveres, sepulcros entreabiertos, de donde salian sombras gigantes, cenizas, copas rotas manchadas de sangre, largas cabelleras, esqueletos, mortajas rotas, mil puñales. Por el aire cruzaban tambien esos fuegos en varias direcciones, fuegos de mil colores, y por el techo arañas gigantes, murciélagos, lechuzas, esqueletos montados en cañas de escobas, brujas, horrores sin cuento. Aquel mundo tenia una inmensa realidad. Parecia que era la naturaleza en el dia del juicio, abrasada por el fuego del cielo; descompuesta, sacada de quicio, pulverizada y destruida; la naturaleza convertida en un inmenso cadáver, sumida, devorada por todas las fuerzas de muerte, de esterminio, de triste y horrorosa descomposicion que hay en su seno. Y así como la vida es tan grata, como el espiritu se recrea en ver las frutas, las flores, el verdor del campo; el espiritu padece y se anonada delante de la descomposicion, de las ruinas del mundo orgánico, de la triste y pavorosa muerte. Así es que Margarita no osaba andar. «Pisa,

pisa, decía una voz; pisa, pisa el polvo, los huesos, las entrañas de las víctimas.» La joven andaba, los huesos humanos se rompían bajo sus plantas, como los huesos de las aves entre los dientes del sabueso. Aquel ruido era horrible. Al mismo tiempo largos ayes, profundos quejidos poblaban los aires. Del fondo de los sepulcros salía una llama pálida, amarillenta, y caían las piedras de los sepulcros, formando un ruido espantoso, que era á los oídos de Margarita como un triste y pavoroso eco de la triste y pavorosa eternidad.

Margarita temblaba como si una epilepsia sacudiera sus nervios, y desgarrase su corazón y sus carnes.

—¿Quién eres? decía una voz.

—Soy uno de vosotros; soy también víctima de la injusticia.

—¿Tienes valor?

—Tengo valor.

—¿Te asusta la muerte?

—No, cuando la muerte viene por la causa de la justicia.

—Mírala, mírala bien.

Y una luz amarillenta se extiende sobre todos aquellos tristes y aglomerados objetos, sobre

todos, y les daba una palidez horrible, muy horrible. Parecia la palidez de la muerte.

—La veo, la veo, dijo Margarita.

—Entra.

Y se abrió un sepulcro.

La jóven penetró en el sepulcro. No podia estar de pié. Se tendió, y la losa cayó sobre ella, y se quedó encerrada Margarita, alli, dentro del sepulcro, falta de respiracion, pues creia que iba á ser el último instante de su vida. Dentro de aquel triste y reducido espacio le asaltaban mil terribles pensamientos. Pareciale que probaba de antemano todos los horrores de la muerte. Allí, sin luz, casi sin aire, tendida como un cadáver, sola, sin saber nada de si, y sin oir nada, Margarita sintió un terror inmensamente más intenso que todos los terrores que la acompañaban en aquella terrible y espantosisima noche.

Despues que estuvo por largo espacio de tiempo encerrada en aquel gran sepulcro, sintió Margarita como que el fondo bajaba muy pausadamente á un abismo. Abrió los ojos, y se encontró en un largo pasadizo, donde se movian, como las lengüetas de una rueda de molino, infinitas espadas. Una voz cavernosa, le dijo: «Adelante,» y Margarita, con un valor heróico, fué separando

las espadas y siguiendo los pálidos resplandores de una pálida moribunda luz, que relucía en el último término del húmedo pasadizo. Por fin llegó, y vió una puerta gótica. La traspuso y entró en un salon. Era inmenso, y estaba tapizado de negro. Tres filas de bancos subian unas sobre otras del pavimento. Los asientos estaban ocupados por fantasmas vestidos de blanco, que parecian horrorosas sombras. Llevaban los seres allí sentados una larga túnica blanca, un cucurucho inmenso, que agrandaba de una manera extraordinaria su estatura. En el fondo del salon, al lado de una mesa cubierta de negro, se levantaban unos altos sillones coronados por unos buhos de talla gigantesca. En aquellos sillones se veian tres enmascarados vestidos con largos ropajes de color de sangre. Cuando Margarita entraba, el que parecia jefe de aquella misteriosa diabólica reunion, tenia estrechado contra su pecho á un sér vestido, como ella, de negro. Margarita reconoció en aquel sér á Eduardo.

Apenas habia entrado, cuando, mientras el conjurado en quien Margarita reconoció á Eduardo se retiraba á uno de los rincones de la estancia, el presidente decia:

—Acercaos, jóven.

—Margarita se acercó.

—Poned la mano sobre ese negro bulto que veis á vuestras plantas.

Margarita se inclinó para ver el bulto designado, y reconoció un cadáver. Un horror insuperable la retenia; pero su voluntad, superior en ella al instinto, se dominó pronto, é hincándose, puso la mano sobre el pecho del cadáver.

—¿Veis ese hombre?

—Sí.

—Pues fué un traidor.

—Entonces...

—Debeis jurar que deseais estar como él, si alguna vez faltais á vuestras promesas.

—Lo juro.

—Levantaos.

Margarita se incorporó, irguiendo la cabeza con altivez y con gracia.

—¿A qué venis aquí?

—A perseguir á los tiranos.

—¿Quién es el tirano?

—El conde de Asthur.

—¿Qué crees que debe hacerse con él?

Margarita vió relucir sobre la mesa un puñal; le cogió, y lo blandió en el aire, en ademán de dar puñaladas á un objeto. Un sordo rumor de

aprobacion corrió por toda aquella inmóvil asamblea.

—Habeis adivinado, dijo el presidente, el pensamiento de todos. ¿No es verdad, nobles conjurados? ¿No es verdad?

En este instante, infinidad de voces de los conjurados, unas oscuras, otras atipladas; unas serenas, otras turbadas; unas fuertes, otras débiles, comenzaron á decir, pero una tras otra: «Si, si, sí,» y aquellos horribles síes, se perdian como otras tantas maldiciones en la bóveda del salon.

—Pues bien, dijo el presidente, todo el tiempo que demoreis vuestra decision, es tiempo perdido; tiempo de que os pedirá estrechisima cuenta el severo juicio del Eterno.

—Ahora mismo, ahora mismo, en este instante, dijeron las voces á una.

—Proponed, exclamó el presidente; proponed vos, conjurado nuevo, los medios.

—Yo creo, dijo Margarita con voz serena y entera, creo que deben caer todos nuestros nombres en una urna. Que despues debe ponerse junto con esos nombres, uno que diga: «Vengador,» y aquel detrás de cuyo nombre salga este, aquel será el encargado de hundir ese agudisimo puñal en el infame pecho del tirano.

Las mismas voces y las mismas exclamaciones, acogieron las palabras de Margarita.

Después dos conjurados trajeron una urna, y todos fueron uno á uno arrojando su nombre en la urna. El presidente removi6 aquellos nombres, y le rogó á Margarita que se acercara. A la pálida luz de los hachones se comenzó á celebrar aquella horrible, espantosa lotería del crimen. Margarita, después de haber prestado infinitos juramentos, que no son para contados, comenzó á sacar los nombres.

Entre nombre y nombre habia un silencio profundo, horrible. Todos esperaban que les tocara la triste suerte, ó mejor dicho, todos lo temian. Por fin, salió el nombre de Eduardo. Margarita introdujo con una especie de locura la mano en la urna, y el presidente dijo después con voz grave y pausada: «Vengador, vengador, vengador.» Basta.

Un murmullo sordo de satisfaccion en unos, de temor en otros, sacudió la asamblea. Eduardo se adelantó en medio del salon con paso lento, pero seguro, mostrando su fria serenidad. El presidente bendecia el puñal, y se lo entregaba diciéndole estas palabras:

—Antes que se cumplan cuarenta dias, este

puñal se ha de hundir en el corazon del privado.
¿Lo jurais?

—Lo juro.

—Pues bien, si no lo hiciérais, mirad lo que pende sobre vuestra cabeza.

Y el presidente hizo una señal, y los conjurados hicieron relucir á la luz de los hachones mil puñales.

—¿Ves, ves los puñales?

—Si.

—Pues todos se cebarán en tu corazon si llegas á faltar.

—No faltaré; mi mano le asestará el golpe mortal.

Entonces, de enmedio de aquellas apiñadas sombras, se destacó una, se paró en medio del salon, se detuvo un instante con general asombro, se descinó de la blanca túnica, y mostrándose una distinguida figura, dijo:

—Asesta tu puñal en mi pecho; soy el conde, soy el conde.

En efecto, era el conde de Asthur. Su cara estaba pálida, como cubierta por la lividez del odio. Sus ojos centelleaban extraña luz. Su lábio inferior, ceñido con desprecio y trémulo, no podia ocultar la rabia que sacudia sus nervios. Su pe-

cho altivo respiraba con fuerza, como indicando y señalando con la respiracion el blanco, donde la mano armada de Eduardo debia asestar su agudo, su acerado puñal. Sus brazos estaban caidos como en la actitud de quien espera el golpe.

Al ver aquella figura, los conjurados abandonaron corriendo sus asientos, dando ahullidos feroces como los de las fieras perseguidas, y el presidente se hundió como los actores en un teatro, y todo quedó solo, completamente solo; y á la luz de aquellos hachones no se veia sino al conde Asthur, impasible y fiero, mirando con un desden soberano á sus dos asesinos, á Eduardo y Margarita.

Margarita, como fuera de sí, daba vueltas por el salon, buscando sin duda una puerta, queriendo saber por dónde se habian huido sus compañeros, llamando á las paredes, pisando con fuerza el pavimento, sobre las tablas, sobre los bancos, sobre todo, para ver si podia huir; no de otra suerte que el ave que en su jaula picotea todos los hierros y agita con sus alas el aire, para recobrar la perdida, la gozosa libertad, la libertad, que es la gran necesidad de nuestra existencia.

Pero todo era en vano. Ni las paredes ni el suelo ofrecian una salida. El instinto de la conserva-

cion, ese instinto tan superior á todos los movimientos, á todos los impulsos, á todos los afectos de nuestra vida; el instinto de conservacion hablaba con su poderosa é incontestable elocuencia en el ánimo agitado y dolorido de la desgraciada Margarita. Pero allí no habia salvacion, no habia posibilidad de fuga. Todo, todo estaba cerrado, y todo estaba en silencio. Nada se oia, absolutamente nada. Ni aun los pasos de seres humanos se oian, nada más que la respiracion fatigosa del conde Asthur, parecida á la respiracion de una fiera encerrada, acorralada por sus perseguidores. Por lo mismo, Margarita, en aquellos instantes supremos, sentíase como herida por una fuerza superior, por ese espanto, por ese temor á la muerte, que tanto puede en los corazones.

¿Por dónde habian desaparecido aquellos seres? ¿Qué se habian hecho aquellos conjurados, reunidos, congregados en un salon? ¿Qué habia sido de todos aquellos hombres? Nada, nada se veia. Todo era silencio, todo era oscuridad. La muerte, la muerte se pintaba á los ojos de Margarita, secos, áridos, á su corazon rebosando en aquellos instantes pasiones ardorosas; la muerte se dibujaba sobre su frente.

Eduardo, al revés de Margarita, estaba inmó-

vil. No sabia qué pensar de aquella súbita aparición, de aquel fantasma. Su brazo no tenia valor bastante para asestar el golpe, como su pecho no habia tenido fuerza para arrostrar el crimen. Dejábase impulsar del génio de Margarita, y le seguia. Era el alma de Eduardo una de esas almas en que no hay voluntad, la voluntad que es la fuerza y la potencia verdadera del alma. Así es que cuando se dejaba llevar de la corriente de sus deseos, caia en ese abatimiento, en esa negacion de si mismo, en esa dolorosa atonia, que eran verdaderas leyes de su carácter moral.

Margarita, cuando vió que todo estaba perdido, se acercó, con el ademan irritado de la leona, á donde estaba Eduardo, y con aire de fiera, le dijo:

—¡Aun no le has herido!

—Aun no, señora, dijo el conde.

—¡Ah! Nos han vendido, exclamó Margarita, llevándose la mano á la frente, como si todo aquello le pareciera un sueño.

—Vuestra venganza os ha vendido.

—Eduardo, dijo Margarita gritando y cogiendo el brazo á su marido; Eduardo, hiérele.

—Señora, añadió el conde, más vale que pensárais en lo que os va á suceder dentro de pocos instantes.

—¿Qué me va á suceder? ¿qué? decidlo.

—Oídme, exclamó el conde, cogiendo fuertemente del brazo á Margarita. Los asesinos, ¿qué merecen? Los que han premeditado un crimen horrible con frialdad inaudita, ¿qué castigo deben tener por las leyes divinas y humanas?

—La muerte, dijo Eduardo entonces, saliendo de su profundo abatimiento, solo la muerte.

—Vos lo habeis dicho, caballero; vos lo habeis dicho, exclamó el conde.

—Pues si merecen la muerte, exclamó Margarita, desasiéndose con fuerza del brazo del conde, si merecen la muerte, ¿qué haces, Eduardo, que no matas á ese asesino?

—¡Ah, señora! dijo el conde. Aun no he logrado acallar mi conciencia; aun felizmente en las horas más solemnes de la vida, cuanto de malo he podido hacer, suena y resuena en lo más profundo de mi alma. Yo os puedo asegurar que ningún asesinato, ninguno, me remuerde la conciencia. Sobre mi frente no ha caído ni una gota de sangre. ¿Podeis vos, Margarita, decir lo mismo?

—Ya sé yo que existen hombres en el mundo predestinados al mal, y que se creen buenos porque no han robado á nadie, porque no han cometido ningún asesinato, dijo en solemne tono Mar-

garita; ya lo sé. Mas robar á un alma el objeto legítimo de sus ambiciones, arrancarle parte de la vida, pisotear las entrañas de un desgraciado, interponerse en su camino, es un crimen, sí, es un crimen nefando, cien mil veces más triste que el asesinato, y ese crimen, vos, señor conde, vos, omnipotente, lo habeis cometido en mí; si, miradme bien, yo os diré lo que os callan vuestros remordimientos, yo soy vuestra víctima.

—¡Mi víctima! Bien tratábais, Margarita, de volveros contra el sacrificador. Bien espiábais al pié del ara el instante propicio para clavarle vuestro aguijon de vibora.

—Señor conde, es mi esposa, dijo Eduardo, levantando la voz con rábia.

—No tengo yo la culpa de que vos hayais elegido á una vibora por esposa.

—¿Qué decis? exclamó Eduardo, montando en cólera.

—¿Qué os puedo yo decir, cuitado, que no os diga el lugar donde estais, el puñal asesino en vuestra mano, y el cadalso, levantándose ya en la plaza de Nápoles para recibir vuestra cabeza? dijo el conde en ademan terrible y severo.

—¡Ay, Eduardo, Eduardo! exclamó Margarita, arrojándose en los brazos del jóven.

—¿El cadalso decis? gritó Eduardo.

—No lo digo yo, lo dice vuestra conciencia.

En esto el conde dió algunos pasos hácia la mesa, donde ardian los hachones.

—¿Lo oyes, Eduardo, lo oyes? somos perdidos, decia Margarita en voz muy baja, ¿lo oyes? Estamos perdidos, completamente perdidos. ¡Qué desdichados! Mátales, Eduardo, mátales, y nos salvamos, y si no nos vengamos. Si, Eduardo, nos vengamos. Vente, vente conmigo, y le clavaremos el puñal en el pecho. Mira, va á mandar quizá que nos asesinen.

—No, no lo hará, decia Eduardo.

—¡Oh! No le conoces, no le conoces. Por Dios, Eduardo, por Dios, mátales. Salva tu vida.

—Me es indiferente.

—Mira, está escribiendo otra vez nuestra sentencia de muerte.

—Déjalo.

—Salva tu vida.

—Ya te he dicho que me es indiferente.

—Salva la vida de tu esposa.

A estas palabras, Eduardo, embriagado por el aliento, por la palabra de Margarita, como siempre, se dirigió al conde acariciando el puñal, y cuando le tuvo cerca, le alzó con rábia y lo quiso

clavar en su pecho. Entonces el conde produjo un fuerte sonido con un instrumento particular que habia sobre la mesa, muy parecido á una campana china. Y aun no se habia comunicado el sonido al aire, cuando Margarita dió un grito espantoso, y Eduardo clavó el puñal en el pecho del conde, que le cogió el brazo con fuerza, si bien palideciendo, sin duda, porque el puñal le habia herido.

Pero en aquel instante se abrieron unas grandes puertas en el fondo, y aparecieron un gran número de guardias, soldados, y jueces y escribanos, y otros mil personajes con gran orden. Algunas hachas iluminaban esta, por más de un concepto, espantosa y trágica y terrible escena.

El conde, con una mano detenía la sangre que le salía de la herida, y con la otra señalaba trémulo á las dos figuras que estaban envueltas en sus capuchones negros en el fondo de la estancia.

—Mirad, mirad, decía, esos son mis asesinos; esos.

—¡Muerto, muerto! exclamaron varias voces.
¡Muerto el conde!

—No, no, dijo este; muerto no, pero si herido.

Una de las infinitas personas agrupadas á la

puerta, se destacó del grupo y se dirigió con solicitud á la silla donde se encontraba medio desmayado el conde. Era sin duda un médico.

—Aquí, aquí debe haber vendas, dijo, y tiró de un cajon de la mesa, y se puso en el mismo instante á curar la herida.

Mientras tanto, uno de los que por su traje parecían jueces, pronunciando con voz solemne los nombres de Eduardo y Margarita, exclamó:

—En nombre del rey, si, ¿lo oís? en nombre del rey, daos presos.

Margarita lanzó un gemido agudísimo, y se abrazó á Eduardo. Eduardo dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Presos, dijo Margarita, retorciéndose las manos con dolor, presos.

—¡Resignacion, Margarita! Esta es nuestra suerte. Dios lo quiere.

—Mi libertad, mi libertad perdida.

Eduardo, acercándose al oido de Margarita, le dijo:

—Lo merecemos.

—Eduardo, dijo Margarita, tus pronósticos, tu incertidumbre, tu duda, nos han traído todas estas desgracias.

Eran tantas las emociones que habian agitado

el pecho de Margarita, que la infeliz se sentó diciendo:

—No puedo ya sufrir más.

—Pues ahora comenzamos, exclamó Eduardo.

—¡Una cárcel!

—Un cadalso, dijeras mejor.

—¡Dios mio! un cadalso; eso no, eso no puede ser, eso no será.

—Calla, Margarita, calla.

La jóven, que llevaba aun su antifaz, se lo arrancó de la cara, se quitó el negro capuchon, y dejó ver su faz hermosa, sus rubios cabellos, que le caian en desórden sobre la espalda.

—Señores, señores, dijo dirigiéndose á los jueces, á las guardias; señores, dejadme, dejadme que me vaya. Por caridad; necesito luz, necesito aire; me ahogo. No martiriceis á una infeliz mujer; no querais quitarme la libertad; ¡oh! la libertad, que es el mayor bien del mundo. Apia-daos de mis lágrimas; apiadaos de mi corazon herido y enfermo. Por Dios, dejadme, dejadme salir.

Aquellos hombres estaban impasibles. Solo se oia el ruido de la pluma de uno de los magistrados, que corria sobre el papel, y las preguntas del médico al conde, que iba recobrando las perdidas fuerzas.

—Por Dios, señores, por Dios, continuaba Margarita. Una mujer no puede hacer daño á nadie; no lo ha hecho nunca. Yo os lo pido; yo os lo juro. Salvarme, salvarme; sacadme de aquí, si sacadme. Caballeros, lo pide una dama. Y cayó de rodillas.

Entonces Eduardo se levantó, cogió dulcemente á Margarita del brazo, y se la llevó á su lado con gran fuerza y con gran valor, por más que Margarita procuraba desasirse y ver de cautivar el ánimo de sus carceleros, de sus guardias y de sus jueces.

Mientras esto pasaba, el conde se habia restablecido un poco, merced á los cuidados del médico, y salia apoyado en su brazo de la estancia, diciendo á los dos jóvenes:

—Mirad, es mi sangre. Así correrá la vuestra en un cadalso.

Se apagaron las velas, huyeron todos los que habian aparecido á la puerta; cerráronse las puertas, y Margarita en aquel instante dió un grito, y cayó desmayada en el pavimento.

XXVII.

El conde Asthur está tendido en su lecho, postrado por el dolor y por la fiebre. Sus ojos centellean fuego; su frente arde; sus labios secos, áridos, modulan esta palabra: Angela, Angela, Angela, constantemente. Un servidor fiel le cuida, vela por él, quiere arrancarle aquel nombre de los labios, aquel recuerdo de la mente, aquella imagen de los ojos. Le habla, le distrae, pero todo en vano. El conde no atiende á nadie; no atiende más que á la pasión en que se abrasa; á la idea de que está poseída su mente. El fuego de su pasión es toda su vida. Sueña que está en un bosque delicioso. Los árboles, entrelazándose dejan entrever pliegues del cielo, y dejan penetrar rayos del sol, que se quiebran en sus ramas, y forman con las sombras mil caprichosos juegos en la menuda y dorada arena. Un arroyo,

desatándose en mil corrientes, serpentea entre el césped, arrastrando en sus ondas hojas caídas de las rosas, y azucenas que en sus cristales se miran. El monótono chirrido de la cigarra se mezcla con el canto de mil parleras aves entre la verde enramada escondidas, aves que huyen de vez en cuando á beber y á lavarse sus plumas en el trasparente arroyo. El conde, de rodillas, está cogiendo rosas, jazmines, lirios, azucenas, y tegiendo una hermosísima corona. Es para Angela, que juega en el césped, teniendo en una mano un manojo de rosas que da á un corderillo, y en el hueco de la otra mano un sorbo de agua que bebe una paloma; sus lábios sonrien, y sus ojos se pierden, como arrobados por un éxtasis, en el cielo, que se descubre más claro, más azul, y más hermoso, entre las ramas de los árboles. El conde, tendido en la yerba, no mira, ni el cielo, ni el arroyo, ni los árboles; mira á Angela. Sus ojos le parecen más hermosos que el cielo; sus lábios más fragantes y puros que la rosa; sus cabellos esparcidos y dulcemente mecidos por las áuras, le parece que exhalan un aroma mucho más suave que el nardo. Cuadro hermosísimo, que finge á sus ojos secos la horrible calentura.

—Angela, Angela, murmuró. Angela, tengo sed; pero es de verte, sí, de verte más.

—Señor, por Dios, dice el criado al conde.

—¡Angela, te estoy mirando!

—Volved en vos, conde.

—Tus cabellos, tu aliento, tus lábios.....

—Señor conde.

—¡Qué feliz soy! Solo quiero estar contigo; ya no me duele la herida. ¡Ah! Te amo. Cada vez que te veo, se renueva mi sangre. Sin tu aliento no puedo respirar. No hay en el mundo para mí más aire que tu aliento. Cuando cierras los ojos, me quedo á oscuras. Son tus ojos mi luz, toda mi luz. El cielo no es cielo, el cielo es tu alma; por eso es tan azul. Baja la paloma á beber en tu mano, porque en tu mano solo quiere beber. Eres la vida, toda la vida. ¡Qué frescura! ¡Ah! Ya, ya. Has suspirado, y has embalsamado todo el aire. Bien mio, bien mio. ¿Te vas? No me importa; aunque te vayas de ahí, de aquí, del corazon no te has de ir. Aquí estas, aquí en mi alma, conmigo, sí, conmigo ya.

Y el conde quedó dormido en un tranquilo sueño. Una sonrisa placentera se dibujaba en sus lábios. En esto entró un nuevo criado de la casa.

—¿Comó está, Frank? preguntó.

—Se ha dormido.

—¿Ha dejado su manía?

—Pronunciando el mismo nombre se ha dormido.

—¡Qué constancia!

—Salgamos á la pieza inmediata ahora que duerme.

Y en efecto, los dos mozos salieron.

—Pero ¿qué te parece, Frank, de nuestro amo?

—Dicen los médicos que está mejor.

—¿Pero esa manía?

—Es un amor desesperante por esa artista.

—¿No podría casarse? Ya que es una jóven de tan puras costumbres.....

—Eso le han aconsejado; mas ella no quiere.

—¡Qué desgracia!

—El rey, que tanto quiere al conde, se lo ha rogado á Angela.

—¿Qué?

—Que se casara con el conde.

—¡Y ella!

—No ha querido.

—¡Qué aberracion! Un favorito de un rey, un jóven de tan altas prendas, el caballero más poderoso del reino.

—Pues ahí verás. ¡Caprichos de las mujeres! Una noche, la noche que dió la señora condesa, la madre del señor conde, un baile, fué convidada, y asistió al baile. Sus numerosos amigos le pidieron que cantara. Cantó un ária de la *Sonámbula*. Esa música le produjo al conde una enagenacion tal, que parecia que se iba á volver loco. Bien es verdad que canta como un serafin. ¡Qué voz, qué expresion, qué dulzura! Vamos, cuando te digo que yo estaba loco..... Esa música que oyes en todos los pianos de Nápoles, que tocan las arpas de los saboyanos y los mil organillos que llenan nuestras calles, esa música, que nuestros lazaronis talarean, parecia en sus lábios el canto de un serafin bajado del cielo. Nadie respiraba; nadie se movia. Todos escuchaban como si les faltara oidos para oir, alma para atender. ¡Qué delicia! Cuando se concluyeron aquellas dulces armonías, el conde se acercó y la cogió del brazo. Apoyáronse en una ventana cerca de donde yo estaba. El conde le habló con toda el alma. ¡Cuántas ternezas le dijo! ¡Qué manera de retratarle su pasion, su amor! No se puede ya decir más. Angela lloraba. El conde, cuando la vió llorar, le dijo: «¡Oh! ¿Me amais?» «No: os creo; y siento que los dos seamos tan desgraciados. Yo no puedo,

yo no debo amar; yo nunca os amaré; pero no creais que es por vos, no, es porque yo no puedo amar. Si pudiera amar, os lo diria; yo os amaria solo á vos, solo á vos, conde.» Y el conde al oir esto, se echó á llorar, si, á sollozar como un niño. Y Angela se apartó de alli con los ojos llorosos, y se confundió en el salon, pues tambien lloraba.

Despues, segun me han contado, el rey llamó á la jóven, y le prometió ser su padrino de boda. He oido contar esta entrevista á una de las personas que la presenciaron, y conservó todas las palabras que en persona dijo.

—Angela, le dijo el rey, de vos pende la vida de un hombre.

—No lo creo, no lo puedo creer, señor, dijo Angela.

—Pues yo os lo digo.

—Es la primera noticia que tengo.

—No os ruboriceis, ni en medio del rubor querais engañaros á vos misma. Todo lo sabeis.

—Pues bien, señor, dijo Angela, cubriéndose el rostro con las manos; lo sé todo.

—¿Y no podeis volver la vida á ese hombre?

—Señor, no puede dar la vida quien solo anda la muerte.

— ¡Angela! tendreis una corona de condesa.

— No podria sobrellevarla mi frente.

— ¡Ricas herencias!

— Me sobra para vivir holgadamente mi canto.

— Tendreis poder.

— ¿Para qué lo quiero yo?

— Reinareis en mi corte por el talento y la hermosura.

— No lo ambiciono.

— Angela, despreciais el ruego de un rey.

— Mandad, señor, lo que yo pueda cumplir; pero no mandeis, por piedad, en el alma, porque el alma no es de la tierra.

— ¿No quereis amar al conde?

— No puedo.

— Pues sacrificaos. Os ruego que os caseis sin amor.

— ¡Nunca, qué horror, nunca! Lejos de mi tal pensamiento. ¡Yo proferir con los lábios un juramento que rechaza el corazon! ¡Yo engañar á un hombre leal, y á un hombre que, segun dice, me ama! ¡Yo profanar con aleve mentira mi lábio, y el altar, y la presencia de Dios! ¡Oh! nunca. Antes mil veces preferiré la muerte; antes mil veces todos los tormentos. Fingir amor, vivir al lado de un sér que nos es indiferente,

engañarle, mintiéndole pasión, entusiasmo, rodear su vida de ilusiones, que no son más que ponzoñosas víboras; eso nunca, nunca; antes, ya lo he dicho, antes la muerte.

—¡Angela!

—Perdon, señor, perdon, exclamó Angela, arrojándose á las plantas del rey, perdonadme. Yo quisiera poder amarle; pero, aquí, en el corazón, no hay más que aspiraciones al cielo. Si viérais, cómo ahora, cuando la vida parece más gozosa, es triste é indiferente la vida. Si viérais cómo deseo dejar de oír esos aplausos, esos gritos de la muchedumbre. ¡Si lo viérais! Perdonad; pero, ni ahora, ni nunca, amaré al conde. Nunca, nunca.

Y Angela lloraba de tal manera, que conmovió profundamente al rey.

Cuando el criado llegó á este momento de su pintoresca y verídica relación, entró un personaje en el salón, diciendo:

—Frank, Frank.

—Señor médico.....

—Llévame á tu amo. ¿Cómo ha pasado la noche?

—Siempre lo mismo.

—¡Extrañísimo sueño!

—Siempre lo mismo, señor.

Entraron; el conde se habia despertado, y estaba tranquilo, aunque mirando un retrato de Angela, que se veia en uno de los dos ángulos de su gabinete.

—¿Cómo estais? le preguntó el médico.

—Estoy bien.

—En efecto, ha calmado la calentura.

—Mi dolor no es físico.

—La herida está ya completamente curada.

—Mi herida está más honda, doctor.

—Es verdad; y á esas heridas no alcanza la ciencia médica.

—¡Ah! Ninguna ciencia.

—Mas puede mucho la voluntad.

—No lo creais, no puede nada.

—Porque vos no os habeis empeñado....

—¡Ah doctor! Vos veis que la materia os obedece; veis que las llagas se curan con vuestros cáusticos; veis que los males huyen con vuestros conjuros, y creéis que en el alma es lo mismo, el alma, cuyos tormentos son infinitos, y tan perdurables como su misma esencia. He querido rendirme ante otras hermosuras, todas me han parecido pálidas é inanimadas; he querido buscar todos los placeres, todos me han hastiado. Me he distraído hasta en odiar y perseguir á mis enemi-

gos, y el odio no ha podido consumir este amor. He ofrecido el pecho á los puñales de mis enemigos; y los puñales de mis enemigos, como no han podido arrancarme su imágen del corazon no han podido arrancarme la vida. Y vedme aquí con este delirio siempre igual, siempre creciente; con esta sed abrasadora del alma, que nada puede saciar, con este combate de amor, que no satisfaria ni todo el universo.

Y el conde, que se habia incorporado sobre la cama por la fuerza de su palabra, se dejó caer sin fuerzas sobre la almohada.

—Infeliz, infeliz! dijo el médico.

—¡Infeliz! No lo creais; no lo soy. Me moriré pronto, muy pronto..... Pero no creais..... que sufro, no sufro..... Quiero este sufrimiento; más lo quiero que mi antigua alegría..... Aquello era falta de vida; esto es sobra de vida. Quiero que la vida me sobre..... La amo, sí, la amo.

—Pero..... señor conde, hablemos de otra cosa, de vuestros enemigos, de vuestra venganza.

—¡Ah! teneis razon, dijo el conde más tranquilo. Cayeron en el lazo; están presos. Los tribunales los sentenciarán. Ese es mi único placer, la venganza. Eduardo y Margarita serán sacrificados á mi venganza. Creian los estúpidos que

en Nápoles habia lugares donde no alcanzaba mi poder; creian que podian sustraerse á mi influjo; creian que iban á deslizarse entre mis manos, que iban á concluir conmigo, y se engañaron. Me hirieron, porque me dejé herir, pues me era completamente indiferente, de todo punto indiferente el alma, y la vida, y la existencia, y el poder, aunque no me era indiferente la venganza.

XXVIII.

Dejemos al conde, y convirtamos los ojos á sus víctimas, á Eduardo y Margarita. Sacáronlos á viva fuerza de la estancia, y en un coche cerrado los condujeron por el campo, y por largas calles y callejuelas, y encrucijadas, hasta dejarlos por fin en un torreón, donde les tenían preparada una honda cárcel. Los primeros días los pasaron juntos. La fiereza de Margarita se habia apagado. Como todas las pasiones violentas, habia perdido mucho de su fuerza. En cambio, la impasibilidad de Eduardo continuaba en su mismo ser y estado. ¡Qué cambio tan repentino en la suerte de aquellos dos desgraciados seres! Margarita, desde la altura de su posición, reina y señora de los grandes salones, modelo de la moda de Nápoles, envidia de todas las hermosas, delicia de la corte, habia caído en su prision ¡Pero qué prision! El

suelo era húmedo, las paredes salitrosas, el techo, abovedado, estaba cubierto de telarañas; un pequeño tragaluz dejaba pasar un resplandor mortecino, que parecía hacer más palpables y más terribles las frias y espesas sombras. Un monton de paja era todo su lecho. La monotonía del tiempo, el dolor de sus corazones profundamente heridos, lo asqueroso del lugar, la incertidumbre de su suerte, la ignorancia misma de los medios por que habian sido aprehendidos y conducidos á tan estrecho y angustioso lugar, todo desesperaba, afligia imponderablemente sus corazones. Allí recordaba Margarita aquellos dias de triunfo, en que á las orillas del mar paseaba rodeada de innumerable cortejo de aduladores, amantes más ó ménos fingidos; allí recordaba aquellas noches de estío, en que sus jardines se tornaban en un paraíso, y mil luminarias lucian entrelazadas en las ramas, y todo era contento y alegría. Allí recordaba sus paseos por el mar, á la luz de la luna, en una góndola iluminada, oyendo el cántico del gondolero, que repetia en son cadencioso y armoniosísimo algunos versos del Dante, algunas amorosas endechas de Petrarca; allí, en fin, se retrataba á sus ojos toda su vida pasada, toda su extinguida felicidad. ¿Quién le habia de decir que tan pronto la aban-

donaria la fortuna? ¿Quién podía creer que sus dias de felicidad se habian de deshojar como una rosa que se lleva el viento? ¿Quién que desde sus palacios encantados habia de caer ella, tan envidiada, en el fondo de un calabozo oscuro, y sin aire? Tremenda desgracia, acaso la más cruel de las desgracias que puede imaginar el genio humano, tan fecundo en idear tormentos. Las primeras horas de los dos esposos fueron de asombro. Las emociones por que habian pasado, no les dejaban tiempo para pensar en el cambio de su suerte. Aquellas mil fantasmogorías, aquellas ceremonias, aquellos no imaginables peligros, aquella aparicion fantástica del conde, aquella desaparicion no ménos fantástica de los conjurados, los insultos que mediaron, la sangre vertida, los jueces, las amenazas, los malos tratamientos, su soledad por algunos instantes, los esbirros que los atarón, el negro y triste coche en que fueron encerrados, y en que temieron ahogarse; la prision, aquella prision, sin aire para respirar, sin luz para ver, todo aquello tan inexplicable, era como una pesadilla á sus ojos, como un sueño, que pretendian sacudir, que pretendian desvanecer inútilmente.

Pero despues vino la experiencia; vieron que no se abria su calabozo, que por una trampa les

bajaban comida y bebida, pero que no entraba sér humano á verlos, y así por una experiencia dolorosísima, tremenda, angustiosa, se convencieron de la certeza de su desgracia; que nada hay tan difícil de creer para el espíritu, como el angustioso y triste, y desolador, y horrible infortunio; el infortunio, que suele ser el protagonista en la tragedia de nuestra, por tantos conceptos, trabajosa existencia. Así pasaban los días, aquellos pálidos días sin luz; así las noches, aquellas eternas noches, en que un triste farolillo alumbraba la estancia, sin que hiciera otra cosa más que ennegrecer y acrecentar las negras sombras. Eduardo alguna vez se sonreía, hablaba indiferentemente por consolar, por distraer á Margarita. Pero bien pronto caía en un silencio, en que nada hacía, nada pensaba, especie de frío letargo del alma. Así pasaba sus noches y sus días. Había momentos de hastío infinito, momentos de una desesperación, en que mil veces se hubiera dado con la cabeza contra las paredes, si Dios no hubiera antes venido como en los grandes lances de la vida sucede casi siempre, con su inagotable justicia, con su inagotable y divina misericordia.

—¿Qué será de nosotros? preguntaban. ¿Cuándo un corazón se apiadará de nuestra suerte?

¿Cuándo oiremos una voz humana, que nos consuele, un corazón que nos aliente? ¿Vá á ser esto eterno? Algunas veces la idea de una próxima muerte se aparecía á sus ojos, idea horrible, que hacia lanzar á Margarita un grito desgarrador y agudísimo, grito de horrible miedo. Nadie, nadie teme á la muerte como el que tiene empañada la conciencia. Suelen reirse muchos de eso que llaman preocupaciones de la muerte; y sin embargo cuando la muerte se acerca, el más despreocupado es el más temeroso. Para el hombre que tiene fê en la inmortalidad del alma, y que posee una conciencia serena y tranquila, esa muerte tan temida no es más que una transformacion gloriosa de la existencia, en que el espiritu irradia de su seno nueva luz, nueva y más gloriosa vida.

Así Margarita, en este supremo instante, se sentia más temerosa, más débil de lo que hubiera estado otra alma, si ménos fuerte, más limpia. Un delirio de miedo la poseia. Temblaba, temia hasta que se abriera la puerta, no fuera que al abrirse le anunciara la fatal nueva. El temor á la muerte era hasta cierto punto una compensacion á sus penas, porque le hacia amable hasta el mismo calabozo. Al revés Eduardo, su deseo era morir. Su vida le parecia insufrible. Para mayor tor-

mento, su vida, por una reaccion espantosa sobre sí misma, se habia refugiado en el recuerdo de aquellos primeros dias en que iba á la cabaña de Angela. Y habia instantes en que un remordimiento agudísimo taladraba sus sienes, como si fuera una triste y martirizadora corona de espinas.

En uno de esos dias angustiosos y largos, conversaban Eduardo y Margarita.

—¿Quién me habia de decir lo que está por mí pasando?

—Ya lo ves, Margarita. ¡Cuántas veces lo he profetizado!

—¡No saber nada de cuanto pasa á nuestro alrededor! ¡No tener noticia del mundo! Parece que la tierra se ha arruinado sobre nosotros, y que ningun sér ha sobrevivido en esta catástrofe más que nosotros dos en la universal ruina.

—Es mucho padecer este.

—No comprendo martirio mayor. Me he puesto á pensar sobre todos los horrores del infierno del Dante. Allí debe padecer mucho, muchísimo el cuerpo, y sin embargo, sus horrores no son como este horror. El frio glacial, la humedad, la carencia de luz, las arañas, todo, todo me atormenta.

—Pero, ¿por qué te quejas tanto?

—¿Y qué quieres que haga?

—Resignarte.

—No he comprendido nunca la resignacion.

—¡Ay, Margarita! Cuando tanto sufres, la resignacion solo es un gran escudo.

—Ya se vé, no hay otro remedio. Resígneme ó no, lo mismo he de padecer.

—Lo peor es la incertidumbre.

—No, no hay, no puede haber incertidumbre. Si alguna vez se abre esa puerta, será como si se levantara la piedra del sepulcro.

—¿Y qué?

—Todo te es indiferente. Pero no á mi, Eduardo, no á mí. Yo siento latir demasiado la vida para resignarme á morir. Yo no quiero dar ese espectáculo á la naturaleza y al pueblo de Nápoles.

—¡Oh! ¿Y en qué se diferencia esta vida de la vida del sepulcro? Quizá, cuando muertos, descansemos; pero ahora...

—Tienes razon. Esta vida es insufrible.

—¡Insufrible!

—Yo, muchas veces, Eduardo, he aplicado el oido á las paredes. Ni un paso, ni el ruido de las llaves, que horroriza á otros prisioneros y que podría ser, ¡tan amarga es nuestra suerte! podría

ser algun consuelo en esta tremenda, eterna noche.

—Y nada has oído?

—Nada. No se oye de sér humano ni un eco.

Se abre esa alta ventana como por encantamiento y descende ese pedazo de pan que amasamos con nuestras lágrimas.

—Te oí en sueños llamar.

—Sí. Quise saber si habia alguien que se apiadara de nosotros, y dije al que abria la puerta: Apiadaos, señor, de nosotros.

—¿Y no te contestó?

—Solo me pareció que dejaba caer la horrible puerta con más impulso, con más fuerza que nunca. ¿Y lo querrás creer? Me alegré.

—¿Por qué?

—Porque detrás de aquel golpe dado con más fuerza, veia yo un afecto; porque en aquel horrible ruido habia algo, aunque triste, que interrumpia el triste y monótono transcurrir de esta nuestra horrorosa vida.

—¿Quién lo habia de creer, Margarita?

—¡Oh, Eduardo! Muchas veces he pensado, ¡ahora que piso arañas! en aquellos dias en que pisaba rosas. Muchas veces en esta soledad me he acordado de nuestros bailes, en que no cabia la gente. Muchas veces, en esta negra oscuridad,

me ha asaltado la idea, la triste idea de aquellas noches iluminadas por mil bugías, ó de aquellas tardes en que mirábamos al sol hundirse majestuoso en las azules ondas del golfo.

—Cuadros son que, mirados desde aquí, tienen una hermosura desesperante.

—Y cuando he oído rechinar la puerta, ó los tristes ruidos que aquí se sienten, ¿á que no sabes de qué me he acordado?

—¿De qué?

—De la ópera, Eduardo, de aquellas noches en que Angela cantaba sus endechas amorosas, que inundaba de plácida melancolía los aires.

—¡Ay, Margarita!

—¡Te quejas! Recuerdas que tú hubieras podido ser feliz con Angela.

—No quieras aumentar mis tormentos.

—Es verdad, tienes razon. Ella hubiera llenado de encantos tu vida, yo la he llenado de dolores; ella hubiera sido tu alegría, yo soy tu tormento.

—Calla, por piedad, calla.

—Tú hubieras podido elegir entre el bien y el mal, entre el cielo y la tierra; tú podías haber subido en brazos de Angela al cielo, y has querido venir conmigo al infierno. Ya estás, Eduardo, en el infierno. Lo siento; me aborreces.

—Calla, Margarita, por Dios. Yo seguí la fatal lógica de mis acciones. La olvidé; te seguí. He venido hasta aquí, y he venido por mi libre voluntad. En este abismo he caído como la piedra en su centro de gravedad.

—¡Oh! Si alguna vez pudiéramos salir de aquí yo te dejaria libertad, sí, la libertad que necesitas.

—Ya sabes que soy tu esclavo.

—Y en medio de todo, á decir verdad, el que nuestros verdugos no nos hayan separado, es una felicidad.

—¡Oh! La soledad aquí sería espantosísima.

—No quiero pensarlo. ¡Separarnos! ¡Oh! Creo que me moriria.

—No temas eso.

—¡Ay! ¡Me ahogo! Este aire se respira tan mal; parece que está emponzoñado. Esto de no ver la luz es insufrible. El frio me hace temblar siempre, siempre. ¡Temblor eterno! Los mil animaluchos que veo rodar por el suelo, las arañas, los escarabajos, ¡oh, Dios! todo esto es atroz. Dios mio, ¿cuándo saldré de aquí? ¿Cuándo podré yo respirar más libremente, cuándo?

—¡Oh! Muy tarde será.

—Si al ménos pudiera andar... Tengo entu-

mecidos todos mis miembros. Me pesa todo el cuerpo. Apenas puedo moverme. ¡Qué pena!

—No te quejes, Margarita, que me partes el pecho.

—Chist, calla, calla.

—¿Qué, qué?

—Calla.

—Pero, ¿qué te pasa?

—No te muevas.

—¿Qué te pasa?

—Oigo ruido.

—¡Ruido!

—Si.

—Atiende.

—Me parece que oigo sonar unas llaves.

—¿Unas llaves?

—¡Y pasos!

—Se acercan.

—Ya no los oigo.

—Callemos.

—Ya vuelvo á oír.

—¿Hablan, hablan?

—Se acercan.

—¿De veras?

—Tiemblo.

—¿Por qué?

—Porque me parece que van á ser el nuncio de una mala ventura.

—Déjate de aprensiones.

—¡Ay, Eduardo!

—Calla.

—Oye. Suena una llave en la puerta.

—Levantémonos.

Los dos jóvenes se levantaron; apoyáronse fuertemente uno en otro, y esperaron aquel instante. La puerta, se abrió, y aparecieron tres enmascarados con tres largos chuzos y tres faroles. Inclináronse solemnemente, y uno de ellos les dijo en tono solemne:

—Queremos hablaros.

—Pues hablad.

—Ya sabeis que pesa sobre vosotros la justicia humana con todo su peso.

—Lo sabemos.

—Vosotros tramasteis la muerte del conde Asthur.

—Yo solo, dijo Eduardo.

—Y vuestra mujer tambien.

—Yo solo; yo le heri.

Margarita temblaba, cogia las manos de Eduardo, como queriendo libertarse en tan tremendo lance de contestar al interrogatorio.

—¿Y no sabeis toda la trascendencia de vuestro crimen?

—No habéis en plural, caballero, decia Eduardo, de mi crimen.

—El peso de la justicia alcanza tambien á vuestra mujer.

Margarita exhaló un agudísimo quejido, un largo y agudísimo sollozo.

—Pero despues de todo, ¿qué sois aquí vosotros?

—No quieras saberlo.

—¿Quiénes sois?

—Tenemos derecho sobre ti.

—¿En nombre de qué ley?

—En nombre de Dios.

—¡Malvados!

—No oimos, Eduardo, vuestros dicterios.

—¡Malvados!

—Siento mucho, decia el mayor de los enmascarados, daros una noticia.

—¿Cuál? ¿La muerte? Venga, venga la muerte.

—No, no es la muerte.

—¿Qué es?

—Me causa pena el decirlo.

—Nunca se vió un verdugo más plácido, contestó Eduardo riendo.

—Pues bien, será necesario decirlo.

—Pues acabad, acabad.

—Sabed...

—Adelante, dijo Eduardo impaciente.

—Sabed que la justicia manda que os separeis, que vuestra esposa vaya á un calabozo inmediato.

Apenas oyó esta terrible palabra de separacion, Margarita levantó los ojos y los brazos al cielo, dando un grito horrible, un grito de dolor, que traspasaba todos los corazones.

—¡Separarnos! Señores, ¿hasta ese punto llevais vuestra crueldad? dijo Eduardo. ¿No os basta nuestro martirio? ¿Quereis acibararlo todavia más? Dejadnos, dejadnos aquí con nuestro martirio.

—Señores, decia Margarita, por Dios. Me voy á morir de miedo. En la soledad de un calabozo me moriré, ¡Ay! Este me parece ahora el paraiso, me parece la gloria.

—Nosotros no mandamos, obedecemos. Os damos las únicas órdenes que hemos recibido. Acata las.

—¡Santo cielo! dijo Margarita con un acento indescifrable. ¡Separarme de él! ¡Oh! Recibiria con ménos horror la noticia de mi muerte.

—Si algun crimen hemos cometido, dijo Eduardo, lo hemos cometido juntos. La responsabilidad debe ser igual. Por consiguiente, tenednos en un mismo calabozo, sí, dejadnos aquí.

—Eso es, señores. ¡Oh! Yo conozco, decia Margarita, que mi alma se ha enaltecido con el infortunio; por lo mismo ni para gozar de libertad saldria de aquí, del lado de mi esposo.

Estas sublimes palabras de Margarita conmovieron profundamente á Eduardo. El dolor habia sido un bautismo para aquella alma enferma y oscurificada. Nunca la naturaleza humana es tan perversa, que no encuentre algun sentimiento sublime, alguna reminiscencia del cielo.

—Señores, dijo el enmascarado, acabad.

—¿Con que no hay remedio? preguntó Margarita.

—No hay remedio, dijo el enmascarado.

—Yo no os obedezco, exclamó Margarita.

—No, no, gritaba Eduardo.

—Obedecereis á viva fuerza.

—¡Oh! Venid á arrancarme de sus brazos, dijo la jóven, estrechando con fuerza á Eduardo contra su corazon.

—No os empeñeis en ello, exclamó el esbirro.

—No, no me arrancareis. ¡Oh! Teneis mujer,

teneis hijos. Por vuestra esposa, por vuestros hijos, dejadnos aquí, dejadnos solos. No nos hagais pasar este trance tan tremendo, tan cruel, tan amargo. ¡Por Dios, por Dios que nos oye! ¡Ah! ¿Quién sabe si alguna vez pedireis á Dios justicia y misericordia, y no encontrareis en el mundo ni misericordia ni justicia? Atendednos á nosotros que la pedimos en este instante, y os la pedimos con el corazon desgarrado y los ojos llenos de lágrimas. ¡Por Dios, por Dios, señores! No nos mateis, no nos mateis.

Y Margarita lloraba como una Magdalena.

—Señores, mucho lo sentimos, pero es imposible.

—¡Imposible! El hacer bien nunca es imposible, dijo Eduardo.

—Esta separacion es peor que la muerte, dijo Margarita.

—Si, matadnos, añadió Eduardo, matadnos; pero no nos separeis. Exhalaremos juntos nuestro último suspiro, y seremos felices. Pero no nos separeis, por piedad. ¿No os ablandan tantos ruegos?

—Ya os he dicho que yo no mando, que obedezco.

—¡Oh! De aquí no habeis de sacarnos, dijo Margarita, sentándose en el suelo.

—Sacadla á viva fuerza, exclamó el esbirro.

—No á mis ojos, dijo Eduardo, apercibiéndose á defenderla.

Entonces Margarita comprendió que no habia remedio; que aquella su instancia solo seria parte á producir un gran conflicto, y tal vez á que fuera maltrado Eduardo. Asi lo entendió, con ese pensamiento, con esa adivinacion que es instintivo de la mujer, y se decidió á salir.

—Eduardo, dijo, ya no hay remedio, me decido á salir. Retiraos un instante; respetad las últimas palabras, tal vez las últimas, que una esposa dirige á sue esposo.

Habia tal solemnidad en las palabras de Margarita, que los esbirros se retiraron al instante, dejando la puerta entornada.

—Perdon, Eduardo, perdon, dijo Margarita, arrojándose á los piés de su marido, y abrazando sus rodillas.

—¿Por qué me pides perdon, Margarita?

—Yo te he perdido.

—No tú, sino mi mala suerte.

—No, te he perdido yo.

—¡Margarita!

—Tú no estarias aquí si no fuera por mi.

—Calla, Margarita.

—Yo soy la culpable, yo debo llevar todo el castigo.

—No, soy yo.

—Eduardo, eres demasiado generoso.

—Margarita, no me aflijas así.

—¡Que no te aflija!

—No.

—Eres demasiado bueno para mi.

—He cumplido con mi deber.

—No; has hecho más de lo que debias.

—No me lo recuerdes.

—Yo te he precipitado en el abismo.

—Por Dios, hija mia.

—Te he hecho infeliz.

—¡Oh!

—Te arrastraré á un cadalso, si, á un cadalso.

¡Ay, Eduardo! añadió Margarita. Cuando la tristeza te abruma, no me maldigas; cuando en esos instantes de soledad terrible de la prision se anide en tu alma el duelo y la amargura, no me maldigas; cuando subas al cadalso que te preparan nuestros enemigos, al cadalso que yo he levantado con mis propias manos, por Dios, no te lleves á la eternidad un mal recuerdo de mi. A tus plantas, anegada en amargo llanto, con el co-

razon desgarrado, y el alma llena de dolor; cuando la eternidad se abre como un abismo, cuando Dios se inclina para recoger mi alma y para juzgarme, en este último instante de nuestra vida acaso, te ruego que me perdones: pero no con ese perdón nacido del cariño, que no quiere ver el crimen, sino con el perdón justiciero, que considera cuán merecido es el castigo. Te pido esta gracia por nuestra unión, Eduardo, por el juramento que sellamos al pie de los altares.

—Margarita, te perdono. Yo también te he hecho mucho daño. Si en tí ha habido ambición, yo he contribuido no poco á fomentar esa ambición; si ha habido desvarios, yo he desvariado también. Te he seguido, es verdad, casi sin conciencia; pero te he seguido con voluntad. Por consiguiente, ni tú me debes pedir perdón, ni yo á tí; ambos á dos debemos pedirlo á Dios.

En este instante asomó por una puerta la cabeza el enmascarado, y dijo:

—Daos prisa.

—¡Oh! Cielo santo!

—Adios, Margarita.

—No me olvides, Eduardo. Aplica el oído á la pared á ver si escuchas algún suspiro. Ten por cierto que todos los días lloraré por tí, rogaré por

ti. Me voy á morir, ¡oh! me voy á morir. Acuérdate mucho, mucho de mí.

—Adios, Margarita, dijo Eduardo.

—Adios, exclamó Margarita, lanzando un grito agudísimo de desesperacion y de dolor, y salió del calabozo.

Eduardo se quedó sumido en la más profunda desesperacion, en la más triste soledad. Un dolor inmenso cayó sobre su alma. Era tal y tanta su intensidad, que no pudo ménos de lanzar un sollozo amarguísimo, que salia de lo más profundo de su alma.

XXIX.

Dejemos á estos desgraciados personajes de nuestra narracion, para volver los ojos á Angela, que no hemos olvidado. Nada sabia de estos tristes acontecimientos. La soledad de su pensamiento habia exaltado su amor. El recuerdo de Eduardo no se borraba ni un instante de su memoria. Esta pasion infinita, á medida que pasaba el tiempo, á medida que se moria la esperanza, cobraba más exaltacion, más fuerza. ¡Constancia inaudita de aquella alma!

Habia sido abandonada, infamemente olvidada; habia visto á su amante postrado ante otra mujer, indigna de ser su rival; habia visto al escogido de su corazon, perdido en el lodo, borrada la idealidad del amor puro, de la pura virtud; habia, en fin, apurado toda suerte de desengaños, y sin embargo, el fuego de su amor no desmayaba, vi-

viendo con la misma intensidad, con la misma pureza en el fondo de su alma.

Aquel amor era el sol de su vida, que inundaba de luz, de calor, toda su alma. Las lágrimas con que habia rociado sus recuerdos, los habian hecho crecer, en vez de ahogarlos. Vivía solo por esos recuerdos; vivía con el pensamiento en aquellos instantes de felicidad ya pasados, y sin embargo, presentes siempre, eternamente, en su conciencia, en su conciencia fija en un punto, fija en una idea.

El amor del conde Asthur era considerado por Angela como una de sus grandes, de sus tremendas desgracias. Inspirar una pasión, y no poder corresponderla, era para la jóven un gran tormento. Sabía cuánto debia padecer el conde, y su alma lloraba amargamente el ser causa de tamaños males. Así es que se habia aislado de la sociedad de Nápoles, de todos los sitios donde pudiera concurrir el conde.

Pero, á pesar de su aislamiento, bien pronto llegó á su noticia todo lo ocurrido, la catástrofe del conde, la desgracia de Margarita y Eduardo. Desde este punto ya no tuvo paz; ya no se acordó de sí misma. Todo su pensamiento fué salvar á los dos infelices. Averiguó la prision donde esta-

ban. Era un torreón aislado, solitario, en uno de los barrios más tristes y más lejanos de Nápoles.

En el silencio de la noche, cuando la naturaleza y el hombre dormían, cuando más se exponía por aquellas tortuosas calles de Nápoles, Angela iba, llamaba á aquellas puertas, y nadie le respondía; y en vano indagaba noticias, en vano quería penetrar en aquella prision; todo estaba cerrado á sus indagaciones, todo; y su alma se anegaba, se confundía en un mar de tristeza.

No había más que un remedio para Angela, arrojarle á los piés del conde, rogarle que diera libertad á aquellos dos seres, cuya triste suerte amargaba su existencia. Al saber que era Eduardo desgraciado, la pasión de Angela se exaltó, creció, ya no tenía diques ni valladares que la contuvieran; ya creía que podía amarle, porque el infeliz era desgraciado, y que debía amarle con su amor casto, puro, infinito.

Se consideró feliz al poder convertir todo su pensamiento á Eduardo, toda su vida á procurar su felicidad. No pensaba más que en los medios de salvarle; en todo ménos en hablar al conde. Así su alma se encontraba en una lucha tremenda. Con dirigirse al conde, podía salvarle; pero ¿y qué exigiría en cambio el conde? ¿No podría

exigirle piedad por su pasión, y correspondencia para su amor? Angela se asustaba de esta idea.

Habia agotado todos sus recursos, y no había podido llegar hasta Eduardo. Aquella prisión era impenetrable; parecía una tumba. Angela se había dirigido al rey; el rey contestó que Eduardo y Margarita eran una presa que él había arrojado al conde Asthur, y no podía hacer nada por salvarlos. Angela se desesperaba.

Habia alquilado una pequeña casita frente por frente del torreón, donde le constaba que vivían en triste vida Eduardo y Margarita. Allí se pasaba el día, mirando si se abría la puerta, si asomaba algún ser humano. Nada podía alcanzar, nada conseguía. La puerta no se abría nunca; ninguna guardia, ningún carcelero, nada que indicase humano ser se veía en aquel solitario torreón.

Y sin embargo, á la joven le parecía que de las entrañas de aquel torreón salían gemidos, gritos ahogados, ayes amarguísimos, y se deshacía en lágrimas, contemplando sus impías piedras, que nada le decían de su amado, é imaginando, allá en su mente, sus tristes dolores, sus profundas y amargas angustias.

Allí, en aquella casa, Angela espiaba en vano todo cuanto podía ocurrir en el torreón. Interro-

gaba á los vecinos para indagar si algo sabian, si algo habian columbrado. Los vecinos le contaban solo terribles leyendas. Decian que en aquel torreón habia estado presa una gran señora, una hija de un príncipe italiano. Esta pobre jóven habia sido allí encerrada por su padre, que la queria sustraer al amor de un galán pobre y de baja estirpe. Mas el galán una noche rondaba por allí, y fué asesinado; crimen horrendo cometido por el cruel padre de su infeliz amada. Una noche de relámpagos y truenos, de gran tempestad, se abrió una hendidura en el suelo, surgió una sombra, penetró las paredes espesísimas del torreón, llegó al calabozo donde estaba la jóven, y se la llevó consigo; y desde entonces dos grandes murciélagos, al anochecer, ruedan por aquellas cercanías, y son las almas de los dos amantes. Desde aquel tiempo no ha vuelto nadie á ser encerrado en el torreón de las brujerías, y solo por un castigo tremendo é inaudito podia imaginarse el triste encarcelamiento allí de Eduardo y Margarita.

La infeliz jóven, la infeliz Angela, daba rienda suelta á su dolor, al ver que no le quedaba ninguna esperanza de salvacion. Cuando Eduardo era feliz, ó ella imaginaba que era feliz, no se atrevia á padecer Angela por él; se reprimia, se ocultaba

á sus propios ojos el padecimiento; pero desde el punto en que le creyó infeliz, en que le vió padecer, su dolor podia rebosar en su alma con entera libertad.

Mientras esto sucedia en el ánimo de Angela, Margarita estaba anegada en un mar de dolores. El calabozo que le habian destinado era más hondo, más triste, más oscuro aún que el calabozo de Eduardo. Allí apenas se veia nada; allí se palpaban las espesas y horribles tinieblas. El miedo que la devoraba la soledad en que yacia, la falta de luz, la falta de aire, sus ideas, sus remordimientos, sus dolores, todo era horrible en aquella su triste y aflictiva situacion.

Pasaron unos dias tras otros dias, unos momentos tras otros, parecidos á una larga sucesion de eternidades, al infierno; y allí sola, allí aquella mujer, que habia llegado al colmo del poder y de la fortuna. Un pobre traje cubria sus carnes; una palidez livida, como la palidez de la flor que se descolora, cubria su rostro; sus ojos se habian hundido, y sus cabellos estaban lácios, y se la caian como muertos á impulsos de las ideas que secaban su cerebro. Ni siquiera el consuelo tenia en aquel aflictivo estado de quejarse, de dolerse de su triste suerte con un sér que compartiera

sus penas. Allí no tenía ni un libro que leer, ni una labor con que distraerse, ni nada, absolutamente nada que le apartara de su solitario pensamiento, de la negra oscuridad, de sus tristes, de sus crueles remordimientos.

Parecia que Dios la habia destinado á padecer el más negro, y más tremendo, y más pavoroso de los martirios posibles. Aquella mujer, que se aturdia en las fiestas, que pasaba sus dias entregada al torbellino de tantos y tantos placeres, aquella mujer sufría el martirio, el terror de su soledad, que era el más triste de los castigos imaginables.

Y cuando se ponía á pensar que si aquella puerta se abría, que si abandonaba aquel calabozo, sería tal vez para subir á un cadalso, un sudor frio bañaba su cuerpo, una angustia mortal acongojaba su dolorida alma, su alma, entregada á los embates de una negra y pavorosa, y tremenda tempestad, en aquel negro y frio calabozo.

Un dia, cuando más entregada estaba á su solitaria meditacion, se abrió su calabozo. Unos hachones lo inundaron de luz. Margarita estaba tan poco acostumbrada á ver la luz, á recibirla en su retina, que se quedó deslumbrada y como ciega. Cubrióse el rostro con las manos, y á los pocos

instantes levantó la cabeza, y vió los mismos jueces que se le aparecieron en la tremenda noche de su prision.

—Levantaos, señora, dijeron con voz lúgubre.

Despues de algunos instantes añadieron:

—Ya sabeis vuestro delito.

—¡Mi delito! No lo sé.

—Pues el tribunal lo sabe. La justicia humana lo sabe tambien, y tambien la justicia divina.

—¡Misericordia, misericordia! dijo Margarita.

—¿La tuvisteis vos del sér á quien hirió vuestro puñal, vibora?

Esta palabra hirió profundamente á Margarita.

Su dignidad de mujer ofendida, se levantó en aquel momento sobre su debilidad, sobre su pavor.

—Matadme, pero no me insulteis; pero no me ofendais. ¿Es esa la justicia humana, que insulta á la victima? ¿Es esa la justicia divina que invocais? Me perseguís, cuando soy débil; me perseguís, sin forma de juicio; me condenais, sin más ley que vuestro capricho, venís á asesinar-me; no sois jueces, nõ, sois asesinos.

—Reportaos, señora, reportaos.

—¿Qué más quereis decirme? Decidlo pronto, é idos. No vengais á insultar con vuestra sardónica risa, no vengais.

—¿Quereis un confesor?

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! exclamó Margarita, cayendo de rodillas, como desplomada en el suelo, como herida de un rayo.

—¡Sabes matar y no sabes morir! dijo el que parecia juez.

Margarita se levantó instantáneamente, contestando:

—No quiero, no quiero confesar.

—Pues precisa que prepareis vuestra alma.

—Dejadme en paz; dejadme en paz. Idos. Yo hablaré á Dios en la voz de mi dolor y de mi angustia. Idos, por piedad, por piedad. Conceded esto al ménos á la última súplica, á la última de un moribundo; todos, por Dios, idos, señores, dejadme que mi pensamiento y mi corazon se reconcilien con Dios.

Los jueces salieron, y se quedó Margarita sola. Así que oyó que caía la puerta, se dió á correr como una loca por aquel negro y horrible calabozo.

—¡Dios mio, morir, morir tan jóven; morir en la flor de la edad; morir, cuando la vida es

más grata! ¡Qué dolor tan profundo, qué dolor tan negro y tan intenso! Y correrá mi sangre, y se apagarán mis ojos; y caerá como un negro sudario sobre mí la eternidad, la eternidad; y Dios me pedirá cuenta de esta vida infeliz; me pedirá cuenta de estos días disipados. ¿Qué le diré, qué le contaré? Se abrirán los abismos donde arde el eterno fuego, y caeré en esos negros abismos. Y para siempre, para siempre atormentada; para siempre herida, martirizada. ¡Infeliz, infeliz! ¡Qué suerte, qué suerte tan triste; y suerte eterna! Sentencia que no se levantará nunca. El plomo derretido del infierno caerá eternamente sobre mi cabeza, y la quemará como el remordimiento que ahora abrasa mi alma. ¡Oh! ¡Y Eduardo! He perdido á Eduardo, lo he perdido, lo he perdido para siempre. Yo, yo lo he perdido, yo sola. Maldicion, maldicion eterna, maldicion sobre mi alma. Y Margarita, jadeante de dolor y de desesperacion, cayó sin sentido en el duro suelo.

Eduardo recibió la nueva de su muerte con más serenidad de espíritu. Para Eduardo la muerte era un descanso, un descanso eterno. Despues de haber malogrado su vida, nada le parecia tan natural, nada tan puesto en razon, como que se acabase pronto aquella vida estéril, aquella vida en-

tregada al mal. Solo un pesar le atormentaba con indecible tormento, el recuerdo de Margarita, de la infeliz Margarita, condenada á padecer, á sufrir, á morir con él. Eduardo, por un resto de generosidad, no queria recordar que en su vida habia habido dos génios; que el génio del bien, que era Angela, le señalaba el camino del cielo, y el génio del mal, que habia sido Margarita, le señalaba el camino del abismo. Solo se acordaba que la eleccion entre estos génios habia sido obra si no de su voluntad, al ménos de su débil naturaleza; y que por lo mismo á nadie debia culpar de sus males sino á si mismo, puesto que esos males habian sobre él caido por libre conocimiento de su inteligencia, por libre eleccion tambien de su voluntad.

Allá en el interior de su conciencia se le aparecia el génio del bien, como él lo vió por vez primera, rodeado de las flores de la naturaleza, alumbrado por el sol, produciendo cantares dulcísimos, que él habia desoido, que él habia menospreciado, enseñándole con los ojos fijos en el cielo y en la luz, los derroteros eternos por donde puede caminar el hombre á su pátria inmortal, al origen divino de su espíritu. Y él habia despreciado en Angela su propia salvacion.

De otro lado se acordaba de la primera vez que vió el génio del mal. Margarita, ricamente vestida, adornada de flores contrahechas, de diamantes, de perlas, en un perfumado salon, muellemente reclinada, iluminada por mil bujías, riéndose de todo cuanto hay de grande, de divino en el hombre, y exaltando con la copa vacía en las manos, el recuerdo del mal, el triunfo del vicio. Y al adorar á Margarita el infeliz Eduardo, habia adorado su propia perdicion.

En algunos instantes la incertidumbre reinó en su corazon, la duda en su alma. Pero bien pronto se avergonzó de aquella incertidumbre, se arrepintió de aquella duda, y abrazó con fuertes y apretados abrazos el mal, todo el mal que le habia traido á tan triste y afflictivo estado. Y en efecto, en la lógica de los hechos, el mal engendra siempre el mal, y el castigo es una consecuencia del mal. No hay accion mala que no sea castigada; no hay vicio que sea por Dios consentido largo tiempo.

Todos los vicios se despeñan, todos se arrastran á su centro verdadero de gravedad, que es el abismo. Solo el alma inmortal, el alma divina de la vida y del hombre, es la virtud. Pero con las tempestades de la vida, pasan aniquilados los vicios,

y la virtud, la virtud vuelve al cielo, vuelve á Dios. ¡Oh! Cuando la virtud nos abandona, somos peores que la piedra, los más infelices, los más desgraciados, los más enfermos de cuantos seres se mueven bajo el cielo.

FIN DEL TOMO PRIMERO.





